

CHISPAS DE AMOR EN EL AIRE



India Álvarez

DOLCE
BOOKS

Chispas de amor

En el aire

India Álvarez

Título: Chispas de amor en el aire

Autora: India Álvarez

©Dolce Books

Primera edición: septiembre, 2017

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.



SINOPSIS

Tres entretenidos y emotivos relatos de amor con un nexo común.

Una fecha mágica, rodeada de chispas, de sueños y deseos, que parecen solo posibles en esa época del año, la Navidad.

Hay casualidades que en ocasiones nos empujan en una dirección y un camino en la vida que, aunque no siempre parezca el mejor, si será aquel que nos lleve al amor y la felicidad.

Estas historias románticas podrían pasarte a ti, pero..., en este caso los protagonistas son Mar y Carlos, Sonia y Manu, y Maya y Alex.

Las chispas de amor que cambiaron sus vidas.

Índice

La Navidad...

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

EPÍLOGO

El Año Nuevo ...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

EPÍLOGO

El Día de Reyes ...

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

... Y colorín, colorado, estos sueños están casi acabados...

A veces, un cúmulo de casualidades, señales, chispas, o llámalas como prefieras, hacen que la vida de varias personas den un giro tan inesperado, que tengas la sensación, de que los astros se han confabulado para cambiar lo que aparentemente eran sus vidas perfectas y, así, transformarlas para recolocarlas de nuevo en la órbita adecuada.

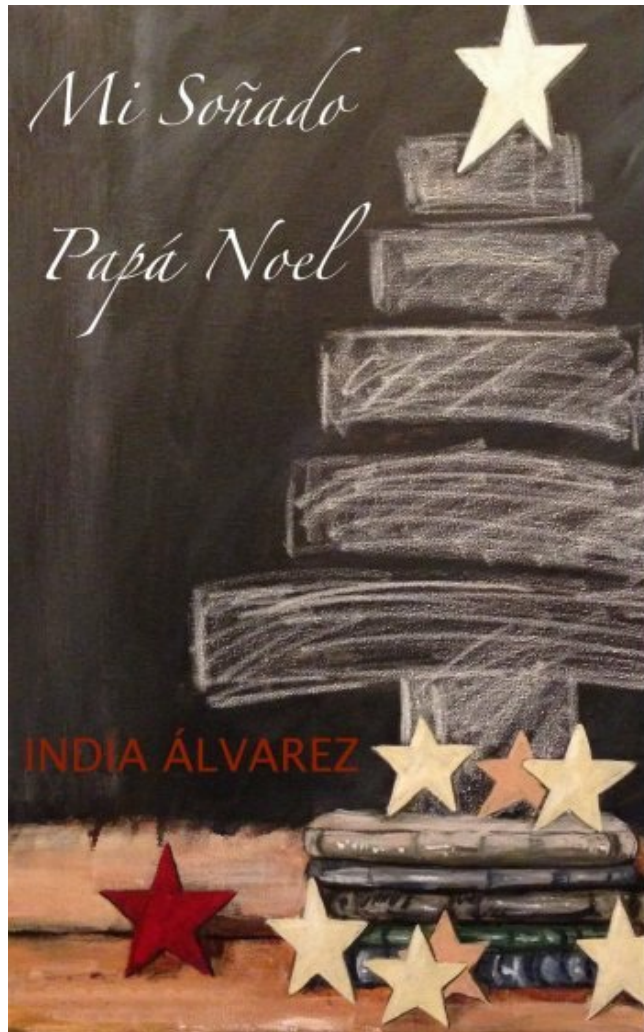
Porque sus futuros..., realmente estaban por llegar.

Con cada paso andado el camino se transformaría, el que sería su destino final, este que los haría felices.

La Navidad...

Carlos estaba a punto de no ir al centro comercial, tenían mucho trabajo, su socio y amigo, en esas fechas no estaba demasiado centrado, y lo necesitaba cerca, aún así a última hora decidió que para él era importante.

Llevaba muchos años con esa tradición que le aportaba una gran satisfacción ver las caras de esos niños; su inocencia le seguía ayudando a no olvidarse de la magia esa que por las circunstancias adversas de la vida, en ocasiones perdíamos de vista...



Mi soñado Papá Noel

INDIA ÁLVAREZ

PRÓLOGO

Notaba como recorría todo mi cuerpo suavemente con sus manos a la vez que me regaba de tiernos besos.

Yo yacía sobre la cama con los ojos cerrados, boca arriba, desnuda, disfrutando y saboreando cada instante, mientras me pellizcaba y mordisqueaba los pezones, produciendo en mí unas sacudidas de placer. Todo mi ser vibraba, pedía más, necesitaba más; pero no entendía por qué no podía emitir palabra alguna.

De repente sus ágiles manos separaron mis piernas, y sus hábiles dedos empezaron a jugar con esa parte de mi cuerpo que tenía ardiendo.

Tan solo pequeños gemidos de placer salían de mi garganta, mi cuerpo estaba totalmente entregado a él.

Él parecía querer llevarme al límite justo cuando su boca se posó sobre mi pubis; poco a poco, con la punta de su lengua incendiándome más, fue trazando el camino hacia mi clítoris.

Cuando llegó al destino deseado, haciendo pequeños círculos sobre él lo hinchaba más, me excitaba más, para así poder darle pequeños mordisquitos que a mí me elevaban al séptimo cielo.

Mis caderas se movían al son que su lengua marcaba, buscándolo, necesítándolo; mientras mis gemidos subían de decibelios.

Su lengua no paraba de explorarme, de saborearme, mientras me metió uno de sus dedos dentro de mí.

Cuando yo creía que ya no aguantaría más, oí por primera vez su voz, una voz grave y seductora.

—Eres mía pequeña, soy lo que siempre has querido.

Noté cómo se separaba, y al instante una embestida sacudió todo mi mundo, me estaba penetrando como nadie nunca lo había hecho, estaba llegando donde nunca nadie había llegado jamás.

Mis gritos fueron acallados por un beso tan apasionado que me hicieron romperme del todo; y así, besándonos el uno al otro, llegamos al orgasmo.

Cuando se normalizó mi respiración, abrí los ojos por primera vez.

—¡Mierda, mierda, mierda! Estoy follando con Papá Noel.



—¡Despierta! ¿Estás bien?

—¿Qué ha pasado? —Dije aturdida y confundida, no solo por lo que acababa de sentir, sino también por ver la cara de mi hermana observándome con mi sobrina de cuatro años en brazos.

—Me ha parecido oírte gritar y he corrido a ver que te pasaba. Al principio creía que era Raquel, me he asustado mucho, hasta he despertado a la pobre.

—Tranquila, sería una pesadilla.

—Pues..., yo por la forma en que te movías no hubiera pensado eso.

—No tata, parecía que estabas agustito, se te veía cara de felicidad, seguro que estabas soñando con tu príncipe azul —dijo Raquel, mientras su madre y yo nos poníamos como un tomate.

—Más bien con Papá Noel —me entró la risa—, y con todos los regalos que nos va a traer por haber sido muy buenas.

Mi hermana, sin poder aguantar más rompió en carcajadas.

—Vamos cariño, que hay que dormir para mañana estar muy guapa cuando vayas a llevarle la carta a Papá Noel —me guiñó el ojo al tiempo que cerraba mi puerta.

CAPÍTULO 1

Mar estaba sentada junto con sus amigas en un café del centro comercial. Desde que nació la primera peque, habían adquirido por costumbre cada año pasar un día juntas, esperando a que Papá Noel se llegara para recoger las cartas. Unas llevaban a sus sobrinas y otra, la única con pareja estable, a su hija.

Como ya era tradición, primero comían en la hamburguesería que tanto les gustaba, luego mientras tomaban un café y hacían tiempo, las niñas jugaban en el parque de bolas.

—¡Nunca, os lo juro, nunca, había tenido un sueño tan real! —Les contaba Mar— Teníais que haber visto la cara de guasa que tenía mi hermana.

—Reconoce que, entrar a tu habitación y encontrarte corriéndote y pegando grititos tu sola, tuvo que ser un punto.

—Si llego a ser yo, no te despierto, me quedo a ver qué pasa.

—¡Pero qué cabritas! cómo disfrutáis a mi costa, menos mal que se supone que vosotras sois mis amigas.

—Qué quieres que te digamos, es pura envidia cochina, eres la única que has tenido una noche inolvidable.

Entre risas y bromas llegó la hora tan esperada para las pequeñas, todas se dirigieron a la cola interminable en espera de su turno.

—Yo creo que, la que tendría que sentarse en las piernas de Papá Noel, para pedirle sus deseos, debería ser Mar.

—No os paséis, que hay menores muy atentas a todo y no está bien, dejar ya las bromitas —intentó ponerse seria.

Raquel, como todos los niños que habían pasado con anterioridad, le entregó la carta a su adorado Papá Noel y se subió en sus piernas.

—Hola preciosa, ¿cómo te llamas?

—Hola, me llamo Raquel.

—Cuéntame. ¿Qué quieres que te traiga este año? ¿Qué me pides en esa carta tan bonita que has decorado?

—He pedido muchos juguetes, pero... — y miró a su tía —, hay algo que me gustaría más que todo eso, y es que le trajeras a mi tata un príncipe azul, de esos que salen en mis cuentos. Creo que le hace mucha falta. La pobre, cuando después de estas fiestas me vuelva a mi casa, va a quedarse muy solita.

—Bueno, yo lo intentaré, pero..., no sé si yo tengo permitido conceder esos deseos. — dijo Papá Noel conteniéndose la risa por no ofender a la niña, mientras veía la cara que ponía la atractiva de su tía.

—Tú inténtalo, ¿vale?

—Vale, aunque creo que con lo guapa que es, eso igual ella sola puede conseguirlo.

—No te creas, se está haciendo mayor, y yo todavía no he visto que se le acerque ningún príncipe azul.

—Raquel, deberíamos irnos, hay mucha cola y Papá Noel tiene que atenderlos a todos —dijo Mar un poco nerviosa.

—Hasta pronto, espero que lo intentes.

—Está bien, lo intentaré, pero en ese tema, no te prometo nada — contestó a punto de estallar en carcajadas.

—Gracias —se despidió Mar bastante sofocada.

—No hay de qué pequeña, espero que se cumpla —sonó con una voz grave y sensual, que hizo que a Mar se le subiesen los colores al recordar el sueño de la noche anterior.



—Cariño, tienes que entender que hay cosas que a Papá Noel no se le piden, él está para traer juguetes y regalitos, pero no para traer novios.

—No lo entiendo, es el mejor regalo que te podría traer —se plantó en sus trece Raquel.

—Parece que la niña te ha calado —casi escupió su amiga muerta de risa cuando la peque se alejó a jugar con las demás.

—Ha sido muy fuerte, que vergüenza, y lo peor, era su voz, encima me recordaba al del sueño y me sentía totalmente turbada. ¡Qué sofocón!

Después de un rato se despidieron y se encaminaron cada una a su casa, su hermana ya le había llamado, podía volver, tenía todo lo que había comprado escondido y bajo llave.



—No entiendo porque sigues haciendo esto año tras año. — Le preguntó Manu a su socio y amigo Carlos.

—Porque me gusta, es un placer ver las caritas de esos pequeños cuando te cuentan sus ilusiones y deseos, tampoco creo que sea tan

complicado de entender.

—Si que lo es, que alguien tan ocupado y con tu tipo de vida quiera perder una tarde allí disfrazado oyendo a críos.

—No pretendo que lo entiendas y de verdad, siendo sincero, me da igual, pero voy a hacerlo y no quiero llegar tarde, así que esta noche nos vemos —dijo Carlos a su socio.

La tarde estaba siendo como cualquier tarde de los años anteriores. Estaba disfrutando muchísimo viendo a esas pequeñas personitas.

Algunos iban con miedo y un poco asustados, otros sin embargo muy seguros y alegres pidiendo montones de cosas, otros pedían deseos preciosos por desgracia inalcanzables, o súper raros, como lo que pidió la pequeña Raquel, poniendo en un apuro a su preciosa tía.

Mientras se estaba quitando el traje para cambiarse e irse a tomar una copa con su socio, se acordaba de la imagen de las dos, y le daban ganas de reír, había que reconocer que todos los años los niños le sorprendían, pero esta había sido la bomba.

—Qué pena no saber quien eran para así poder conocer a la preciosa tía y ser su príncipe azul —pensó riéndose.

Miró hacia la cama, donde había dejado el traje, y vio que del bolsillo, donde siempre llevaba los caramelos, sobresalía una carta, la cogió y para su sorpresa vio que era la de Raquel, era inconfundible por sus dibujos.

La curiosidad le hizo abrirla, había bastantes dibujos de lo que quería, bajo de ellos con una letra difícil a veces de descifrar se leía a lo que se refería, y al final había dibujado lo que parecía un chico y una chica rodeados por un corazón.

No pudo evitar soltar una carcajada, desde luego, esa niña lo tenía claro.

La cerró para dejarla sobre la mesilla de noche. Cuando vio, para su sorpresa, una dirección, en este caso con un tipo de letra perfecta, debía ser de un adulto.

Era gracioso como se iban confabulando las cosas, la dirección que ponía, que debía de ser la de su tía, porque según la niña ella se tenía que volver a su casa, estaba a tan solo dos calles de su piso.

—Los misterios y la magia de la Navidad.

CAPÍTULO 2

Paseando camino del garito donde había quedado con su socio, iba dando vueltas a la carta de Papá Noel de Raquel. Era gracioso que la niña pensara que su tía necesitara de un príncipe azul, cuando seguro que ella, con su aspecto, se los tendría que quitar de encima como moscones.

Oyó unas risas y un parloteo a lo lejos, se quedó mirando porque en la distancia, aunque estaba bien iluminado no se distinguía bien quien eran, pero por las voces y la estampa tenían claro de quien se trataba.

Venían justo hacia donde él estaba, otra coincidencia. Estaba seguro que no las había visto nunca, porque de la tía se acordaría, y en una tarde ya se había encontrado dos veces con ellas.

Al llegar a su altura, les sonrió.

—Feliz Navidad, preciosas —le guiñó el ojo a Raquel.

—Feliz Navidad —contestaron las dos, mientras Raquel le sonreía entusiasmada y Mar lo miraba como si ya lo conociera.

Siguió andando hasta donde había quedado. Una vez dentro, Carlos, le contó a su amigo los acontecimientos tan raros que le habían pasado.

—Estas peor de lo que pensaba, "la Magia de la Navidad" te está afectando —se rio Manuel.

—Debe haberme afectado mucho, desde luego, si te lo he contado a ti —dijo mosqueado.

Al día siguiente, cuando se despertó, era cerca del medio día, se quedó

un rato en la cama, algo que en contadas ocasiones hacía.

Normalmente, como estaba acostumbrado a levantarse temprano, ya fuera fin de semana o entre semana, su reloj interior no le daba tregua y, casi siempre, a la misma hora tenía los ojos como platos, pero la noche anterior había trasnochado mucho y bebido un poco, algo que en él no era habitual.

—Quizás Manuel llevaba razón y ayer me afectó un poco el espíritu navideño. Lo más probable es que no las vuelva a encontrar jamás y simplemente fue una coincidencia, aunque tengo que reconocer, que no me importaría volver a ver a esa muchacha, a esa chica que su sobrina hizo que se pusiera tan colorada delante de Papá Noel.



—¡Despertar! ¡Despertad dormilonas! —gritaba Raquel por toda la casa.

—¿Qué hora es? Por favor, callad a ese pequeño monstruito.

—¡Tata! ¡Tata! ¿Sabes qué día es hoy? —gritó mientras se abalanzaba sobre Mar.

—Creo que si no me fallan los cálculos es el día de Nochebuena.

—¿Y eso qué significa? —saltaba como una posesa sobre su tía, que no ponía ningún interés por levantarse.

—¿Significa? Ni idea.

—¿Cómo? Pues hoy viene papá, luego vamos a ver el Belén, luego a casa de los abus a cenar ¡me encanta! ¡Me encanta! ¡Todos juntos! Luego viene Papá Noel, ¡bieeeen!

—Eso será si has sido buena —le dijo mientras comenzaba a hacerle

cosquillas.

—¡Paaara! No aguanto, ¡para! Yo he sido muy, pero que muy buena, pero veremos si tú lo has sido y te traen tu regalo.

—Jajaja, quizás yo no he sido tan buena y a mí no me lo traigan.

—Tranquila tata, no te preocupes —dijo poniéndose muy seria—, yo he sido buena por las dos. Por eso lo pedí yo en mi carta.

—Bueno, entonces, ahora estoy más tranquila.

Fue el 24 de diciembre típico desde hacía unos años.

Como Raquel había comentado, llegó su padre, que después de tan solo cuatro días separados se echaban los tres mucho de menos, comieron unas tapas y se fueron a ver el Belén. A media tarde fueron a casa de los abus, que estaban muy felices de ver que por fin se habían reunido y se encontraban todos juntos.

De vez en cuando durante la cena, se oían cascabeles de los renos que se iban acercando, ya quedaba menos para ver los regalos. El árbol de Navidad donde los dejaban estaba en el salón, mientras que ellos cenaban en el comedor.

Raquel era puro nervio, no veía el momento de acercarse para comprobar si estaban ya puestos. Como buenamente pudieron, la aguantaron toda la cena hasta que se la terminó; pero si querían tener una sobremesa en tranquilidad, era mejor pasar ya a la acción, o si no la pequeña sería capaz de explotar en cualquier instante.

Primero se asomó el abuelo, con cuidadito, por si aún estaba Papá Noel y no querían pillarlo por si se iba sin dejarlo todo.

—¡Podéis pasar! ¡Hay un montón de regalos y ni rastro de Papá Noel! Ni los renos.

Raquel entró la primera, emocionada e histérica.

Comenzó a abrir regalo tras regalo y a darles a los demás los que llevaban su nombre, mientras, su padre le iba haciendo fotos.

Cuando ya no quedaba ningún paquete por abrir, de repente se volvió con cara triste a su tía.

—Se ve que no he sido lo suficientemente buena, lo siento.

A todos se les encogió el corazón.

—¿Por qué dices eso cariño? —Le preguntó su padre— Creo que te ha traído muchos regalos.

—Sí, pero no el más importante —dijo volviéndose a mirar a Mar.

—Cariño, a lo que creo que te refieres, eso no podía llegar, no hubiera cogido en una caja.

—Pues... que hubiera venido convertido en sapo y luego tú le dabas un beso —argumentó muy seria.

—Jajajaja, ¿y si me llega a pasar como en el cuento de Tiara y me convertía yo en sapo?

La mamá de Raquel que desde el principio sabía por dónde iban los tiros, había desaparecido cuando comenzó el drama y en ese momento se colocó detrás del árbol, mirando entre los adornos de Navidad.

—¡Mirad aquí! ¿Qué es esto?

Raquel dio la vuelta corriendo y cogió lo que parecía un pergamino enrollado. Lo abrió con mucho cuidado y se quedó observándolo.

—Alguien me lo puede leer por fa, no entiendo muy bien la letra —se lo entregó a su tía.

“Querida Raquel, espero que estés muy contenta con tus regalos, he traído todo lo que pediste excepto una cosa, que aunque sabía que era muy importante para ti, no ha podido ser en tan poco tiempo.

Pero, no te preocupes, porque ese deseo lo he pedido yo también para que se cumpla y quizás antes de lo que te piensas, tu tata Mar, tendrá su príncipe azul.

Un beso muy fuerte de mi parte y de parte de mis renos, ten fe, seguro que pronto pasará.”

—¡Bieeen! Me ha escrito un papel a mí, sabía que no se había podido olvidar.

—Que suerte tienes princesa, Papá Noel te ha escrito una carta, ahora estarás súper contenta ¿Verdad?

—¡Siiiiii! —y siguió ya más tranquila viendo sus juguetes.

CAPÍTULO 3

Fueron pasando las fiestas; dos días antes de Nochevieja, Raquel y sus padres se volvían de nuevo a su casa, allí disfrutaban con sus otros abuelos el fin de año.

—Tata, te voy a echar mucho de menos, vendrás pronto a verme, ¿verdad?

—Claro cariño, el fin de semana después de Reyes allí estaré —Se fundieron en un abrazo y se despidieron.

La casa de golpe parecía vacía, siempre tenía la misma sensación cuando la pequeñaja se iba.

—Necesitaba salir de casa, me da un bajón estar sola estas fechas. Da gusto ver tanto ambiente por el centro aunque nos tiremos una hora para pedir una copa —se reía Mar mientras intentaba hacerse hueco entre la gente para llegar a la barra.

—Para eso estamos las amigas, para sufrir juntas.

Cuando por fin consiguieron plantarse en un hueco para pedir, le dieron un empujón y chocó contra la espalda de un hombre que estaba apoyado en la barra. Este se volvió de golpe para ver a la persona que había arremetido contra él.

—Perdón, perdón, lo siento mucho —tartamudeo al ver esa cara que le era conocida y no sabía por qué. “*Si lo conociera seguro que me acordaría está como un queso*” pensó mientras lo observaba.

En un principio Carlos se volvió un poco mosqueado por el golpazo, pero al ver esos ojazos mirándolo de esa forma, no pudo evitar una sonrisa; la sonrisa más bonita que Mar había visto nunca.

—No pasa nada preciosa, estos días los encontronazos son inevitables
—le volvió a sonreír.

Otra vez esa voz tan familiar, ¿por qué todo de él le sonaba?

—¿Te puedo preguntar una cosa? —Mar se acercó a él para que la oyera.

—Depende —le contestó pegando su boca a su oído, de forma que ella casi notó un roce sutil.

—¿Nos conocemos?

—Yo a ti sí.

—¿Cómo dices?

Los acercamientos para hablar estaban provocándole a Carlos la necesidad de sacarla de allí y llevarla a un sitio más tranquilo, más reservado.

—Si quieres te lo explico pero en un lugar donde podamos hablar.

—Lo siento, he venido con unas amigas, otra vez será, además, no me voy con desconocidos. — *“Pero que morro tiene este tío, dos simples palabras ¿y ya me quiere llevar al huerto? Aunque reconozco que en el fondo me encantaría”*, se decía a si misma Mar una y otra vez.

—Tus amigas están ocupadas con mis amigos, un problema resuelto, y por el otro tema; yo soy Carlos, ¿y tú eres?

—Me llamo Mar —dijo un poco perpleja.

—Segundo problema solucionado, ya no somos desconocidos.

—¿Tienes siempre tanta cara?

—La verdad es que no, pero contigo he hecho una excepción, no quiero perderte de nuevo, creía que no te volvería a ver.

—Definitivamente me estás confundiendo por otra.

—Sé perfectamente quién eres, no te confundo, seguro que Raquel se acordaría de mí, no como la desagradecida de su tía —le guiñó el ojo y le sonrió.

—¿De qué conoces tú a Raquel?

—Eso es parte importante de la explicación.

—Y ¿a dónde se supone que iríamos? —dijo totalmente picada por la curiosidad.

—Tranquila, no pienso llevarte a ningún sitio peligroso, solo a un local más tranquilo donde podamos hablar; aquí cerca hay uno.

—Está bien, voy a avisar a mis amigas y nos vamos.

Avanzaron sin decir palabra, él la cogió de la mano para poderla sacar del local, provocándole una sensación de calor que le recorrió todo el cuerpo. Ya fuera, sin soltarle, le indicó el pub al que se dirigían.

—Sinceramente, no entiendo por qué estoy haciendo esto, debo haber perdido algún tornillo.

—Por curiosidad, y porque te atraigo.

—Estás muy seguro de ti mismo, creo que en ningún momento he demostrado que me atrajeses.

—Jajaja, ¿seguro? Para nada. Yo diría que en estos momentos todo lo contrario. Estoy siguiendo un impulso, o corazonada, o como quieras

llamarlo, y sé que quizá sea una tontería. Pero pienso, por la misma razón inconsistente que igual que a mí me gustas, a ti te pasa un poco lo mismo, o eso espero.

Mar puso una expresión de duda y extrañeza.

—Por cierto, te aseguro que no estoy colgado, soy muy normal y esta es la primera vez en mi vida que me comporto de una forma tan absurda e irracional.

Se sentaron en unos sofás, uno frente al otro y pidieron.

—Piensas decirme de qué te conozco, o quieres seguir haciéndote el interesante.

—Creía que al final me reconocerías, aunque solo fuera por la voz.

—Mira ve al grano, cada vez entiendo menos, es cierto que tu voz y algo en ti me suena familiar, pero siento decirte que no tengo ni idea.

—Está bien, pero antes quiero hacer un trato. Yo te lo cuento con la condición de que luego no saldrás corriendo, te quedarás un rato.

—De acuerdo, total de aquí ya no voy a ir a ninguna parte —aunque realmente pensó “*¿dónde voy a estar mejor que con tan buena compañía?*”

—Soy Papá Noel.

Mar se quedó mirándolo intentando procesar lo que acababa de decir, no podía creer lo que estaba oyendo.

—Jajaja, esto sí que no me lo esperaba.

—Creo que no es tan gracioso.

—Pues para superar el polvo de la otra noche lo tienes difícil.

—Ahora el que no entiende nada soy yo.

—Ha estado bien la broma, pero viene con retraso, el día de los inocentes ha pasado, ¡cómo se lo han currado las muy cabritas! Eso me pasa por contar mis intimidades.

—Creo que ahora la que me estás confundiendo eres tú —su tono se notaba un poco molesto.

—Déjalo ya, como cumplo mi palabra me quedo un rato y luego cada uno nos vamos por donde hemos venido. Perdona si mis amigas te han dado alguna falsa esperanza, pero te aseguro que lo de la otra noche, aunque estuvo muy bien no se va a repetir, y menos en la realidad.

—No sé que tienen que ver tus amigas, lo que si te aseguro que tú y yo no hemos pasado ninguna noche juntos, ni he tenido contigo, por lo que parece un polvo genial, no tengo ni idea de qué coño me hablas, lo único que sé, es que esto ha sido un error. Por lo que parece sí que te vas o te acuestas con el primero que encuentras porque si me has confundido con otro con el que te la montaste, no lo conocerías demasiado, ¿no crees?

Mar lo miraba perpleja, ¿qué estaba pasando? Para una vez que un hombre le gustaba había metido la pata hasta el fondo.

—Esto ha sido una gran confusión, pero puedo explicártelo, aunque creo que me voy a morir de vergüenza.

—Está bien, como quieras, es justo, tú me has dado una oportunidad.

Mar muy cortada y subiéndole los colores cada dos por tres le fue contando lo del sueño y la razón del malentendido.

Carlos por su lado, la observaba, le encantaba esa chica, le encantaba ver como se ruborizaba, y le daba mucha alegría no haberse equivocado con ella, era especial y cada vez le gustaba más.

—Pues eso es todo. No has dicho nada. Pensarás que soy tonta y visto lo visto quizá no estarías muy desencaminado —se movía nerviosa.

Él sin poderse contener más soltó unas carcajadas, no quería, pero no pudo evitarlo.

—Por lo menos veo que te he divertido, así que ya nos podemos ir —soltó enfadada.

—Lo siento, de verdad, no lo he podido evitar, pero, ¿no te gustaría saber de qué te conozco?

—Creo que ya da igual, lo que me gustaría sería desaparecer y olvidarme de esta noche tan bochornosa.

—Me gustas, y ahora más que antes, por eso si no te importa, quiero contarte el porqué de esta noche, aunque creo que conmigo, en estas Navidades ya has pasado por más de una situación embarazosa.

—Desde luego si después de todo te gusto, estaría bien que me lo explicases.

Carlos le contó todo, como se habían sucedido las coincidencias y como sin saber porque él creía que significaban algo.

Ella era en esta ocasión la que lo escuchaba ensimismada.

—¿En qué piensas? Ahora eres tú la que no has abierto la boca.

—Pienso en que hay otra señal más, aparte de las que me has contado. Aunque no lo creas, yo no suelo soñar que me acuesto con Papá Noel —se acercó donde estaba él sentado y le dijo rozándole la oreja de esa forma que a él le estremecía—. Quizá si no te da miedo hacer una prueba, solo para comprobar que no estamos locos, podemos pasar la noche juntos.

Carlos se separó un poco de ella, le pasó la mano bajo su melena por la nuca, la miró a los ojos y juntó su boca a la de ella suavemente, ella abrió un poco los labios y él ya sin miramientos la devoró como había tenido ganas de hacerlo desde el primer día que la había conocido.

—Cada vez estoy más seguro de que no estamos locos y tenemos que concederle el deseo que le faltaba a Raquel, ¿no te parece?

EPÍLOGO

Noté una mano acariciándome los pechos y que descendía lentamente, mi cuerpo aún medio dormido reaccionó rápidamente a las caricias.

Seguía con los ojos cerrados, pero sabía perfectamente de quien era el cuerpo que notaba pegado a mi espalda y lo que en ese momento necesitábamos los dos.

Emití un pequeño gemido cuando su mano se hizo paso entre mis piernas.

Comenzó a jugar por la zona, acercándose cada vez más a la parte más sensible, haciendo que yo comenzara a moverme en busca de lo que quería.

Metió sus dedos dentro de mí, al principio con delicadeza y luego con más exigencia, rozándome al mismo tiempo con su palma mi ya abultado clítoris.

Iba dándome suaves besos por la nuca y mordisqueándome la oreja provocando en mí unas pequeñas descargas que me recorrían todo mi ser.

Su lengua empezó a recorrer mi cuello hasta volver a llegar al lóbulo de mi oreja y su susurró me provocó un estremecimiento de placer y felicidad.

—Eres mía pequeña, te quiero, eres todo aquello que siempre he querido.

Me volví lentamente y vi ante mí, la sonrisa más maravillosa del mundo, esa que ya llevaba viendo desde hacía casi un año y de la que nunca me cansaría de ver.

—Te quiero y siempre te querré —nos fundimos en un beso lleno de

pasión y amor.

Me puse sobre él, comencé a rozarme y tocarle, a provocarle hasta que necesité tenerlo dentro de mí, que nos fundiéramos en uno solo.



—¡Tata! ¡Tata! ¿Puedo entrar?

—Uff, por los pelos, menos mal que no ha venido un momento antes —se rio Carlos con la respiración entrecortada todavía intentando recuperarse.

—Recuerda que pongamos un pestillo —se rio también Mar.

—¡Pasa! —le gritaron.

Entró en la habitación como un torbellino y se lanzó sobre los dos.

—¿Vas a acompañarnos a ver a Papá Noel esta tarde? —dijo mirando a su tío.

—Lo siento princesa, pero esta tarde trabajo —se volvió hacia Mar y le guiñó el ojo.

—Es una pena —hizo un mohín—. No te preocupes, yo en mi carta ya he pedido por vosotros, porque a mí siempre me hace caso.

—Miedo me das, ¿qué has pedido? Si se puede saber... —preguntó su tía.

—Pues... espero que os guste, a mí me hace mucha falta.

—¿Qué te hace tanta falta princesa? — Esta vez era Carlos el que preguntaba.

—Necesito un primito o una primita, ¿qué os parece el deseo?

Los dos comenzaron a reírse a carcajadas.

—A Papá Noel lo vas a asustar como cada año le pidas deseos tan complicados —replicó Mar sin parar de reír.

—Igual que el anterior año te mandó al príncipe azul, este año mandará un bebé, yo creo que eso es más fácil.

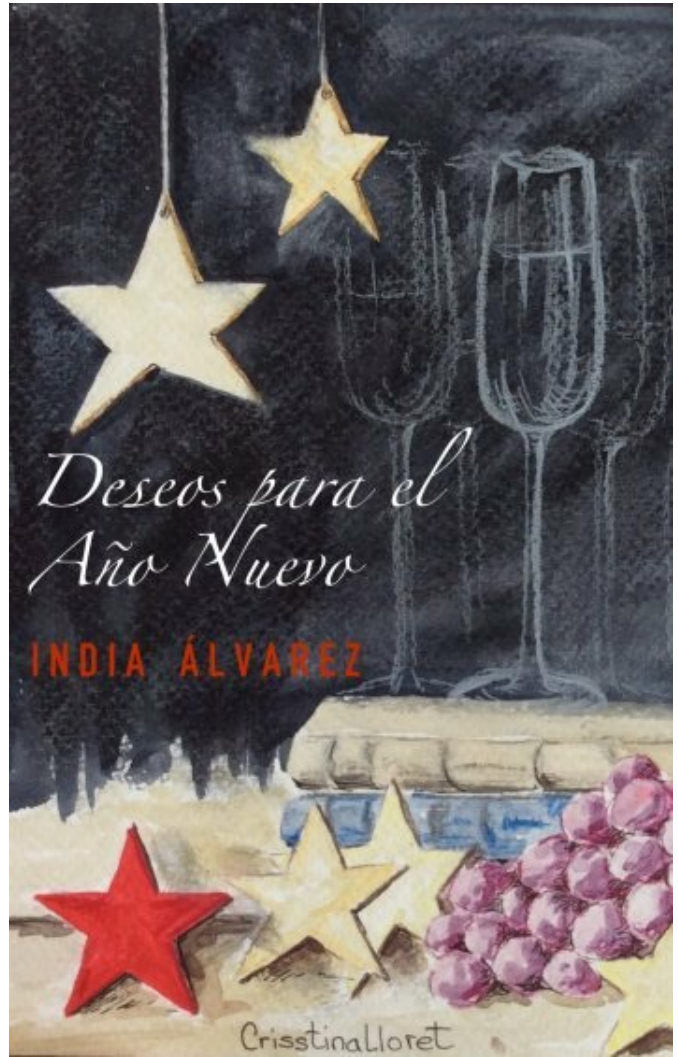
—Seguro que Papá Noel, por ti, pone todo su empeño en conseguirte un primo — Carlos soltó una carcajada al ver la cara que Mar estaba poniendo.

El Año Nuevo ...

...Un año antes Manu estaba felizmente prometido con la que había sido su amiga y novia de toda la vida, pero a meses de su inminente boda, justo al comienzo de las Navidades, las últimas que iban a pasar de solteros, ella lo deja por el hombre del que se ha enamorado.

Se presentan ante él otra vez estas fechas que lo deprimen y le enfurecen. No soporta el ambiente, ver la felicidad que le rodea y la gente creyendo en la magia, algo que piensa es absurdo.

Pero..., nunca se sabe cuándo y porqué saltaran las chispas.



*Deseos para el
Año Nuevo*

INDIA ÁLVAREZ

Crisstina Lloret

Deseos para el Año Nuevo

INDIA ÁLVAREZ

CAPÍTULO 1

Estaban en un local de moda y, como era de esperar en las fechas que se encontraba, estaba a reventar.

Quedaban tan solo dos días para Noche Vieja. La gente, incluido Manuel y sus amigos, tenían el cuerpo de fiesta. Las calles, las tiendas, los restaurantes y bares estaban repletos, no cabía ni un alfiler.

Se colocaron un poco apartados de la barra para que no los aplastaran y para esperar que a Carlos, su amigo y socio, le sirvieran su bebida. Allí, tomando una copa y charlando animadamente, había un grupo de chicas a las que uno de sus amigos conocía y con la que se paró a hablar.

Se presentaron y se quedaron con ellas. A Carlos se le veía muy entretenido charlando con una chica. Pasado un momento Carlos y la chica se acercaron para despedirse de ellos, dejando a todos los allí presente alucinados. ¡No se habían ni tomado su copa!

—¡Jolín con Mar! parece que el calentón con Papá Noel le ha soltado —se rieron las amigas con el comentario de Sonia, pensando en el sueño que había tenido Mar unos días atrás.

—¿Cómo sabéis que él es Papá Noel? Si ni yo mismo lo reconozco cuando se pone ese espantoso traje —apuntilló Manu.

—¿Cómo dices? ¡No me lo puedo creer! ¡Qué coincidencia! ¡Eso es una señal!

—Perdona..., no quiero ser maleducado, pero..., no podría soportar a nadie más hablándome de coincidencias y de señales. Ya con Carlos he tenido bastante por una temporada, parece que este año le ha afectado la "*magia de la Navidad*" —refunfuñó.

—Siento decirte..., que en ocasiones, sin saber porqué surge la magia o como quieras llamarla —Sonia sacó su tono más irónico.

Viendo que aquellos dos cada vez estaban más enzarzados en esa tontería, los amigos de ambos decidieron pasar del tema e ir a lo suyo.

Después de un rato sin parar de contradecirse, estaban los dos que se tiraban de los pelos.

—Sabes lo que te digo, que chulos, prepotentes y listillos como tú, tengo que aguantar demasiados al día, así que paso, me largo con mis amigas. Está visto que contigo no se puede hablar —se giró para ir en busca de sus amigas que estaban a unos metros para pedirles que cambiaban de sitio.

—No hace falta que os vayáis, ya nos vamos nosotros —dijo Manuel ante la cara de extrañeza que habían puesto todos—. Aquí no se puede respirar, el aire está enrarecido. Hay demasiada gente ingenua, que creen saberlo todo, y no se dan cuenta que hay ciertas cosas que solo pasan en las películas y en los libros, no en la realidad.

Ambos se giraron, cada uno hacia sus amigos para largarse de allí y así poder perderse de vista mutuamente cuanto antes.



Al día siguiente, cuando Manu llegó a la oficina, se encontró con un mensaje de Carlos, se retrasaría, algo que no era propio de él.

Antes de comenzar a trabajar, se dirigió a la pequeña cocina que tenían para tomarse un café con una tostada, algo que habitualmente hacía con su socio y así organizarse el día, pero en esta ocasión, lo haría solo.

Iba malhumorado, esa rutina nunca, nunca, se la habían saltado, y menos por una chica que acababa de conocer.

Se preparó todo y cuando se dispuso a sentarse tropezó con la mesa, con la mala pata, que el café caliente se le cayó sobre la camisa, quemándose y manchándola.

—¡Joder! ¡Menuda mierda de día! ¡Justo hoy!

Al oír los gritos, su secretaria entró corriendo para ver que sucedía. Normalmente era bastante educado y amable, pero todo lo que ella había alcanzado a entender desde su mesa, eran palabras mal sonantes.

—¿Le ocurre algo? —preguntó al tiempo que lo miraba y se daba cuenta de lo que pasaba, aunque no entendía tanto enfado.

—Hoy..., resulta..., que tengo dentro de una hora una reunión importante. Mi socio aún no ha aparecido y para postres me he manchado y, ni me da tiempo a volver a mí casa, ni tengo camisa de repuesto —casi gritaba.

—Por eso no se preocupe, eso no es grave —le sonrió.

—Ahhh..., ¿nooo? —parecía que todo el mundo en esos días estaban con las endorfinas muy altas. Daba hasta un poco de grima ver a la gente tan feliz. No se daban cuenta que esos días no eran diferentes al resto. ¿Por qué creían que su vida cambiaría cuando pasaran al nuevo año? Lo que estaba mal iba a estar igual de mal.

—No, Carlos seguro que llega de sobra y por la camisa no hay problema, porque en la siguiente manzana hay una tienda con ropa muy exclusiva, en la que seguro encuentra una camisa a su gusto, le aseguro que saldrá muy satisfecho con la atención que recibirá.

—Sí, será lo único que puedo hacer. Si viene Carlos dile que enseguida vuelvo, mientras, prepara los papeles que tenemos que llevarnos.

—Enseguida los tendrá, relájese que lo único grave y que no se puede arreglar es la muerte.

—Lo que me faltaba —dijo para sí mismo mientras salía en dirección de la tienda.

Iba caminando lo más rápido que podía, sentía una opresión en el pecho, era por esa mierda de paz y amor que se respiraba en el ambiente.

Él sabía por experiencia, que en esas fechas no todo era bueno. Hacía casi un año que su novia de toda la vida lo había dejado casi a las puertas del altar, alegando que entre ellos no había pasión y magia.

—¡Magia! ¡Magia! Seguro que el socio de la empresa de su padre con el que ahora estaba a punto de casarse le había dado esa magia. ¡Y una mierda! Ellos se compenetraban, era una pareja estable, que si es cierto, que al llevar tanto juntos ya no tenían la misma chispa, pero... ¡Joder! ¡Hacían una pareja perfecta! —con esos pensamientos y casi sin darse cuenta, se encontró en la puerta de una de las tiendas de hombres más “chics” de la ciudad. Allí casi todos los que buscaban moda de calidad, de todos los estilos, de grandes marcas y para todas las ocasiones, lo encontraban, eso sí, a precios desorbitados.

Entró, y allí de espalda había una chica morena, no muy alta, con un vestido negro ajustado y unos tacones de infarto. Mirándole las piernas, se quedó pensando abstraído. *“Lo que tienen que sufrir algunas por estar en trabajos donde tenían que dar una imagen sofisticada, aunque desde luego que por lo menos por detrás estaba impresionante”*.

—Hombre, ¡mira quién está aquí! No ha tenido bastante con lo de ayer y viene a importunarme al trabajo.

—¿Puede haber más mala suerte en un solo día? Tenías que ser tú.

—No me digas, que ha sido una coincidencia, recuerda que esas cosas no existen —soltó Sonia con sarcasmo.

—Pues claro que no lo es. Simplemente, tengo el trabajo aquí al lado, se me ha caído el café y tengo una reunión, como comprenderás lo más lógico es comprarme una camisa para no ir con este aspecto —se abrió el abrigo y la chaqueta mostrándole la terrible mancha que llevaba.

—Jajajaja, esto es increíble —no podía dejar de reír.

—Yo no le veo la gracia —dijo muy serio, aunque viéndola reír, a pesar de que era de él, algo se le removió en su interior. La otra noche con el enfado, no se había fijado en lo bonita que era, en los ojos castaños enormes y expresivos que tenía, en esa boca sensual que le estaba pidiendo a gritos que se la cerrara y en ese cuerpo, aunque menudo, que tenía todo lo que a un hombre le gustaría tener entre sus manos.

Intentaba ponerse seria, al fin y al cabo, era un cliente, y lo tenía que tratar como tal, por muy obtuso que fuera. Si se mosqueaba y hablaba mal de ella, tendría serios problemas, tenía que seguir siendo la que mejor atención dispensaba, por lo que mucha gente adinerada pagaba cifras a veces excesivas, es lo que se esperaba de un sitio así, y después de todos los años que llevaba con su tienda, no estaba dispuesta a tirarlo por la borda por un capullo como otro cualquiera.

—Perdona..., perdona..., lo siento de verdad —intentaba calmarse y hablar con seriedad sin poder conseguirlo.

—Nunca pensé que una mancha de café pudiera ser tan graciosa —intentó parecer más molesto de lo que realmente ya estaba.

—No es la mancha lo gracioso, es lo retorcida que es en ocasiones esta vida.

—En eso, sin lugar a dudas, te tengo que dar la razón.

Le ofreció varias camisas que ella consideró que iban bien con el traje que llevaba, aprovechó que el café le había salpicado también la corbata, para mostrarle las que más le gustaban a ella.

—Ven por aquí, te muestro el probador, yo te espero fuera por si necesitas alguna otra talla o cualquier cosa —dijo pasando delante para indicarle donde cambiarse, trayecto que Manu aprovechó para seguir con sus ojos, el suave y elegante contoneo de su cuerpo apreciando lo poco, o más bien nada que se había fijado en esa chica el día anterior, ¿Cómo se le había pasado desapercibido su aspecto tan sensual y atrayente?

Mientras él se cambiaba, Sonia le esperaba pacientemente en el exterior de la habitación que en su día, había decorado con mucha clase, era moderna y muy cómoda para ese propósito.

Él dejó despreocupadamente la puerta entreabierta, ella en un principio se giró para no verlo, pero, tentada por la curiosidad, se volvió disimuladamente con la excusa de preguntarle. Tenía el cuerpo muy bien moldeado; era pura fibra, con la espalda ancha y la cintura estrecha pero sin ser excesivas haciendo un complemento perfecto. Hasta los pantalones parecía que se ajustaban a sus caderas de manera provocadora.

¿Cómo no se había fijado antes? Estaba buenísimo. Eso sin contar con esos ojos verdes cubiertos de largas pestañas, su pelo oscuro con un corte casual y su mandíbula marcada. Era tan varonil y tan dulce a la vez cuando se le veía relajado y no lanzaba llamas por los ojos, que no entendía lo poco observadora que había estado la noche anterior.

—¿Qué te parece? Esta es la que más me gusta, junto con esta corbata —abrió la puerta sobresaltándola, provocando que su cara se pusiera roja como un tomate.

Para nada él esperaba tal reacción de ella, sin querer le lanzó una sonrisa de lo más socarrona; sonrisa que a ella no le pasó desapercibida, pero no quería echar leña al fuego, suficiente habían tenido la noche anterior.

—“*Vaya, por lo visto no soy el único al que hoy le ha sorprendido las vistas*” pensó para él, sin saber porque le agradaba tanto la situación.

Sin ningún otro comentario, pagó las dos prendas, ella le introdujo la ropa sucia en una bolsa y salió de la tienda con un humor muy diferente al que había entrado.

CAPÍTULO 2

—¡Buenas! —entró a las oficinas saludando a su amigo y a Luisa, la secretaria.

—Buenos días, parece que estás de mejor humor que cuando te fuiste, y con camisa nueva —se cachondeó de él Carlos.

—Te lo dije, que de allí vendría mucho más animado, y no solo con camisa nueva, también con corbata —Luisa guiñó un ojo e hizo una mueca en señal de victoria a Carlos.

—Por lo que veo, habéis estado muy entretenidos a mí costa, regocijándose en mí desgracia —bromeó— pues por hoy ya habéis tenido bastante diversión y lo habéis pasado bastante bien, ahora a trabajar, que nos esperan.

Cuando salieron, camino de la reunión, Carlos le contó a su amigo quién era la chica con la que había coincidido de nuevo la noche anterior. Era la misma de la que le habló el otro día, la que había conocido la tarde antes de Noche Buena. Se separaron del grupo para charlar y se quedaron muy sorprendidos por las cosas que les habían pasado. Después de contarse todo, pasaron la noche juntos, por eso se había retrasado, quería desayunar con ella. Estaba feliz y pletórico. Nunca se había sentido así con ninguna mujer. El tiempo diría si era la pareja de su vida, pero de momento lo iban a intentar.

—Es muy bonito, me alegro mucho por ti, de verdad. Es genial acabar el año compartiéndolo con alguien por la que sientes algo especial, pero..., sabes que los principios siempre son buenos, y la realidad es que a la larga todo acaba.

—¡Qué optimismo! Vale, sé que casi siempre es así, pero en esta ocasión es diferente, hay como una conexión, algo que nos une, ¡saltan chispas..., joder! No sabría como explicártelo para que lo entendieras, pero es real y está ahí.

—Bueno..., esperemos que no sea solo la "*magia de la Navidad*" — decidió dejar el tema. No creía que eso que estaba experimentando su amigo fuera duradero, pero daba gusto verlo tan feliz. Mientras se sintiera así, que lo disfrutara.



Normalmente, como otros finales de año, los amigos se juntaban para celebrarlo. Lo principal, era pasarlo juntos. No solían ir a las típicas fiestas, quedaban todos en la casa que tenían los padres de Carlos en la sierra.

A media tarde llegarían con todos los suministros para pasar allí esa noche y el día de año nuevo también, que además coincidía con el santo de Manu.

Estaban hartos de ir siempre todos empaquetados con trajes de chaqueta en su vida cotidiana, por lo que en esa fiesta lo que querían era pasarla lo más cómodos y relajados posible, ya que al fin y al cabo se trataba de una fiesta privada. Ya estaban cansados, desde la adolescencia, de pasar esa noche entre montones de gente, con excesos de alcohol y otras sustancias, en sitios donde te servían mal, con colas interminables y que realmente les hacían sentir que no habían hecho nada que valiese la pena para cerrar un año y comenzar otro, por lo que desde hacía ya bastantes años que probaron hacerlo diferente, lo habían instaurado.

Algunos de ellos, habían dejado ya de asistir a esta reunión, unos se habían casado y otros tenían pareja, con la que tenían que asistir a algún evento, pero los que quedaban seguían siendo firmes a la tradición.

También se habían incorporado varias chicas, dos de ellas las parejas de dos de los amigos, que les parecía también la mejor forma de disfrutar de ese día.

Esta vez con la nueva pareja de Carlos, Manu, no sabía que iba a pasar, si se iba ya a romper todo, o ella se incorporaría. Su amigo a falta de unas horas, no le había comentado nada.

—Quería hablar contigo, no sé cómo te va a sentar lo que te voy a comentar, es todo un poco precipitado y sé que quizás te moleste.

—No tendrá algo que ver con la fiesta, porque ya estabas tardando. Desembucha.

—Le he comentado a Mar lo que nosotros hacemos, y le ha parecido genial. El único inconveniente que ella tiene, es que con sus amigas se juntaban en su casa y ya tienen también todo comprado. Nosotros tenemos claro que queremos pasar esos días juntos, entonces...

—¡Vamos, qué te largas con ella! —soltó molesto. Lo entendía perfectamente, pero le dolía que todo fuera a cambiar tan rápido.

—No exactamente. La solución que vemos más factible, es que vengan ellas con nosotros. A los demás seguro no les importa, solo me preocupas tú, creo que, por lo que me han comentado, no hiciste muy buenas migas con su mejor amiga.

—Jajajaja, me habías asustado. Por mí no hay problema. Puede ser hasta interesante. Promete ser una noche distinta.

—Cuanto me alegra de que te parezca bien, me sentiría raro que no estuviéramos juntos después de todos estos años.

—¡Pero qué fuerte! Tenías claro que si no estaba de acuerdo, pasabas

de mí.

—Ya te he dicho que con Mar es diferente.

—¡Vale...! ¡Vale...! Resérvate para ti esos pensamientos, solo de escucharte, me dan escalofríos.

Sin saber muy bien porqué, su amigo le había alegrado el día. Este fin de año iba a tener un estímulo nuevo, la morenita guerrillera estaría cerca para hacer la velada mucho más divertida.



—¿Qué es eso tan urgente que tienes que contarnos y que no has podido esperar a esta noche? —soltó Sonia impaciente.

—Tengo cambio de planes —dijo con cierto miedo mirando a sus amigas, sobre todo a ella.

—Seguro que tiene que ver con Papá Noel. ¿Pasas de nosotras y te vas al Polo Norte con él? —rio Sonia.

—Sí, pero os afecta a todas.

—Tranquila, por nosotras no te preocupes, podemos juntarnos en mi casa. Si yo hubiera encontrado un ser tan mágico —le guiñó el ojo—, también me largaría con él.

—Ahí está el kit, no quiero largarme con él sin vosotras, quiero que vengáis conmigo.

—No creo que le guste llevar tres carabinas con vosotros.

—Él pasa ese día en un chalet de sus padres en la sierra con sus

amigos, y... no sé si a ti te va a hacer mucha gracia juntarte con ellos después de lo que pasó la otra noche con Manu.

—¡Ahhhh! ¡Eso es lo que te asusta! Jajajaja, por mí iré encantada. Seguro que será una noche muy estimulante. Pero con solo una condición..., aunque "Ese" no crea en la magia, nosotras tenemos que hacer la tradición de todos los años del champán.

—¡Perfecto! ¡Qué alegría me das! No quería ni pensar que iba a pasar si te negabas, me sentiría fatal sin vosotras esta noche. Pues..., ya sabéis ¡Hay que recortar más papelitos dorados!

—¿Qué tenemos que llevar? ¿Hay que comprar algo más? —
comenzaron a bombardearle con preguntas.

—Al igual que nosotras ellos tampoco van de etiqueta, por lo que llevaros vaqueros, ropa cómoda y abrigada, botas, La comida y bebida que nosotras hemos comprado es suficiente, Carlos, a parte, va a comprar algo más de carne, porque al día siguiente siempre hacen una barbacoa y ese día, hasta la tarde, también nos quedamos ¿Os parece bien?

Si su amiga supiera el favor que le acababa de hacer. Desde que el capullo de Manu había estado en su tienda no se lo había podido quitar de la cabeza. ¡Era gracioso! No existiría la magia, quizás no pasara nada entre ellos, pero antes de lo que habían imaginado estarían juntos y por muchas horas, otra nueva coincidencia. Estaba encantada.

CAPÍTULO 3

Carlos y Mar habían organizado los coches de forma que las chicas fueran acompañadas de alguno de los amigos para que, de esta forma, no tuvieran problemas en encontrar el sitio.

Alex iba con Pablo y llevaría a dos de las chicas. Las otras dos parejas iban juntas y como en el coche con Carlos siempre lo acompañaba Manu, esta vez irían también Mar y otra de las amigas, por lógica Sonia, que es la que vivía más cercana de esta.

Así, cuando llegó la hora, cada grupo se organizó para salir. Carlos y su amigo, ese día, acabaron un poco antes del trabajo y con todo ya listo, se dirigieron a casa de Mar y después a la de Sonia, que se había tomado la mañana libre, como todos los años.

Manu, cuando la vio aparecer por la puerta con unos vaqueros ajustados, un plumas, una botas militares, el pelo recogido en una cola alta y sin nada de maquillaje, no pudo evitar quedarse embobado mirándola, estaba preciosa y muy sexy, a pesar de ir sin ningún artificio.

Sonia metió la bolsa que llevaba en el maletero y se quitó el chaquetón para también dejarlo, quedándose con un jersey gordo entallado de cuello alto que realzaba más su figura.

Sus amigos no habían dejado de observar a Manu, una sonrisa se les dibujó a ambos en la cara, sin duda se habían dado cuenta de todo.

—¡Hola chicos! —dijo mientras entraba al coche, cerraba la puerta tras de sí y lanzaba una mirada sarcástica a Manu—. Otra vez nos

encontramos, que casualidad, ¿no?

—Casualidad ninguna —se puso a la defensiva—. Es obvio, si tu mejor amiga y mi mejor amigo salen juntos nos vamos a encontrar muy a menudo, ¿no crees? —ya empezaba la morenita a guerrillear.

—Jajajaja, llevas razón. Lo de ayer fue casualidad, lo de hoy no tanto.

—¿Lo de ayer? ¿Os visteis ayer? —preguntaron la pareja casi al unísono.

—Por lo que veo, no os lo ha contado.

—No le di importancia, simplemente. Y tú, por lo que parece tampoco.

—¡Chicos tengamos la fiesta en paz! Bajad el hacha de guerra por favor, que os queda mucho tiempo que estar juntos —dijo Mar poniendo los ojos en blanco.

—No os preocupéis, venimos a disfrutar del fin de año, ¿no? Solo era un comentario, sin importancia, después de que ayer le salvara la vida, ya no le caigo tan mal.

—Primero, por supuesto que venimos a pasarlo bien. Segundo, no me salvaste la vida, solo estabas en el sitio adecuado para evitar que fuera con mal aspecto —contestó Manu intentando parecer ofendido.

—Que puntilloso eres, pues eso.

—Y tercero, no me caías mal, no te conozco como para llegar a tanto, simplemente no comparto contigo esas ideas, para mí, algo infantiles.

—Mejor que paréis, creo que voy a poner algo de música —cortó Carlos, antes de que se caldeara la atmósfera.

—No te preocupes somos "adultos" y sabemos comportarnos, además, si queréis os cuento lo de ayer, teníais que haberle visto la cara de mala leche cuando entró y encima, para más inri, como se le puso cuando me vio. Fue súper gracioso.

Comenzó a contarles su encuentro con pelos y detalles, añadiendo gestos y apreciaciones personales. Todos, menos Manu, no paraban de reír, más por su actuación y la forma que tenía de expresarlo que por los hechos en sí, hasta que sin poder contenerse más, este también se soltó y no solo se reía, sino que también cooperaba con el relato.

—Pero lo mejor fue pillarla infraganti mirándome... — Apuntilló Manu con una sonrisa picarona.

—¡Oye, oye....! Yo solo te miraba profesionalmente.

—Ya, lo que tú digas...

Cuando se dieron cuenta habían llegado, el viaje se les había pasado sin darse cuenta entre risas y charla; ya se notaba entre ellos, otro tipo de atmósfera, más relajada y distendida.

Entraron en un camino estrecho, que serpenteaba rodeado de pinos después del cual a lo lejos se veía un caserón enorme de dos plantas, con un gran porche.

La fachada era muy rústica, de piedras, que le daba una sensación de robustez y antigüedad. La cubierta, de varias aguas, era de teja y el porche de vigas de madera cerrado con cristaleras abatibles.

Aunque estaba en medio del pinar, la casa se veía despejada y se podía distinguir en uno de los laterales, unos techados también de vigas de madera y tejas, para resguardar los coches. En el otro lateral, más próximo a la casa, del mismo estilo, y también cerrada con cristaleras abatibles, se distinguía lo que estaba claro que era una gran barbacoa.

—Ya hemos llegado a mi dulce morada —sonrió.

—Es preciosa, y enorme, ¡me encanta! —Sonia miraba embobada.

—La verdad es que sí. Me imaginaba más una casita pequeña, rústica, en un entorno verde, pero..., no sé, no tan... —Mar alucinaba con lo que se veía.

—Jajajaja, me alegro que os guste. Pues, por dentro también está muy bien. Mezcla detalles de varios estilos para que sea muy cómoda y acogedora. Vamos a pasar y así os la enseño antes de que vayan llegando los demás, luego ya si eso descargamos el coche y colocamos todo.

Efectivamente era una casa preciosa, tanto por fuera como por dentro y mucho más grande incluso de la impresión que daba.

Accedieron al chalet por el porche, que estaba acondicionado para juntar a mucha gente. En el lateral derecho había una mesa de madera enorme con sillas a juego y en el izquierdo, por un lado, unos sofás y sillones bajos rodeando una mesita cuadrada y por otro, una mesa redonda con sillas al rededor. En el centro, una chimenea de forja pegada a la pared ocupaba gran parte de esta. Estaba todo pensado para disfrutar de la casa todo el año.

Desde ahí, entraron directamente a un salón-comedor, separado de la cocina por una barra. Los espacios eran muy amplios a pesar de tener muebles de gran tamaño.

Siguió mostrándoles la casa, la parte baja constaba del salón-comedor-cocina, de un aseo y un dormitorio completo con otro baño. En la parte superior, había cuatro dormitorios grandes, cada dos, compartían un baño al que se accedía desde estos. Iban los cuatro, charlando, riéndose y contando anécdotas que habían pasado allí los amigos desde niños.

Momentos después fueron llegando todos, descargaron y colocaron la comida que traían y enseñaron la casa a las chicas que aún no la conocían.

Distribuyeron las habitaciones, arriba Carlos y Mar en la habitación de este. Una de las parejas en la contigua a ellos y la otra en la de abajo, así dejaban, añadiendo una cama a cada una, los otros dos dormitorios que compartían baño, una a los chicos y otra a las chicas.

Pusieron la mesa en el porche y sacaron los platos que cada uno había llevado preparados de su casa. Sabían que se les iba a hacer tarde para comer, por eso decidieron organizar esa primera comida de esa forma.

Todos colaboraban mientras no se paraba de hablar y escucharse alguna que otra risa. Se notaba un ambiente festivo y muy agradable, hasta los que no sabían cómo iban a estar juntos, se les veía a gusto, muy unidos, con bastante complicidad y miraditas, aunque, por supuesto, cada dos por tres se tiraban alguna que otra pulla.

Manu cuanto más la observaba, más le gustaba. Era una combinación explosiva, pero le atraía tanto, que hasta le asustaba. Nunca nadie le había hecho hervir la sangre de esa forma.

Con su ex, todo había surgido como algo natural y esperado, y con las chicas que había salido, nunca había sentido más que una atracción física, de hecho, con algunas ni se había preocupado de conocerlas.

Pero con ella era distinto. No solo le atraía su aspecto, también su carácter guerrillero pero dulce a la vez, su madurez para unos temas y su inocencia para otros, sus ideas románticas mezcladas con un realismo crudo de la vida, todo eso iba descubriendo cada momento que pasaba con ella. Eso sin contar con esa sonrisa que tenía tan sincera y fresca, junto con su naturalidad a la hora de moverse que le volvían loco. Era perfecta, y por poco, si no llega a ser por un cúmulo de "casualidades", no le hubiera dado ninguna oportunidad.

—Te veo muy concentrado observando a cierta morena —se acercó Carlos sin que él ni se hubiese percatado concentrado en sus pensamientos.

—Estaba pensando, que al final, me voy a volver creyente —rió ante

la cara de su amigo—. Eso sí, como esto salga fuera de nosotros te corto las pelotas, ni a Mar.

—Jajajaja, no hace falta que yo se lo cuente, cualquiera que tenga ojos puede verlo.

Sonia observaba a Manu, su comportamiento con sus amigos y cómo desde que habían dejado de lado sus diferencias la trataba; tenía que reconocer que ya no podía, aunque lo intentara, ver al capullo que conoció el primer día.

No solo estaba como un tren, como pudo constatar en su tienda, también era divertido, inteligente, a veces cabezota y obstinado, algo que le gustaba y a la vez le activaba, era un verdadero encanto. Un encanto que le ponía las pulsaciones a mil con solo un roce o una sonrisa.

Aunque siempre había querido creer en la magia, las casualidades y señales, y se había peleado incluso con él por eso, en el fondo siempre había dudado que existieran, por lo menos para ella, pero..., ahora..., ya no lo tenía tan claro.

—¿Qué tal lo llevas? No se os ve mal.

—Parece que al final, no va a ser tan horrible como parecía —le sonrió sin apartar la vista de Manu.

—Yo diría..., casi todo lo contrario.

—Tampoco te pases, no vaya a ser que se relaje y vuelva el capullo que conocí el primer día. En este ambiente y este entorno, es fácil verlo todo color de rosa, pero ya sabes que luego la realidad, a veces es otra.

—¡Pufffff! Ya has sacado a la Sonia realista. Vamos, que te gusta mucho y te estás acojonando —soltó una carcajada y le guiñó el ojo.

—No lo sabes tú bien —hizo un mohín.

CAPÍTULO 4

Estaban todos atareados. Unos preparando la cena, los entrantes, el plato fuerte y por supuesto, algo que no podía faltar, los turrone y las doce uvas para cada uno. Otros poniendo y decorando la mesa; otros encargándose de poner las bebidas en el frigorífico o en el congelador, para que estuvieran frías para la noche, sin olvidarse de las copas para brindar.

Así, se tiraron casi una hora, ambientados con música de fondo, bailando, tonteando, tomándose alguna copa de vino o cerveza, riendo y disfrutando de los preparativos.

Cuando parecía todo listo e iban a ir a ducharse y cambiarse, Sonia se acordó que faltaba un detalle.

—¡Chicos! ¡Chicos! Falta una cosa. Nosotras siempre hemos tenido una tradición, y ya que hoy vamos a pasar esta noche con vosotros, nos gustaría que la compartierais también —hizo una pequeña pausa mirando a Manu—. Sé que algunos no creéis en la magia y en ciertos rituales, pero podéis tomarlo como un juego para esta noche tan especial en la que cerramos un año y damos paso a otro, a nuevas ilusiones y esperanzas. Se trata de lo siguiente. En estos papelitos dorados, —mostró los que llevaba en la mano—, cada uno tiene que escribir un deseo, bonito, por supuesto, se supone que tiene que ser lo que uno desearía para sí, pero se lo vamos a desear a los demás. Luego liarlo en cuatro partes iguales y lo guardamos en esta bolsita. Es un único deseo por persona y no vale eso de salud, dinero y amor. Ser algo más específicos y creativos, así cuando después de las uvas brindemos y cada uno abra un papelito será mucho más divertido e interesante ver que nos ha tocado para el siguiente año. Eso es todo, ¿qué os parece? ¿Os animáis?

—Claro, por supuesto, me encanta —comentó una de las chicas a las que acababan de conocer ese día, que era la pareja de uno de los amigos mientras cogía uno de los papelitos.

Todos asintieron divertidos, esa noche todo valía. Cada uno concentrado pensaba en el mensaje que escribir.

Manu, mirando a Sonia y sonriendo de medio lado escribía divertido, haciendo a esta ponerse nerviosa.

Conforme fueron acabando, los iban introduciendo en la bolsita hasta que estaban todos y la cerraron. La dejaron junto con la bandeja de dulces, los boles de uva y las copas donde después se serviría el champán.

Ya con todo listo, cada uno fue a sus habitaciones a ducharse y cambiarse. No iban a ponerse de gala ni ponerse de tiros largos, pero les apetecía no llevar la ropa con la que habían estado trasteando todo el día. Seguirían con la vestimenta cómoda, como habían hablado, pero algo más presentables.

Pasó bastante tiempo antes de que los primeros hicieran su aparición en el salón. Fueron los chicos, a pesar de que tuvieron que esperarlas a ellas para ducharse. Luego todas, inclusive las que tenían pareja, se juntaron en la habitación común para acabar con los retoques.

Cuando por fin aparecieron ellas, bajando por la escalera en plan pase de modelo, presentadas una por una por Sonia, bajo las risas y la atenta mirada de ellos que no daban crédito a lo locas y guapísimas que estaban.

Manu no podía apartar la vista de esa morenita que igual estaba buscando guerra, que preparando rituales románticos, que haciendo de anfitriona de la fiesta. Era una caja de sorpresas y cuanto más conocía de ella, más le gustaba. Eso sin contar como podía estar tan guapa con tan poco. Otras mujeres con las que había salido, hubieran necesitado para estar la mitad de guapas que ella, ropa perfecta, al igual que su pelo y pintura; y ella,

con su melena suelta, un vestidito mini sin ningún detalle solo que se ajustaba como un guante a su cuerpo y unos tacones, no muy altos, iba preciosa. Quizás ayudaba esa sonrisa que le iluminaba la cara y que provocaba en él un deseo que le encendía.

—¡Y por supuesto! —Gritó Sonia sacándolo de su ensoñación—, el colofón de la fiesta lo llevan donde no se ve. Porque..., como hoy no podía ser de otra forma, y todas queremos tener un año rodeadas de amor y pasión... —hizo una pausa ante las risas de ellas y para crear expectación—, su ropa interior es la adecuada para que ese deseo se cumpla, roja, y muy, pero que muy sexy. Pero..., eso solamente algunos lo comprobaréis esta noche —sonrió mirando a las parejas—, y otros... —volvió a sonreír, pero ahora con picardía—, depende, porque yo no soy quién para decidir lo que quieren enseñar las demás y a quien —soltó una carcajada al oír las quejas de unos y la euforia de otros.

Le estaba costando mantener el tipo y mostrarse natural encima de la escalera. Al principio, había pensado mientras estaban en la habitación, que podría ser divertido el pase de modelos cuando la eligieron a ella para ponerle el punto pícaro y cachondo, porque era la que tenía más desparpajo y menos vergüenza de todas. Pero ahora, viendo como la observaba Manu desde abajo, no sabía si había sido buena idea. La estaba devorando con la mirada al tiempo que con esa sonrisa de medio lado parecía que le estaba analizando su interior, y eso la estaba poniendo muy nerviosa, notaba como se le aflojaban las piernas y su cuerpo se activaba ante el repaso, por lo que, cuando consiguió con éxito acabar, soltó la indirecta, por si alguien se sentía aludido.

La cena fue genial, lo estaban pasando mucho mejor que ningún año, al ser más gente, con buena armonía y como único propósito disfrutar de una noche divertida entre amigos, parecía que todo fluía perfectamente.

Manu y Sonia aprovechaban cualquier ocasión para mirarse, sonreírse o rozarse.

Estaban recogiendo la mesa para poner los cafés, los dulces y las

copas cuando Manu pasó muy cerca de Sonia, pero esta vez ya no pudo resistirse a ese olor que lo embriagaba, se volvió y por detrás, le apartó un poco el pelo y le dio un beso suave en el cuello, bajo el lóbulo de la oreja.

Ella que lo había visto pasar no esperó ese arrebató que le estremeció, pero prefirió aparentar solo sorpresa cuando se giró con una sonrisa algo burlona y mirándolo a los ojos se acercó un poco para que solo lo oyera él.

—Si quieres comprobar cómo es mi ropa interior cuando acabe la noche, lo llevas claro, tienes que ganártelo y hacer muchos más méritos para que se me olvide al capullo que conocí el primer día, y eso en unas horas lo tienes difícil —se separó un poco de él, le guiñó un ojo y le sonrió con picardía.

Manu, sin poder evitarlo, soltó una carcajada. No solo era una morenita guerrillera, también era una provocadora.

Llegó el momento tan esperado de la noche, y como era tradición, todos estaban atentos delante del televisor preparados para oír las campanadas y tomarse las uvas.

Cuando finalizaron, algunos con las bocas todavía llenas, otros muertos de risa intentando no atragantarse, comenzaron a felicitarse, besándose, abrazándose y deseándose un feliz año.

Manu cogió a Sonia de la cintura por la espalda, le dio la vuelta, dejándola prácticamente pegada a él, mirándole con una mezcla de deseo y ternura. Bajó lentamente su boca hacia los labios de ella y comenzó a besarla suavemente hasta que ella subió sus brazos y los pasó por detrás de su nuca dándole acceso total a su boca. El beso al principio contenido, fue devastador. Después de unos segundos, se separaron mientras se miraban con cierta picardía y, aún pegados, se sonrieron.

—Feliz año —su voz sonaba ronca y algo burlona.

—Igual te digo —intentaba aparentar tranquilidad cuando estaba

hecha un flan.

—¡Vamos chicos! Coged las copas, a brindar y ver que nos desean los astros para este año —Carlos les ofreció una copa a cada uno con cara socarrona.

Iban cogiendo papelitos uno tras otro, los abrían y los leían en voz alta ante las risas y comentarios de todos. Había de todo tipo, unos algo más ñoños como "*Deseo que todos sus sueños se hagan realidad*" y algunos más subidos de tono "*Deseo que este año tengas tanto sexo que tu cuerpo pida descanso*".

Llegó el turno a Sonia, lo abrió y lo leyó en alto, sin poder evitar mirar a Manu. "*Deseo disfrutar de ti, en cuerpo y alma*". En otra ocasión se hubiera reído de lo profundo y romántico del deseo, pero esta vez, se estremeció sin poder evitarlo y para que no notarán lo que le había afectado, decidió quitarle hierro, bromeando.

—¡Me encanta! Solo que ahora tengo que encontrar a ese hombre con el que poder disfrutar —todos rieron y siguieron sacando. Ella ya no prestaba tanta atención, hasta que llegó el turno de Manu.

—Bueno, vamos a ver si tengo suerte para el próximo año —soltó con cierto sarcasmo y miró a Sonia.

Abrió lentamente el papelito mientras estaban expectantes para darle más emoción. Todos estaban interesados, pero, había unos cuantos ojos más pendientes que otros, Carlos y Mar, se apretaron la mano que tenían cogida, y Sonia no podía dejar de mirarlo.

—"*Deseo estar junto a ti*" —sonrió a Sonia y, por no ser menos, no queriendo mostrar su debilidad bromeó sobre el tema—. Muy ambiguo, tendría que especificar quién es esa mujer con la que deseo estar.

Cuando acabaron con el juego, Manu y Sonia se fueron a preparar unas cuantas copas. Estaban concentrados en silencio, elaborando sus gin-

tónico, uno al lado del otro, en la barra de la cocina, echando las medidas y condimentos adecuados.

—¿Qué tal estás pasando la noche? Supongo que no es la idea que teníais, pero con la relación de Carlos y Mar os han cambiado los planes — comentó Manu para romper el hielo, no estaba acostumbrado a verla tan callada.

—Genial. No me gusta ir a fiestas donde hay aglomeraciones, pero da gusto que estemos más gente, eso sin contar, que el ambiente es muy bueno, sois muy agradables y el lugar es una pasada. ¿Y tú?

—Me alegro mucho, porque yo también me lo estoy pasando muy bien. Lo único que me preocupa es que últimamente estamos en demasiadas cosas de acuerdo —le sonrió con esa mirada pícaro que para ella, y cualquier mujer que se tercié, tendría que estar prohibida para así poder preservar su integridad física.

—No te hagas ilusiones, que estamos de acuerdo porque no hemos nombrado el tema de los deseos.

—Pues..., cuando quieras, yo tengo curiosidad por saber qué piensas de lo que nos ha salido.

—Vamos..., que te gusta que te dé caña —intentó esquivar el tema. No tenía ganas de oír algo que enturbiara la noche tan buena que estaba pasando.

—Me gustas de todas formas —dijo tajante y mirándola esta vez serio.

—¡Jajajaja! Solo falta ahora que me digas que crees en las casualidades.

—Pues..., si te soy sincero, nunca he creído, pero en estos momentos ya no sé en qué creer. Para mí las Navidades, después de las pasadas, iban a ser la peor época del año, y estas, al final, son las mejores de mi vida y, han

sido así gracias a un montón de casualidades o como quieras llamarlas, que me han hecho conocerte.

Sonia que en ese momento tenía los ojos como platos y lo miraba alucinada, no sabía si lo estaba entendiendo bien.

—¿No dices nada? Eso es más raro todavía.

—Me has dejado sin palabras. Creo que no te he entendido bien.

Manu se acercó le pasó una mano por la cintura, otra por detrás de la nuca y la atrajo hacia él. Le atrapó suavemente el labio inferior entre sus dientes y con la mirada le pidió permiso. Ella giró un poco la cabeza y atrapó su boca. Con la cercanía, pudo notar como su cuerpo estaba endureciéndose y sus manos comenzaron a descender hasta su culo atrayéndola más hacia él. De repente, fueron conscientes de donde se encontraban y de golpe se separaron mirando a su alrededor y se encontraron con la mirada de guasa de Mar y Carlos que acababan de entrar.

—¡Sin comentarios! Como alguno abra esa boquita suya se la gana — soltó Sonia cogiendo su bebida y saliendo hacia el porche.

Carlos hizo el gesto de cerrarse la boca, pero no pudo evitar soltar una carcajada cuando miró cierta parte de la anatomía de su amigo que parecía quería escapar de la presión de sus pantalones.

—¡Qué gracioso! Ya la has oído, calladito estás mejor —dijo al tiempo que iba en busca de Sonia.

La estuvo buscando por el salón, y al no verla subió al dormitorio pensando que igual estaba allí, pero tampoco la encontró. Entonces volvió a la planta baja y salió a la calle, y allí la vio. Sola y demasiado pensativa. Algo le pasaba.

Necesitaba tomar aire y aclarar sus ideas. Estaba confusa y dudaba de hacer lo correcto. Aunque en la terraza estaban las cristaleras cerradas, nada

más salir notó el cambio de temperatura, algo que la reconfortó. Se sentó en unos de los sofás y se echó una de las mantas que había sobre este por encima.

Se estaba engancho demasiado de Manu, y eso no le hacía ninguna gracia. No le importaba tener rollos de una noche con alguien desconocido, pero en este caso, le estaba gustando demasiado, pero estaba segura que él solo la quería para eso. Luego sufriría las consecuencias cuando ya no le volviera a hacer caso. Encima estaba el inconveniente que tendría que seguir viéndolo y sería todavía más difícil.

Sumida en sus pensamientos no se dio cuenta que él había salido hasta que se plantó a su lado y le tendió la mano para levantarla.

—Ven, quiero hablar contigo en privado y aquí hay demasiados oídos —le pasó la manta por la espalda y salieron al exterior los dos abrazados bajo ella, en silencio.

Una vez se alejaron un poco de la casa, se paró bajo un árbol, se apoyó en el, se giró y se quedó de frente a ella, un poco separado para poderla ver bien, pero cubiertos los dos por la misma manta.

—No entiendo porque te ha afectado que nos vean juntos, no creo que sea nada malo para que lo tengamos que ocultar. Tampoco entiendo porque parece que huyas de mí, creo que lo del beso estábamos los dos deseándolo y por lo menos por mi parte ha estado genial.

Ella no dejaba de mirarlo sin decir palabra.

—Y ahora esto. No hablas de nuevo.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé, algo de lo que piensas. Yo creo que estoy siendo bastante sincero y abriéndome bastante y desde ese instante, parece que a ti te ha pasado lo contrario. Ya ni opinas, de golpe te has vuelto cobarde —la pinchó

para que reaccionara.

—No es cobardía. ¿De verdad quieres saber lo que pienso? Pues..., atente a las consecuencias.

—Sea lo que sea quiero saberlo.

—Lo estás haciendo genial, si no es porque no tenemos un dormitorio para nosotros, has conseguido que me olvide del capullo que conocí el primer día y hubiera estado encantada de enseñarte mi ropa interior.

—Y..., ¿eso es malo? Porque suena como si lo fuera. Y la verdad, me encantaría, y si estás dispuesta sé de varios sitios.

—Ahí está el problema, yo no me acuesto con alguien que me guste sin tener una relación, algo que contigo no va a pasar, y no pongas esa cara.

—La cara es porque ahora sí que me he perdido. Si no te gustara, si te acostarías conmigo.

—Siii.

—¿No es mejor acostarte con alguien que te gusta?

—No. Si no te conociera, si fueras alguien que simplemente me has atraído, no gustado, solo serías para un rollo momentáneo, y luego, si te he visto, no me acuerdo. Pero..., contigo..., es diferente. Por desgracia, me gustas, y bastante, a eso súmale que luego tendremos que seguir coincidiendo y viéndonos, ya que nuestros mejores amigos son pareja, por lo que no quiero pasarlo mal.

—Perfecto, me alegro de que se haya aclarado, porque estaba convencido de que, aunque me daba la sensación de que te atraía, he llegado a pensar que no te gustaba. Ahora no hay problema.

—¿Nooo?

—No, porque a mí me gustas y mucho. Aunque no sé porqué, tú has dado por sentado que yo solo quiero una noche, resulta, que nunca he sentido nada igual por ninguna chica y eso que he estado a punto de casarme, ¡cómo me alegro ahora de que acabara! Creo que desde el día que te conocí, me di cuenta que no hubiera sido feliz en mí matrimonio, porque nunca con ella, en todo el tiempo que llevábamos, vibré como lo hago por ti. Me hiciste enfadar, pero me hirvió la sangre como nunca antes me había hervido y no me quedaron dudas cuando te vi en la tienda. Desde ese momento no he podido dejar de pensar en ti ni un momento, me encantó la idea de estar juntos estas fiestas y, por supuesto, me encantaría, no solo ver esa ropa roja y sexy que llevas, sino también quitártela y deleitarme con tu cuerpo pero; ten por seguro, que algún día te la pondrás para mí y la disfrutaremos, porque si tú estás de acuerdo, me gustaría seguir viéndote, y si piensas que es tan solo para un revolcón, prefiero esperar a que tengas claras mis intenciones, quiero más.

Sonia no salía de su asombro, conforme él hablaba ella lo tenía más claro, igual luego se arrepentía, no lo conocía tanto como para estar segura, pero lo intentaría, porque lo que sí sabía seguro, es lo que sentía por ese hombre, que no era un capullo en absoluto, y en tan poco tiempo, se había metido bajo su piel.

Se lanzó hacia él, besándolo, metiendo sus manos por debajo de su jersey y juntándolo a su cuerpo que necesitaba de su cercanía.

—Creo, que aunque me lo ponga en otras ocasiones, hoy es el día adecuado para que lo veas. Hoy es el día que se cumplen los deseos.

Manu soltó una carcajada y volvió a besarla. Separándose un poco se quedó mirándola.

—¿Estás segura? Aunque es lo que más deseo, por ti espero lo que haga falta.

—Creo que estás hablando demasiado —le volvió a besar para que se

callara.

CAPÍTULO 5

—Ven, quiero enseñarte una cosa —le atrajo más hacia él para que no le diera frío.

Se encaminaron bajo la manta a la parte trasera de la casona y cogieron un sendero entre los árboles. La única iluminación que tenían era el reflejo de las luces de esta. Cuando anduvieron escasos cien metros se abrió delante de ellos un claro, aunque había algo de luna, ella no distinguía bien que tenía delante de sus ojos. Notaba a Manu algo nervioso y se había puesto tenso.

—Ya hemos llegado.

—Hace un poco de frío para estar aquí fuera, aunque yo, ahora mismo podría incendiar este monte —comentó para aflojar un poco la situación.

—Jajajaja, aquí nos congelaríamos por muy calientes que estemos. Es ahí delante.

Avanzó un poco más y entonces ella pudo contemplar lo que parecía una cabaña de madera.

—Espera un momento, voy a abrir y encender las luces.

Al irse de su lado, a pesar de ella seguir cubierta con la manta sintió un escalofrío. En un instante se iluminó todo el exterior y pudo contemplar una pequeña casa de madera preciosa, con un porche cubierto y unas grandes cristaleras que dejaban ver el interior.

—Vamos, ya puedes pasar. No quiero que te resfríes —le guiñó el ojo y le sonrió volviéndola a coger esta vez de la mano.

Entraron y se encontró con un salón espacioso aunque no muy grande separado por una barra de la cocina. Pasó y cerró tras él. El ambiente era cálido, daba la sensación de estar encendida la calefacción.

Sonia observaba todo en silencio, no sabía que pensar. Desde luego, algo tenía claro, sabían muy poco el uno del otro.

Manu le quitó con suavidad la manta y la dejó caer al suelo. Sus ojos estaban fijos en los de ella que algo nerviosa curvó un poco sus labios a modo de sonrisa.

—Como te he dicho antes, me gustas, más de lo que nunca imaginé que pudiera gustarme nadie, pero si quieres que paremos aquí, estás a tiempo, puedo enseñarte mi pequeño refugio y sentarnos a tomarnos algo y charlar, pero..., si comienzo no creo que luego pueda parar. Te deseo tanto que duele y no me voy a conformar solo con una noche.

Sonia se abalanzó hacia él, ancló sus manos a su nuca para atraerlo más hacia ella, junto su boca y mordisqueo su labio inferior, provocando en Manu un leve gemido que aprovechó para introducir su lengua. Saboreándolo, explorándolo y deleitándose en su profundidad. Él se cernió con ansias, buscando mayor acercamiento le pasó las manos por la cintura y la atrajo hasta que sus cuerpos se acoplaron.

Se besaban como si en ese instante fuera lo único que importara pero también como si desearan hacerlo para siempre. Era maravillosa la conexión que sintieron con un simple beso, como si estuvieran destinados a ser el uno parte del otro.

Las manos de Manu descendieron por sus costados y se colaron bajo la falda, la cogió de las nalgas y apretándola contra él la elevó para llevarla hasta la cama, ella mientras, aprovechó y enrolló las piernas en su cintura e introdujo las manos en el interior de su jersey.

Le lanzó una mirada hambrienta, repleta de desesperación y ternura y el cuerpo de Sonia se estremeció al percibir su deseo.

Apartó el edredón a un lado y con delicadeza la tumbó. Comenzó a desnudarla, deleitándola y excitándola con cada roce y cada beso. Cuando solo le quedaba la ropa interior, se apartó un poco y se quedó contemplándola. No podía creer que la tuviera ahí esa noche, se sentía lleno y feliz. Uno de sus deseos ya se estaba cumpliendo.

—Eres preciosa, y efectivamente, ese conjunto es pero que muy sexy —sonó su voz ronca producto de la excitación.

Sonia se contuvo y le dejó hacer, pero estaba llegando a su límite. Necesitaba acariciarlo ella también. Lo deseaba desnudo dentro de ella.

Como pudo se deshizo de su ropa y así saciar parte de su ansiedad.

Mientras una de sus manos rozaba delicadamente la tela de su tanga, la otra liberaba uno de sus pechos del encaje de su sujetador y sus labios apresaron el pezón succionándolo, para luego darle un suave mordisco entre sus dientes.

A la vez, los dedos que estaban delineando el contorno de su zona más caliente se abrieron paso entre sus pliegues y se introdujeron en su interior arrancándole un jadeo. El calor se extendió desde la parte baja de su cuerpo en todas direcciones, seguido de un estremecimiento de placer que provocaron una espiral ascendente sin retorno. Alcanzó el orgasmo en cuestión de segundos. Él seguía besándole sin apartar la vista de sus ojos.

Cuando su respiración se normalizó un poco, giró poniéndose a horcajadas sobre él, sin apartarle la mirada se desabrochó lentamente el sujetador, bajó su tanga y lo lanzó de cualquier forma, se levantó un poco e hizo lo mismo con los bóxers que él aún llevaba puestos, liberando esa parte de su cuerpo que estaba más que preparada para ella y ella tanto necesitaba sentir en su interior.

Lo que quedaba de noche lo pasaron disfrutando el uno del otro, de sus cuerpos y confianzas, sin acordarse en ningún momento de nada más que de ellos dos.

Ya casi amaneciendo, abrazados se quedaron durmiendo hasta que oyeron a alguien aporrear la puerta de la casa.

Sin saber que pasaba, medio dormidos, se giraron y al descubrir al otro entre sus brazos sonrieron y se besaron. Había sido la noche más maravillosa de toda su vida, y los dos tenían claro que solo sería la primera de muchas.

—Creo que alguien nos está buscando. Debe ser ya casi la hora de comer.

—Que pereza, aunque pensándolo bien, estoy muerta de hambre. Anoche por culpa de no sé quién, no me entraba nada y encima me ha tenido toda la noche haciendo deporte. Aunque..., si sales, ves quien es, y vuelves rapidito, puede que nos dé tiempo a una ducha juntos, porque yo sigo teniendo también otro tipo de hambre.

—Voy corriendo. Enseguida vuelvo. Ve abriendo el grifo que sea quien sea ya lo estoy echando —decía mientras se levantaba y se ponía los pantalones para abrir la puerta a toda prisa.

Una hora después aparecieron cogidos de la mano en la casona, estaban todos fuera, unos en el porche y otros en la barbacoa, preparándola al tiempo que se tomaban el aperitivo.

—¿No tenéis nada que contarnos? —soltaron casi a lo unísono Mar y Carlos, muertos de risa de ver a esos dos con esas caras.

—Solo diré que mi deseo se ha cumplido. Estoy junto a ella y espero que por mucho más que un año. Me he vuelto creyente.

—Jajajaja, y el mío. He disfrutado de él en cuerpo y alma y, espero también, que sea por mucho más que un año. Pero yo, ya creía en las señales.

EPÍLOGO

—¡Me encanta....! —Sonia ronroneo al notar unas manos que acariciaban sus piernas ascendiendo hacia el interior de sus muslos mientras su boca atrapaba entre sus dientes uno de sus pezones para después lamerlo y besarlo.

—Sabes que no está bien, que no debemos —seguía casi susurrando con muy poca convicción en sus palabras.

Manu introdujo un dedo en su interior mientras con el pulgar formaba círculos sobre su clítoris ya abultado.

—¿Nooo? ¿Estás segura? —le preguntó con voz ronca muy cerca de su oído a la vez que besaba su lóbulo y profundizaba más en sus caricias—. ¿Si quieres paro?

—¡Nooooo!

—¿No qué?

—Como ahora te detengas eres hombre muerto y me vengaré de ti toda la vida.

—Jajajaja, ¡esa es mi morenita guerrillera! Pero efectivamente no está bien, no llegaremos —se levantó de un salto de la cama dejándola helada en todos los sentidos y con una mirada que echaba chispas.

Manu, no pudo contenerse y soltó una carcajada, que a Sonia, no le hizo ninguna gracia. La cogió desnuda como iba como si fuera un saco de

patatas mientras le iba dando besos en sus nalgas y ella pataleando mosqueada.

Se acercó a la ducha, abrió el grifo y la dejó debajo de los chorros de agua, consiguiendo un resoplido y una mala cara por parte de ella que se suavizó y sonrió al verlo meterse a él también y cerrar la mampara.

—Así agilizamos tiempo.

—¿Estás tú seguro? —descendió por los músculos de su abdomen por donde ya le chorreaba el agua y tomó entre sus manos su pene erecto, preparado para ella.



—¡Por tú culpa vamos a llegar tarde! —gritaba desde el dormitorio.

—Tú eres la que me has amenazado si no continuaba.

—Pero en ese momento tenía enajenación mental transitoria y no podía pensar, pero túúú, tenias que haber sido el responsable en este caso.

—Vamos que estabas muy, pero que muy caliente. Y creo que has podido comprobar que yo no lo estaba menos.

—Pues eso... Como llegue tarde me van a matar.

—¿Crees que a tus padres y hermano no les importara que te presentes con tú novio sin haberme conocido todavía?

—Para nada, estarán encantados, tenía que ir con acompañante, igual que Mar y mira por donde así va a ser. Además, ¿Por qué te crees que estoy contigo? No pretenderías que fuera sola.

—Jajajaja. Sigue así, que me estás dando la excusa para no ir.

Sonia apareció por la puerta con un traje largo, con toda la espalda descubierta, caía por su cuerpo hasta el suelo sin ajustarse, pero realzaba su bonita figura, eso unido a unos tacones que llevaba de infarto y la melena suelta ondulada en las puntas, estaba impresionante.

A Manu los ojos se le salían de las órbitas, estaba preciosa, se había quedado sin palabras.

Ella carraspeó para llamar su atención y dio una vuelta sobre sí misma para que la viera en su totalidad.

—¡Ni de coña te dejo ir sola a esa boda!

Sonia soltó una carcajada.

—Tú tampoco estás nada mal, hasta empaquetado luces cuerpazo.

Llamaron al timbre, eran Mar y Carlos que pasaban a recogerlos.

—¿Preparado para conocer a tú familia política? ¿Listo para que te acribillen a miles de preguntas?

—Estando contigo, estoy preparado para lo que sea —la besó tiernamente, para no correrle el pinta labios, le colocó la torera que llevaba y el bolso, y cogidos de la mano salieron dirección a la boda.

El Día de Reyes ...

Todo comenzó un año atrás

Maya está plétórica preparando su boda, unos meses después de Navidad se casará con el hombre que ama...

Alex lleva mucho tiempo enamorado de una mujer de la que sabe nunca será correspondido...

INDIA ÁLVAREZ

*El Regalo perfecto
para Reyes*



El regalo perfecto para Reyes

INDIA ÁLVAREZ

CAPÍTULO 1

Maya entró como un huracán en el edificio de oficinas del que era su padre socio.

Con su sonrisa despampanante, sus ojos grandes vivaces, su melenita castaña despuntada y alborotada, y su cuerpo menudo, parecería una niña revoltosa, sino fuera por la elegancia que desprendía con sus andares seguros sobre unas botas con muchísimo tacón.

Su entrada no pasó desapercibida, aunque ella ni se percató. Su presencia nunca pasaba inadvertida. Unos la miraban con admiración y otras con cierta envidia.

Su estilo era muy personal, pero siempre se le veía con mucha clase.

Llegó a la última planta, donde estaba ubicado el despacho de su padre y se dirigió con el mismo ritmo acelerado hasta la mesa de su secretaria, que al verla aparecer, no pudo evitar una sonrisa sincera.

—¡Hola Olga! ¿Cómo estás? ¿Está mi padre? ¿Puedo pasar? —habló al mismo ritmo que había entrado.

—Buenos días Maya. Estoy muy bien. Y tú, qué tal, se te ve radiante. Y sí, tú padre está, pero está reunido con Alex y no sé si puedes entrar. ¿Cómo puedes hablar a esa velocidad? Casi me asfixio, solo con intentarlo —se rio.

—¡Vaya! Perdona, es que voy a cien —dijo con pesar.

—Pero..., si quieres le digo que estás aquí, igual ya están acabando.

—Sería estupendo, necesito tratar con él una cosa de la boda.

Olga, por la línea interna, se comunicó con su jefe y este le indicó que hiciera pasar a su hija.

—¡Anda, pasa! Y baja ese ritmo que llevas o no llegarás a la boda.

—Es que entre los preparativos de la boda y las Navidades que pillan en medio, y que muchos de los sitios en esa época ya no atienden ciertos pedidos, tengo que aprovechar cada día libre o no sé si me dará tiempo.

—Jajajaja, claro que te da tiempo, ya lo tienes todo bastante ultimado y todavía te quedan cinco meses. No te estreses o te vas a quedar en los huesos.

Maya dio unos golpecitos en la puerta y asomó la cabeza. Su padre sentado en su mesa tenía un aspecto imponente hasta que dedicó una gran sonrisa a su hija, al tiempo que su socio, se levantaba a saludar.

—¿Qué le pasa hoy a la loca de mi hija para que se digne a visitarme?
—preguntó en tono de burla.

Antes de contestar, se dirigió a Alex, que como siempre que se dirigía a ella parecía que le habían metido un palo por el culo y este le extendió la mano, ella la apartó, se junto a él, se puso de puntillas, porque a pesar de sus elevados tacones él seguía siendo más alto y le plantó dos besos.

—Yo creo que después del tiempo que nos conocemos, ya es hora, de que pierdas esa fachada rígida conmigo —le guiñó el ojo y le sonrió, cosa que pareció ponerlo más serio todavía.

—Maya...— dijo su padre en tono reprobatorio—. No tienes arreglo, tienes que poner un filtro entre tu cabeza y esa lengua tuya que siempre sueltas muy ligera.

Aunque parecía regañarla, a ella no le afectó en absoluto, sabía que a su padre, unas de las cosas que más admiraba de ella era su sinceridad y espontaneidad, aunque en alguna que otra ocasión hubiera metido la pata y le

hubiera causado algún que otro problema.

—Perdona Alex, no he querido ofenderte. Solo, es que me parece extraño, que alguien a quien conozco hace ya tiempo, y es solo un poco mayor que yo, me trate de esa forma —volvió a sonreírle.

Él le mostró una sonrisa que hizo se le formará un hoyuelo en la comisura izquierda y fue entonces cuando ella pudo apreciar, lo guapo que era. Nunca se había fijado en él con detenimiento. Había oído a las chicas que trabajaban por allí como suspiraban por sus huesos, alababan su físico, su cuerpo y su carácter abierto y extrovertido, pero como ella siempre había encontrado a un Alex engominado, serio y distante, nunca entendió a lo que se referían, hasta ver esa sonrisa de medio lado que le transformaban incluso los ojos que ahora se mostraban como con cierta picardía. Cuando se dio cuenta, se había quedado más abstraída de lo correctamente educado observándolo e intentó reaccionar.

—No te preocupes Maya, no me has ofendido, llevas razón, simplemente siempre te he visto como la hija de mi socio y te he tratado como creía que era lo correcto —dejó caer sin apartar esa mirada que ella acababa de descubrir en él, con su voz ronca y arrastrando un poco sus palabras.

No sabía, pero el vello de su cuerpo se erizó al oír su voz, como si le acariciara, como si antes no la hubiera escuchado nunca. No le sentó nada bien, incluso le molestó, el comentario. Nunca se había fijado en ella de otra forma. Era incluso lo normal, ella tampoco se había fijado nunca en él en otro contexto, era absurdo que le sentará mal, pero su amor propio, se vio un poco afectado.

—Bueno..., ya está bien de tanta charla —se puso serio su padre al notar algo extraño en el ambiente y quiso cambiar de tercio—. ¿Me vas a decir qué es eso tan importante que hay que tratar para que vengas en horas de trabajo? — intentó parecer molesto, aunque le encantaba cuando alguna de sus hijas aparecía por su oficina para sacarlo de la tediosa rutina.

—Es sobre la boda, tengo que comentarte que...

—Perdonar —interrumpió Alex —, será mejor que vuelva luego, así os dejo para que podáis hablar con tranquilidad. Avísame cuando estés libre. Hasta otro día Maya —dijo ya de espalda saliendo del despacho.

—¡Dioooooosss! que soso que es —casi no esperó a que se cerrara la puerta.

—Pues..., el resto de las mujeres no opinan lo mismo.

—Lo sé, y la verdad, es que no lo entiendo —ya empezaba a divagar de nuevo.

—Céntrate Maya, ¿qué ocurre? —su tono parecía cansado, la dichosa boda no solo estaba poniendo a su hija cardiaca, también al resto de la familia y no entendía por qué tanto jaleo.

Se tiraron discutiendo sobre el tema de los invitados casi una hora, su padre estaba dispuesto a invitar a muchísima gente y ella, más bien, su prometido, prefería una boda algo más íntima, en la que por lo menos, conocieran de vista a los asistentes, pero como el que se había empeñado en pagar era él, tenían que convencerlo para que redujera la lista, como mínimo, en una cuarta parte.

Después de ese tiempo, salió del despacho sin conseguir nada. Estaba entre la espada y la pared, entendía la postura de su padre y no quería desilusionarlo, pero también entendía la de Manuel, su prometido, que quería que esa boda fuera un día especial para ellos, no un acto social.

—Me voy, es imposible hacer entrar a este hombre en razón, es más cabezota todavía que yo —comentó al tiempo que pasaba por la mesa de Olga y se acercaba a darle dos besos de despedida—. No sé como lo has aguantado tanto tiempo. ¡Uffff!

Olga no pudo evitar soltar una carcajada, ni siquiera le había dado

margen para soltar una palabra antes de salir de la misma forma que había entrado.

—Subo a tomar un café. Avisa a Alex que lo veo en la cafetería. Me desquicia, como puede ser tan cabezota y no entender que yo por mi puesto, tengo unos compromisos. ¡Uffff!

Olga lo miraba intentando contener la risa. Esos dos se parecían demasiado.



Alex cuando la vio aparecer por la puerta notó como todos sus sentidos se activaban. Por mucho que lo evitaba, Maya conseguía despertar en él, en su interior, algo que ninguna mujer había logrado antes, pero estaba prometida y enamorada, y ante eso no solo él no podía hacer nada, sino que tampoco quería. Habían reglas que nunca traspasaría.

Intentaba no coincidir con ella más que en los eventos y circunstancias inevitables para así guardar las distancias, pero cada vez, sería por culpa de su próxima boda, parecía más difícil.

En más de una ocasión había tenido que volver a su despacho cuando se dirigía a ver a su socio, la había visto pasar y no quería compartir espacio con ella, pero se estaba volviendo una misión imposible.

Menos mal, que por lo menos, ella parecía no haberse dado cuenta en ningún momento de su presencia y, aunque a su ego no le hacía mucho bien, era mejor así.

Pero, esta vez, había pasado algo diferente, en un instante de la conversación, le había dado la impresión, de que ella lo había mirado de forma distinta, algo que le había gustado, no era lo más conveniente, pero..., era humano.

Recibió la llamada de Olga informándole de que Luis había subido a la cafetería a tomar algo y seguir hablando, dejó sus pensamientos hacia Maya; tomó de nuevo los papeles de lo que estaban tratando antes de aparecer ella, se dirigió a su encuentro.

Cuando entró, estaba sentado, removiendo sin piedad y sin descanso su café. Fue hasta la barra, se pidió él otro y se dirigió hacia la mesa.

—Da la impresión que tú anterior reunión no ha ido muy bien.

—Es imposible, cuando se empeña en algo no hay forma de hacerla entrar en razón.

—Jajajaja, tampoco tiene que ser fácil para ella. Dicen que es muy complicado preparar una boda.

—Yaaaa, pero... —se quedó un rato pensativo. Parecía bastante preocupado y serio.

—Parece que a ti te pasa algo más, no creo que esa cara sea por el menú, las flores o los invitados.

—Tú sabes, que después de estos años juntos, aunque no comenzamos con muy buen pie, te considero un amigo y un hombre de fiar —hizo una pausa como pensando de qué forma seguir.

—No sé por dónde vas, me estás preocupando, pero por supuesto, puedes confiar en mí.

—Lo sé, por eso te pido, que lo que te voy a contar, no salga nunca de aquí, perdería a mi hija, y eso no lo podría soportar. Todas las pegas e inconvenientes que estoy poniendo con la boda son para intentar, de alguna forma, que explote. No creo que vayan a ser felices —soltó de sopetón casi de carrerilla.

—No te entiendo. Siempre has comentado que son tal para cual, que

se adoran, que no pueden vivir el uno sin el otro, que él es el chico perfecto, que lo quieres como a un hijo, que sois amigos las familias..., y ¿ahora sales con esas?.

—Ese es el problema. Igual que es como un hijo para mí, yo creo que es más como un hermano, o si no tanto, como su mejor amigo para ella, e igual le pasa a él, no creo que ellos se hayan dado cuenta todavía. Yo me percaté hace poco. Falta esa chispa, esa emoción, falta algo. Se compenetran a la perfección, se quieren con locura, pero no, no creo que tengan esa magia que les hará durar para siempre. Si se casan y no funcionan, les destrozará. Están juntos por inercia, es donde están seguros y cómodos, pero no es real, por lo menos no para un matrimonio real.

Alex no daba crédito a lo que estaba oyendo, a veces, cuando había coincidido con ellos, a él le había dado esa impresión. Se notaba que se querían, sabían en todo momento lo que el otro pensaba, se reían de lo mismo, todo era perfecto y no cuadraba a la vez, pero siempre pensó que era culpa suya, que buscaba cualquier excusa para encontrar una fisura, para albergar esperanzas y desechaba esos pensamientos.

—¿Por qué no hablas con ella? Yo creo que sería mejor que hacerle la vida imposible.

—No creo que lo entendiera, ni él tampoco. Un día, no hace mucho estuve tentado, estábamos comiendo los tres, pero solo hice alusión a las dudas que surgen a algunas parejas antes de la boda y saltaron los dos, no podían creerse que ni me lo cuestionara de ellos, por lo que decidí callar y buscar otros métodos.

—Tus métodos pasan por hacerles que los preparativos de la boda sean un infierno. Eso es enrevesado —se rio.

—No se me ocurre otra cosa, quizás, solo así, exploten y se den cuenta.

—Lo dudo, no lo creo, por lo menos, si tu hija se parece a ti, y por lo

que siempre dices así es.

—Pues, es una pena.

—Quizás tengan que pasar por ahí, y si no funciona, pues ya se verá. Aunque al primero que me pese esta boda sea a mí —sin darse cuenta puso sus pensamientos en su boca.

—Creo, que el que ahora no entiendo soy yo —le miró con los ojos un poco entornados.

—Nada, que en ocasiones, nadie nos puede evitar las caídas, y no siempre nos destruyen —explicó intentando escabullirse.

—Perdona, tengo algunos años más que tú. No me tomes por tonto, que esa parte la he entendido a la perfección, me falta comprender la parte en la que te afecta a ti la boda de ellos.

—Ha sido simplemente una forma de hablar, no busques más allá de lo que hay.

—Ya. Si tú lo dices... —calló, no continuó con el tema, pero ahora entendía su comportamiento tan serio y distante con ella, igual que había percibido ciertas chispas entre su hija y él en el despacho. Lo dejaría pasar, pero a lo mejor, ahí estaba su oportunidad para abrirle los ojos a Maya.

CAPÍTULO 2

Manuel se encontraba de viaje de negocios en ese momento, y aunque lo echaba de menos, tenía que reconocer que con el trabajo, los líos de la boda y el cabezota de su padre que no daba su brazo a torcer, no se paraba a pensar ni un segundo en todo el día, solo, cuando llegaba la noche sentía el vacío de la presencia de su prometido.

Para compensarlo, se llamaban antes de acostarse y se tiraban horas hablando por teléfono, contándose todo lo que les había sucedido en las horas que habían estado separados, pero no era lo mismo que compartir la cena charlando y tirarse en el sofá antes de meterse en la cama, aunque en ocasiones allí mismo, por el agotamiento, se quedaran dormidos.

En otros viajes, cuando la distancia había sido más corta, Maya cogía un vuelo y le daba la sorpresa de pasar el fin de semana con él, pero en este caso, estaba a demasiadas horas de camino y no valía la pena.

Estaban ya a jueves, y no quería ni pensar los días en los que no trabajara como lo iba a añorar. Esos distanciamientos eran muy esporádicos, dos o tres veces a lo sumo al año, pero esta vez, no se verían en tres semanas. Llegaría justo un mes antes de Navidad.

Pensando en eso recibió su llamada y no pudo evitar una sonrisa. Al tiempo que descolgaba corría en dirección a la cama, se pondría cómoda y así, cuando acabarán directamente se dormiría. Como si él estuviera a su lado.

Y de esa forma fue, después de casi dos horas de charla se durmió, algo más optimista y animada. Ese era el efecto que siempre causaba en ella, era su bálsamo, su tabla de apoyo, desde pequeña lo había sido.

Estando en el trabajo, recibió la llamada de su padre, quería hablar con ella y quedaron en su oficina para desde allí irse a comer ya que no trabajaba

los viernes por la tarde.

—¿Otra vez por aquí? te voy a ver más este año que nunca, me va a dar pena cuando te cases y no aparezcas de nuevo.

—No seas mala Olga, que siempre vengo a visitaros.

—Ya, pero no con tanta asiduidad. ¿Problemas con el gran jefe?

—No exactamente, algún que otro desacuerdo.

—Ten paciencia cariño con él, eres la última hija que se le casa y todo esto le queda grande. Desde que falta tu madre él intenta hacer de madre y padre y no siempre es fácil.

—Lo sé, y sé que se esfuerza por nosotras, intenta estar siempre ahí, pero también sé que los jaleos de la boda le deben causar nostalgia, supongo que la hecha mucho de menos, como todos, porque siendo joven como aún es, no ha vuelto a rehacer su vida.

Olga se removió un poco en la silla y siguió con su trabajo, cuando se abrió la puerta y salió Luis. Al ver a Maya mostró una gran sonrisa, esa que nunca podía evitar aunque en ocasiones, le sacara de sus casillas.

—Pasa, quiero hablar contigo antes de irnos para tener la comida en paz.

Se sentaron los dos y ella esperó a que su padre comenzara.

—He estado pensando, entiendo la postura vuestra de una boda íntima, pero también tenéis que entender que, debido a mis compromisos, hay gente a la que estoy obligado a invitar —Maya fue a hablar y Luis levantó la mano indicándole que le dejara acabar—. Pero, es cierto que es vuestra boda, y no quiero ponerlos las cosas difíciles, por lo que he pensado en una opción factible para todos. Vuestro día, será íntimo, con los invitados que vosotros consideréis, con la familia, pero como lo celebráis en sábado, y hasta el lunes

no salís de viaje, creo, que la solución es el domingo hacer una comida con todos los invitados, como una segunda boda, para que nadie se ofenda.

—Jajajaja, pero eso va a ser un dineral, aparte de más líos, tarjetas distintas, celebraciones distintas, ropa, flores,..., va a ser como hacer dos bodas, con lo que eso conlleva.

—Sí, pero piensa que solo necesitas un traje de novia, porque el domingo no hará falta y por el dinero no te preocupes, eso ya te dije que es cosa mía.

—Creo que es una locura, pero así todo, se lo consultaré esta noche a Manuel quiero saber su opinión.

—Por supuesto, eso sin dudarlo. Por cierto, ¿Cómo le va?

Cuando le iba a contestar sonó la línea interior, y tuvo que coger el teléfono.

—Sí, dile que espere que enseguida salgo —miró a su hija como con pesar—. Perdóname, se me había olvidado que había quedado a comer con Alex, ahora no le puedo decir que no, ha vuelto expresamente, para nuestra cita. ¿Te importa que nos acompañe?

—No te preocupes, nosotros podemos quedar otro día a comer, ve con él y la semana que viene nos vemos.

—Es absurdo, a él seguro que no le importa, y total tú también tienes que comer ¿no?

—De acuerdo, pero no estoy tan segura de que no le importe. Entre tú y yo —dijo casi susurrando— creo que le caigo mal.

—Jajajaja, eres única, si no os conocéis casi, ¿cómo le vas a caer mal? Anda vamos a comer, no lo hagamos esperar y al final le demos razones para que así sea.

Al salir estaban Olga y Alex riéndose sin parar como si alguno hubiera gastado una broma.

Maya se quedó unos segundos observándolos, hasta que advirtieron su presencia.

A Olga la veía como siempre, una mujer dulce, amable, sonriente y con muchísima clase que debía tener unos diez años menos que su padre, y que igual que él irradiaba vitalidad, pero Alex lo notaba distinto. Al reírse suavizaba su expresión y, aunque se veía igual de varonil, también tenía un toque de dulzura. Estaba relajado y cómodo, a pesar de estar con una persona que trabajaba para ellos. En eso se parecía a su padre, nunca había menospreciado a los que estaban a su cargo. Sintió una punzada absurda de celos, no porque estuviera tonteando con Olga, que no era el caso, sino por como la trataba, con ella, nunca se le había visto tan a gusto.

—“*Eso me confirma mis sospechas de que no le caigo bien*”, pensó algo alicaída

—Vamos "*Don Juan*", que tenemos reservada mesa. Se me olvidaba, mi hija nos acompaña.

Alex de repente se puso serio y enarcó una ceja mirando a Luis a modo de no entender que tramaba. Algo que malinterpretó Maya, pensaba que le había sentado mal que ella fuera.

—No me mires así, se me había olvidado que había quedado con los dos, y como no era una comida de trabajo, ya que solo hay que ver tú atuendo,—señaló la ropa informal que llevaba Alex —, he pensado que no os importaría.

—No te preocupes papá, nosotros podemos quedar otro día —no pudo evitar que su tono sonara dolido por el gesto de Alex.

—Por mí no hay ningún problema, me encantará que vengas con

nosotros, simplemente me ha extrañado que no me dijera nada —intentó corregir. No quería que pensara que tenía algo en contra suya.

—Pues, entonces vamos, que al final llegamos tarde.

La comida en un principio fue un poco tensa. Se concentraron todos en mirar la carta para ver que pedían.

—¿Habéis decidido ya? Veo que al final nos da la hora de la cena y aún seguimos leyendo la carta.

—No tengo mucha hambre, serán los nervios, últimamente, no como mucho.

—Yo tampoco tengo demasiada.

—Bueno, entonces pido yo varios entrantes, una ensalada y picoteamos un poco de todo.

Una vez trajeron los platos y Luis empezó a contar batallitas de los primeros días de Alex en las oficinas, como se las había hecho pasar para que abandonara la empresa, siguió con algunas de las travesuras de Maya, que al ser tan inquieta siempre acababa envuelta en algún altercado, todo el malestar que había entre ellos al principio, se transformó en risas y en un ambiente distendido.

Habían llegado ya al café, se estaba acabando la reunión y Maya sintió cierta pena, estaba tan bien, que no quería que terminara, no le apetecía volver a encerrarse sola en su casa. Las horas se le habían pasado volando, no se había acordado ni de su boda, ni de la ausencia de Manuel, solo había disfrutado de una comida con buena compañía.

Comenzaron a levantarse para marcharse y en un arrebato de los suyos, de esos que no controlaba su lengua, sin pensar en las consecuencias, les propuso seguir con la sobremesa.

—¿Qué os parece si vamos a algún sitio a tomarnos una copa? Da pena que se acabe ya la charla tan entretenida.

—No tengo muchas ganas de meterme ahora en una cafetería, aunque he de reconocer que yo también estoy a gusto y tampoco me apetece que nos despedamos ya —comentó Luis.

—Podemos hacer una cosa, si queréis veniros a mi casa y allí no la tomamos. Además está cerquita.

—Creo que será mejor que yo me vaya y os deje a vosotros —Alex no sabía muy bien que excusa poner, pero le daba la sensación que no era muy buena idea.

—No digas tonterías, se trata de seguir juntos un rato más. ¿No te irás ahora a echar para atrás?

—¡Papáaaa! No seas pesado. Quizás tenga planes, y lo que menos le apetezca sea quedarse con su compañero de trabajo y la hija de este —reprendió Maya a su padre.—No te preocupes —dijo ahora mirando a Alex —, no tienes ningún compromiso, solamente había sido una idea.

La resistencia de Alex estaba tocando fondo, por un lado quería huir lo más lejos de ella, su cabeza así se lo aconsejaba, pero su cuerpo parecía querer lo contrario.

—No tengo planes, pensé que quizás os apeteciera hablar vosotros.

—¿Ves? Sabía que era por no molestar. —miró primero a su hija y luego se dirigió a su compañero—. Si lo que no quiero es que me dejes solo con ella, me da pánico volver al mismo tema que últimamente parece que ocupa todo.

Ante la cara de su hija, los dos hombres soltaron una carcajada.

— Os la estáis jugando, igual la que al final no os invita soy yo —

aparentó estar enfadada— aunque para ser sincera, yo también estoy hasta la moña del mismo tema —ahora la que se carcajeó fue ella—. Mi próxima boda me la organizarán —dijo contundente.

—¿Próxima....? ¿He oído bien?

—Jajajaja, es broma papi, ¿cómo voy a pensar ya, antes de casarme con uno, en otra boda? —sin querer miró a Alex.

—Pues..., por tu bien, espero que estés segura cuando des el paso, porque yo, por este suplicio, no sé si podría volver a pasar.

Fueron paseando hasta su casa, ella en medio de los dos, cogida del brazo de su padre. La charla siguió durante el corto trayecto.

Maya abrió la puerta de su casa, e inmediatamente después les hizo un gesto para invitarlos a pasar. Sintió una sensación extraña cuando Alex, que iba detrás de su padre, entró, como si estuviera haciendo algo malo, como si no fuera correcto que otro entrara en la casa que ella compartía con Manuel, pero enseguida barrió la idea de su mente por ilógica.

Su padre fue directo al salón y allí se sentó.

—Pasa y siéntate, ponte cómodo, que él ya se ha puesto, sin preguntar ni si quiera si necesito ayuda —dijo en tono sarcástico a la vez que se reía y le hacía una mueca—. ¿Qué queréis tomar?

—Yo ya estoy mayor, que te ayude él que es joven. A mí ponedme un whisky.

—Pero..., ¡qué morro tienes! ¡Él es el invitado!

Alex sentía que estaba pisando aguas movedizas, tenía que huir pronto o al final se colaría hasta el fondo. Desde que se la presentaron, hubo algo que le atraía hacia ella, por mucho que intentara ir en otra dirección, pero, cuanto más tiempo estaban juntos, más le gustaba, y eso era peligroso, estaba

jugando con fuego, pero no sabía o no quería apagarlo. Con ella cerca se sentía más vivo.

—No te preocupes, yo te ayudo.

—Si realmente no es necesario, pero, es que cuando hace eso, me saca de mis casillas.

—Prefiero ayudarte, si no, va a decir que soy un vago incapaz ni de poner una copa —le guiñó el ojo y le sonrió.

Maya se estremeció y, sin darse cuenta, le devolvió la sonrisa como una boba mientras se quedaba mirándolo sin darse cuenta, pensando en cómo no se había fijado antes en él, no solo estaba buenísimo, sino que también era simpático y agradable; vale que estuviera prometida, pero no estaba ciega. Decidió cambiar el ritmo de sus elucubraciones, ya que conociéndose, era capaz de no filtrar y soltar una lindeza de las suyas, que luego la avergonzarían.

—¿Qué te apetece tomar a ti?

“Esa boca que parece que me está provocando” pensó, y enseguida se reprendió por sus pensamientos e intentó calmarse.

—Un Whisky también estaría bien.

—Pues marchando.

Sacó los vasos, le indicó a él que sacara los cubitos y, una vez preparadas las bebidas, salieron de nuevo.

—Reconoced, que para preparar esto, no hacía falta yo.

Después de algunas pullas más entre el padre y la hija, de algunas historias que Luis contó, para que indirectamente se fueran conociendo; los dos más jóvenes, se sirvieron otra copa, a la que ya su padre no se apuntó.

Cuando vio que ya la tenían servida y así no tenía Alex escapatoria, decidió que era el momento de hacer su retirada.

—Bueno..., yo ya me voy, he quedado para cenar, y me gustaría descansar un poco antes de cambiarme.

—¿Ahora? Si acabamos de ponernos la copa.

—¿Y? ¿Es qué para que vosotros bebáis tengo que estar yo presente?

—Eres imposible, papá. Parece que empiezas a chochar, y no eres tan mayor.

—Entonces..., yo también me voy.

—No tienes por qué. Que yo me vaya no quiere decir que vosotros no sigáis disfrutando. No tenéis planes ninguno, pero yo sí.

—Por mí no te vayas, la verdad es que no tengo ningún plan, excepto que tú quieras irte.

—Está bien me tomo la copa y ya me voy.

Se despidieron de Luis. Maya lo acompañó hasta la puerta. Le dio dos besos y le dijo bajito.

—Papá, me estás preocupando, creo que la boda te está afectando todavía más a ti que a mí.

—No hija, solo quiero que seas feliz, y últimamente te veo demasiado estresada, y para un momento que estás más relajada, quiero que lo disfrutes.

—Te quiero, cuídate— le volvió a dar un beso.

Cuando entró al salón vio al Alex antiguo, el de antes de ese día.

Estaba tenso y serio, y eso en parte le entristeció. Pensó que con ella seguía siendo el mismo de siempre.

—Te veo incomodo, si no te apetece...,de verdad..., por mí no te quedas, no le pienso decir a mi padre que saliste corriendo nada más irse él, pero..., para que estés así... —dijo señalándole—, prefiero que te largues. Ya estás otra vez como si te hubieran metido un palo por el culo, y que quieres que te diga, estás bueno, mucho, y eres, o mejor dicho eras agradable, pero no estoy tan necesitada como para obligar a nadie a que se quede a hacerme compañía— escupió casi sin respirar, amontonando las palabras, diciendo cosas en ocasiones mezcladas y sin sentido—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Lo he dicho en alto? ¿Todo? ¿Verdad?

—Jajajaja ¡Siii!, todo absolutamente todo, hasta lo del palo en el culo. Jajajaja.

—Lo siento, de verdad que lo siento. No quería decir eso.

—Si querías, sé sincera.

—Nooooo, decirlo no. Solo quería pensarlo. Es por culpa de ese filtro que según mi padre me falta. No te enfades, por favor. Y para ya de reírte y cachondearte de mí, que ya tengo yo bastante.

—Jajajaja...No estoy enfadado, pero no puedo parar, eres tremenda. Jajajaja... Palo por el culo..., salir corriendo... Jajajaja... Por lo menos estoy muy bueno y era agradable.

Maya no sabía dónde meterse, ni cómo hacerlo callar. Se estaba aprovechando de su vergüenza. Sin pensárselo dos veces, cogió el cojín y comenzó a pegarle con él sin piedad, hasta que Alex consiguió zafarse del ataque e inmovilizarla, quedando su cuerpo sobre el de ella en el sofá, con sus bocas a escasos centímetros.

Los dos se quedaron serios de golpe, mirándose a los ojos, con una mirada hambrienta. Estuvo tentado a atrapar esos labios y romper la barrera

que los separaba. Pero vio en su mirada a parte de deseo, miedo y no le gustó lo que había estado a punto de hacer, por mucho que ciertas partes de su cuerpo, ya habían reaccionando al contacto, tenía que parar. Se separó de un bote y se levantó.

—Creo que será mejor que te vayas, estoy prometida —dijo con un tono de dolor, dirigiéndose a la puerta para despedirlo.

—Sí me voy, pero no te martirices, no ha pasado nada.

—Ni nunca pasará.

Cerró la puerta y corrió al dormitorio, se tiró en la cama, y al notar el olor de Manuel lloró durante horas desconsolada, hasta que oyó su teléfono sonar. No lo podía coger, estaba segura que era él y, aunque ciertamente no había pasado nada, había estado a punto, aunque lo peor es que en su fuero interno lo había deseado con todas las células de su cuerpo.

CAPÍTULO 3

Silenció el móvil. Ese pitido que en otras ocasiones le provocaba una alegría inmensa, en este momento le estaba revolviendo el alcohol que había ingerido haciendo un cóctel explosivo que le provocaba náuseas.

Cuando consiguió que su estómago se asentará, y no amenazara con expulsar por su boca lo hasta ese momento tragado, solo entonces, puso los pies en el suelo y se dirigió a darse una ducha relajante.

Había estado tentada, le había apetecido besarlo, por unos instantes hasta le dolió que él se frenará. ¿Dónde tenía la cabeza? Estaba prometida y tenía claro que quería a Manuel con todas su alma, entonces...., ¿por qué había sentido con un simple tonto y un mínimo roce de Alex, algo que nunca había sentido hasta ese momento? Esas chispas incendiarias que recorrieron su piel y le habían erizado el vello de todo el cuerpo, eso, era lo típico que pasaba en los libros románticos, esos que a ella le gustaba leer, pero que sabía que no eran reales, porque ella nunca lo había experimentado, a pesar de estar enamorada. Porque... ¿lo estaba? Si, seguro que si, y mucho. Además, se compenetraban a la perfección y se gustaban a pesar de conocerse desde tantos años y saber perfectamente los defectos del otro.

No se relajó demasiado. Para ella, hasta en circunstancias normales le era difícil, pero ahora con los nervios de todo lo que se le aproximaba y el añadido de las dudas que le habían surgido, era imposible.

“Mañana será otro día. Estoy acusando los nervios de los preparativos y la distancia que nos separa a Manuel y a mí, en el instante que él esté de vuelta todos mis miedos se esfumaran. Nunca he dudado de nuestra relación, no voy a hacerlo ahora” parecía que se recitaba un mantra para auto convencerse y relajarse, y estaba dando resultado, porque se quedo al fin dormida.

Se levantó tarde y en lo primero que pensó fue en Manuel. No había

tenido fuerzas para llamarlo la noche anterior, pero ahora que estaba de mejor humor intentaría hablar con él.

Al cogerlo, vio que tenía dos llamadas tuyas y un mensaje.

<<Te quiero. Espero que si no has cogido el teléfono sea porque estás de juerga pasándotelo genial. Llámame. Te echo mucho de menos, no veo el momento de volver a tu lado. Un beso, elige tú el sitio>>.

—No tiene arreglo, es genial. ¿Cómo pude siquiera dudar? —se decía mientras lo llamaba.

Después de varios tonos oyó la voz de Manuel.

—Hola cariño, creía que te habías olvidado de mí.

—Jajajaja, no te vas a librar tan fácilmente de tú prometida.

—¿Qué tal la noche?

—Durmiendo.

—¡Pero qué sosa! Yo creía que te habías ido de marcha con las locas de tus amigas o tus hermanas.

—Pues te has equivocado al completo, eso va a ser hoy. Ayer, comí con mi padre y su socio y después de dos copas me dio el bajón y la depre, me acosté y me quede dormida —no podía contarle porque fue su agobio, pero tampoco quería engañarlo—. Por cierto, te tengo que contar la locura que se le ha ocurrido a mi padre, para que nuestra boda sea íntima...

Durante casi dos horas estuvo tumbada en el sofá, contándole sobre su día a día, sus preparativos, su padre, y él sobre su trabajo, la evolución, la gente que había conocido; pero ella, en ningún momento saco a colación el nombre de Alex, era absurdo hacerle daño, con algo que no había sucedido, ni sucedería.

Esa noche, como le había dicho a Manuel, iba a salir con sus amigas, por lo que como llegaría tarde a casa, ya hablarían el domingo.

Para cenar, había quedado con Mamen, la única amiga todavía soltera y sin niños, las otras dos, ya tenían sendos renacuajos, por lo que se apuntaban más tarde, a las copas.

Entró en el restaurante que solían ir. Era pequeño y muy acogedor, allí ya eran conocidas, ya que por lo menos una vez al mes se juntaban. Su amiga, tenía novio, pero aún no habían dado el paso de irse a vivir juntos.

Después de un rato de ponerse al día las dos, y ya casi llegando a los postres, Maya pensó que quizás le ayudaría contarle a alguien lo que le había pasado con Alex, y de todas las amigas, ella era en la que más confiaba. Sabía, que no la juzgaría y le daría su visión sincera, sin tapujos.

—Te voy a contar una cosa que me preocupa, o no me preocupa, pero que no entiendo, y seguro que tú, qué estás más corrida que yo, podrás explicarme.

—¡Vaya! Gracias por lo de corrida.

—Jajajaja, no te hagas la ofendida que no te pega, que te pasas la vida restregándome por las narices la poca experiencia que tengo.

—Ósea, que va de hombres. Y yo que creía que tú ya estabas pillada.

—Y lo estoy, y mucho, recuerda, por si se te ha olvidado, que estoy muy enamorada, y prometida.

—Como para olvidarlo, si parece que no sabes hablar de otra cosa.

—Deja de ser borde o no te lo cuento —se mostró enfadada, aunque sabía que solo lo hacía para chincharla.

—Está bien, desembucha chica enamorada y prometida. ¿No habrás

hecho alguna locura?

—¡No, joder! Déjame hablar.

Maya le contó lo sucedido la tarde anterior sin indagar en la reacción de su cuerpo ante el de Alex. Mamen la escuchaba sin intervenir, hasta que está acabo el relato.

—Di algo, soy horrible, ¿verdad?

—Jajajaja, lo horrible, es que le des tanta importancia, porque lo que es hacer, no has hecho nada. ¡Dios! Te creía menos mojigata, si al final, sí que va a ser un problema tu falta de experiencia. ¡Por favor! ahora no me vayas a decir que nunca se la has chupado a Manuel, no podría soportarlo — se carcajeó.

—Eres idiota y muy vulgar, ¿sabías? Te estoy hablando en serio, y tú te cachondeas.

—Vamos a ver —le habló como si se dirigiera a una niña pequeña—, si cada pensamiento guarro que he tenido con algún buenorro contabilizase como infidelidad, mi novio no pasaría ni por el Arco del Triunfo. Otra cosa muy distinta, es si realmente tú dudaste porque sentiste algo más allá por Alex de lo que me has contado —y la miró de forma inquisitiva esperando su respuesta.

—Bueno, sentí algo que nunca he sentido y por lo que me siento culpable.

—¡Ese es el problema! ¡Ahí quería yo llegar! —le interrumpió alzando algo más de la cuenta la voz y recibiendo una mirada de reproche de Maya.

—Baja la voz o zanjamos aquí el tema. Sentí algo diferente, no solo fue lo que mi cuerpo se calentó por la anticipación de lo que podía pasar, que fue demasiado con muy poco, sino también, como hasta la última célula de

mi ser se estremeció, vibró y lo deseó. Yo supongo, que era por sentirme en brazos de alguien, que aparte de estar muy bien, me devoraba con su mirada, y yo, fuera de con Manuel, no he estado en esa situación. Quizás era lo novedoso del hecho nada más.

—Pues..., si tú crees que es eso, ya te has contestado tú sola a la pregunta, pero, como veo que quieres mi opinión, es que algo falla. Tú subconsciente, parece que se está revelando.

—Así no estás siendo de mucha ayuda. Necesito una respuesta —casi imploró.

—Quieres que te contesté lo que quieres oír o lo que pienso.

—Por supuesto lo que piensas.

—Pienso que por mucho que quieras a Manuel y lo bien que os lleváis, no os veo, ni nunca os he visto como pareja —Maya abrió los ojos como platos.

—Nunca me has comentado nada de eso —le acusó.

—¿Para qué? Primero pensaba que te darías cuenta, luego, con el paso de los años, y tu compromiso, deduje que podía estar equivocada. Pero, siento decirte, que con lo que me has contado me has confirmado mis sospechas.

—Pero..., eso es imposible, nos queremos, nos compenetramos, disfrutamos juntos,... No puede ser, debes estar en un error.

—Vale, como tú quieras, pero...¿cuándo has sentido chispas, maripositas o la magia en vuestra relación?

—Eso es absurdo, es de peli o libro, además como nos conocemos desde que llevamos pañales, el camino es distinto.

—No, si existe el amor de verdad eso siempre estará ahí, a pesar del tiempo, y los de tú alrededor lo perciben, y yo nunca lo he notado. También es un problema, que siempre hayáis estado juntos. Lo vuestro surgió como un paso más allá a vuestra amistad y amor, pero no fue en ningún momento debido a esa chispa, a esa magia. Nunca la hubo, fue un simple trámite. Creéis que os queréis, y es así, pero no de la forma correcta, y me alegro que te des cuenta antes de dar un paso del que luego te arrepientas. Tú, estas aún a tiempo, te lo digo por experiencia.

—¿Por experiencia? ¿Qué experiencia?

—Es una historia muy larga, pero resumiendo, porque el tema de hoy eres tú, no yo, yo sentí eso una vez, pero lo deje escapar por cobarde.

—¿Cuándo ha pasado eso que yo no me he enterado?, y... ¿con quién?

—Fue durante los dos años que estuvisteis fuera estudiando y él quien, ahora ya no importa. Solo te digo que nunca he vuelto a sentir lo mismo, y sé que nunca lo sentiré con nadie más.

—Pero..., entonces, ¿por qué no volvéis a estar juntos?

—Te hago un resumen, y así ya se acaba el tema sobre mí. Yo, al igual que él, sentimos esa magia, esas chispas, pero él estaba prometido, como tú lo estás ahora, y al igual que tú, quería a su novia, pero, así con todo, me propuso acabar con ella por mí, fue entonces cuando me entró el pánico. Nunca he sido el tipo de mujer que destroza una pareja, y además por aquél entonces era muy joven, me entraron las dudas. Si me equivocaba iba a hacer mucho daño, por lo que opte, por lo que creí más correcto. Le dije que no lo quería, que había sido un calentón. En definitiva, que siguiera con su vida.

—Pero..., le había sido infiel a su prometida.

—Lo último que sé, es que se lo contó, ella le perdonó pensando que había sido producto de las dudas del antes de la boda y se casaron. Y yo nunca me lo perdonaré, ahora con los años me he dado cuenta que nunca

encontrare alguien que me haga vibrar como él y creo, si no me equivoco, que él tampoco será feliz en su matrimonio, pero tengo que conformarme, fue mi decisión, pero tú todavía estás a tiempo. Tienes que estar segura de si esa boda es lo que quieres. No la postura más lógica y correcta. Y cuando tengas eso claro, si Alex es la parte mágica que te falta no lo dudes.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? Somos amigas y para eso estamos. Tuviste que pasarlo fatal.

—Estaba todo hecho. Cuando tú volvías por vacaciones, no iba a ir a llorarte y cuando regresaste ya lo había comenzado a superar. Bueno..., ahora ya, se acabaron los hombres, nos vamos a ir con el resto a pasarlo bien. No lo merecemos —dijo al tiempo que se levantaba con una gran sonrisa y la cogía por el brazo para salir del restaurante.

Efectivamente, la noche del sábado fue genial, como siempre que se juntaban las amigas. Tenían prohibido hablar de hombres, bodas, pañales, guarderías y trabajo, solo estaban ellas para reírse, bailar y tomar alguna copa de más, de la que seguro, al día siguiente, se arrepentiría.

CAPÍTULO 4

Un insistente zumbido comenzó a sonar, no sabía si dentro de su cabeza o era del exterior. Se la cubrió con el cojín y pareció que el sonido se amortiguaba, pero cuando se lo retiró para tomar aire volvió de nuevo. Ya totalmente despierta y con el martilleo de sus pulsaciones en las sienes se decidió a levantarse dispuesta a averiguar de dónde venía ese ruido infernal. Por fin lo encontró. Era su móvil, que estaba tirado en el suelo junto con su ropa de cualquier forma. Le llamaba su padre.

—¡Mierda! ¿Qué hora es?

Miró el reloj de la cocina y le entró el pánico. No se había acordado de poner el despertador. Su padre, el día anterior, justo cuando salía para la cena, le había llamado. Quería que fuera a comer con él. Le dijo que era importante.

“Ya podía ser importante, porque tener una comida después de una noche de fiesta era la tortura más cruel” Pensó mientras corría por toda la casa.

Volvió a sonar y esta vez lo descolgó.

—En seguida voy, se me ha hecho un poco tarde.

—Vamos... ¿qué se te había olvidado?

—Más o menos. Pero me ducho y voy.

Corriendo se tomó un café con una aspirina y se metió en la ducha. Se enfundó unos vaqueros con una sudadera, unas Converse y llenó a toda prisa el bolso-bandolera con lo necesario, en menos de media hora ya estaba en la calle. Había sido todo un récord, aunque siendo sincera ahora que se miraba mejor en el retrovisor del coche, su aspecto no era para sentirse muy

orgullosa, la coleta estaba mal cogida, y si a eso le sumabas las ojeras de haber dormido poco, la verdad es que no era su mejor día en cuanto a indumentaria. Se puso las gafas de sol y al volver a echar un vistazo a su reflejo, ya parecía otra cosa.

Al abrirle su padre la repasó, después de soltar una carcajada y darle dos besos ya no se pudo contener.

—¿Una mala noche, hija?

—O buena, según se mire, más bien un mal despertar diría yo —le sonrió con burla.

—Pasa que ya creía que te habías escaqueado.

Una vez dentro se dirigieron a la cocina, y allí, ante su sorpresa estaba en la barra con una copa de vino delante, una nerviosa pero muy sonriente Olga.

—¿Qué sorpresa! ¿Y eso tú por aquí? ¿No tienes ya bastante con soportarle en el trabajo?

—¿Vino? —le ofreció su padre.

—Creo que mejor agua.

—Sabes que las resacas se van mejor con alcohol, y creo que lo vas a necesitar —le puso la copa delante sin esperar respuesta.

—¿Qué ocurre? ¿Qué es tan importante para que un domingo después de una fiesta me hayas hecho levantar? —dijo ya poniéndose un poco a la defensiva y nerviosa ante las caras de los otros dos—¿Ha pasado algo en el trabajo? ¿A Alex?

—Quieres dejarnos hablar de una vez. No, no es del trabajo ni de Alex, es de nosotros —señaló a Olga y él con un gesto.

—¿Vosotros? —entonces vio esa mirada cómplice con una sonrisa y observo las chispas de sus ojos, ese brillo especial de sus caras, esa magia y lo entendió todo, se quedó con la boca abierta sin saber qué decir. Su padre sin darse cuenta, le acababa de hacer una revelación. ¿Manuel y ella, en algún momento habían tenido esa expresión en sus caras? Una punzada le atravesó el corazón.

—Esperábamos que te alegrarás por nosotros —dijo su padre un poco dolido ante su reacción y su silencio y cogiendo la mano de Olga entre las suyas—. Aunque para ti sea un carcamal, aún soy joven, tengo derecho a volverme a enamorar y volverme a sentir vivo.

—Perdonad, me alegro muchísimo, por supuesto que tienes derecho, solo es que me ha sorprendido, y la verdad, es que no entiendo cómo no me he dado cuenta antes. He estado tan sumida en mi caos, que no me he fijado ni en lo más obvio —se levantó de su banqueta y corrió a abrazar a su padre que era el que ahora estaba mudo.

Olga se quedó en un segundo plano observando la escena con una sonrisa en su cara y las lágrimas a punto de escapársele.

—Creo que faltas tú en este achuchón — dijo mirando a Olga —. ¡Me encanta! Me habéis hecho muy feliz, porque estoy segura de que vosotros lo sois.

Olga se unió y ya no pudo contenerse más, estaba tan feliz que rompió a llorar. Le daba tanto miedo que no la aceptara. Había intentado posponerlo para después de la boda, pero Luis se había empañado en ir ese día del brazo de la mujer que quería, y para eso tenían que hacerlo público.

Comieron los tres en la cocina, Maya los bombardeó a preguntas, que ellos entre risas fueron respondiéndole y contándole, hasta que pareció que lo tenía todo claro.

—Y tú, ¿qué tal acabaste el viernes con Alex? —observó el cambio de

gesto de su hija, siempre había sido muy transparente y muy mala mentirosa.

—Bien, se fue enseguida.

—Me gusta mucho ese muchacho, ojalá encuentre a una mujer adecuada para él —hizo el comentario sin darle mayor importancia Olga.

—Seguro que sí, las tiene a todas locas —apuntilló su padre sin dejar de observar sus reacciones.

—Sí, pero parece que él las esquiva, como si ninguna fuera su tipo, y eso que se le presentan oportunidades de todo tipo, no hay ninguna que se resista a sus encantos, en cambio él..., yo estoy convencida que está enamorado de alguna, pero no es correspondido —puntualizó Olga.

Maya creía que estaba viendo un partido de tenis, el problema es que a ella le estaba afectando la dirección de las pelotas.

—Pues, eso sí que tiene que ser triste. Tengo que reconocer que tiene que ser horrible, yo he tenido mucha suerte y por dos veces —miró a Olga y Maya creyó hasta ver las chispitas brillar—. De todos modos si realmente es su mujer, esa con la que se le activa toda la magia, ella tarde o temprano también la sentirá. Si no, es que no es la suya.

A Maya se le estaban removiéndose los ácidos de su estómago. Todo el mundo creía eso de la magia y ella ni se había percatado. ¿Tan atada llevaba la venda? o ¿es que hasta ese día no la había sentido?

Sin mediar palabra, se levantó de un golpe, tirando la silla en el proceso y se dirigió directa al baño a vomitar.

Luis y Olga, lejos de extrañarse, se miraron y sonrieron con complicidad.

—Me da hasta pena, pobrecita por lo que debe estar pasando — le cuchicheó Olga a Luís.

—A mi ninguna, sino la empujamos, pena será que cometa el error más grande de su vida, casándose con quien no debe y dejando de lado la oportunidad de ser feliz.

A los pocos minutos, apareció de nuevo Maya por la cocina, tenía la cara tan blanca que todavía se le marcaban más las ojeras con las que se había levantado.

—¿Quieres una manzanilla o alguna cosa para asentar el estomago?
— Le preguntó su padre.

—No, gracias. Creo que lo mejor será volver a casa y pasarme la tarde en el sofá.

—Como quieras, luego te llamamos para ver como sigues.

Desde que había llegado a su casa, hacía ya un par de horas, lo máximo a lo que había atinado era a quitarse la ropa, ponerse el pijama más abrigadito y tirarse en el sofá liada con la manta.

Cuando por fin su cuerpo pareció volver a la normalidad, se quedó dormida, hasta que un ensordecedor ruido la despertó.

—¡Joder! Hoy parece que todos se han confabulado contra mí —dijo en voz alta.

Volvió a oír el sonido, era el timbre de su puerta. Como pudo, se levantó de su acogedor nido, se dirigió a abrir la puerta pensando que sería su padre que al final se había pasado a ver como se encontraba. Sin ni siquiera mirar, abrió y se giró de vuelta al sofá.

—Hoy piensas martirizarme. Ya van dos veces que me despiertas destrozándome con martillazos en mi cabeza.

Al no obtener respuesta, fue consciente que no se había parado a mirar

quién era. De golpe se giró, mostrando la sorpresa en su cara. Lo que le faltaba para completar el día.

—Siento martirizarte —su cara tenía una expresión burlona mientras la repasaba de arriba a abajo—, pero tu padre estaba preocupado, te ha llamado varias veces y te ha mandado varios mensajes y me ha pedido que me acerque.

—¡Ahhh! Y... ¿por qué a ti? ¿No había otro a quien avisar? Parece una maniobra malintencionada del destino —nada más acabar la frase, se dio cuenta que había vuelto a hacerlo, no había filtrado sus palabras y encima su tono, tampoco había sido, el más adecuado.

—Siento que te moleste tanto que haya sido yo — dijo intentando parecer enfadado, aunque su rictus seguía siendo burlón más que de enfado —, pero supongo, que no lo ha hecho con mala intención, solo ha pensado que como vivo aquí al lado, sería al que menos molestaría.

—Perdona, no quise decir eso.

—Ya, pero sabemos que sí que lo has pensado.

—Vale, pues..., ya puedes decirle a mi padre que me has visto y estoy bien.

—Le engañaría.

—¿Cómooooo?

—Buen aspecto no es que tengas.

—Gracias por el cumplido, solo me faltaba hoy, que tú vengas a mi propia casa a insultarme.

Alex ya no pudo aguantar más y soltó una carcajada al tiempo que pasaba al interior del salón.

—Anda, mal genio, siéntate que te preparó algo caliente para cenar; después de que te lo tomes me marchó y te dejó con tu buen humor.

No podía apartar la vista de la cocina, era todo un espectáculo verlo moverse con toda naturalidad, parecía que estaba en su casa. Eso sin contar con lo bien que le sentaba el estilo informal. Los vaqueros se le ajustaban como un guante, la camiseta con la que se había quedado después de quitarse el plumífero y el jersey, sin ser apretada, marcaba sus músculos cuando se movía.

En una de las ocasiones, levantó la vista y la pilló observándolo, él, sin darle mayor importancia le sonrió y siguió con lo que quiera que estuviera haciendo, sin percatarse lo que había provocado en ella esa simple sonrisa.

—No he tenido muchas opciones, pero creo que esto te puede sentar bien.

Le puso sobre ella una bandeja con un tazón de sopa con fideos.

—Siempre aprovecho los sábados para comprar y este, estuve muy liada —dijo excusándose por la vergüenza de tener la nevera pelada e intentó no pensar que la verdadera razón de no haber ido a la compra había sido la mala noche que pasó por su culpa.

El se acomodó a su lado, mirándola mientras se la tomaba.

—No es necesario que te quedes, puedes irte ya.

—Quiero cerciorarme que te sienta bien para pasar el parte a tú padre.

—Pues..., por lo menos tomate algo, me estás poniendo nerviosa con tu vista clavada en mí.

—No te preocupes y come —sonó entre dulce y autoritario.

Después de unos instantes incómodos de silencio, sin pensar mucho, soltó lo primero que se le ocurrió, y era lo que le estaba rondando por su cabeza.

—¿Sabías tú lo de mi padre con...? —se dio cuenta que podía meter la pata y se calló de golpe, quizás su padre quisiera decírselo él.

—¿...Olga? No hace falta que lo digan, se ve a simple vista, no pueden disimularlo, cada vez que se miran se ve lo enamorados que están.

—Es decir, que la única que nunca ve nada, soy yo.

—Es normal, es tu padre, y lo miras de otra forma, no como un hombre.

—No solo con ellos, por lo que parece no veo ni lo que tengo delante de mis propias narices, ni lo de mi propia vida —levantó la vista, él estaba observándole con esa sonrisa que le provocaba mariposas y miedo al mismo tiempo—. Creo que he vuelto a hablar de más. Como odio hacer eso, creí, que con la madurez se me corregiría.

—Pues sería una pena, es una de las cosas que te hacen todavía más encantadora —dijo sin dejar de mirarle a los ojos.

—Bueno..., ya le puedes decir a mi padre que estoy mejor y que me ha sentado bien la cena, ahora, si no te importa creo que debería acostarme, sola por supuesto —lo que le faltaban eran los nervios para no atinar con las palabras— ya me entiendes, que no necesito ayuda para eso —cuanto más lo intentaba arreglar, más lo empeoraba.

—Te he entendido bien, que me largue para que te puedas ir a dormir —no sonó molesto, sino divertido.

Se levantó, se puso el jersey bajo la atenta mirada de ella y el chaquetón; lo siguió hasta la puerta. Él la abrió y se giró quedando muy cerca de Maya, que retrocedió incomoda.

—Muchísimas gracias por todo —impulsivamente, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, notando una rampa de la que saltaron chispas, se separó de golpe y se pasó las dedos por los labios por inercia.

—Da gusto ver, que no soy el único que lo siente —le guiñó un ojo, le sonrió y se fue directo al ascensor dejando a Maya como un pasmarote en la puerta.

CAPÍTULO 5

“¿Qué demonios me está pasando? Soy una mujer sensata, prometida y enamorada. ¿Por qué Alex me provoca estas sensaciones? Yo nunca he deseado a ningún hombre, por muy bueno que estuviera. Como siga así me voy a volver loca, si es que ya no lo estoy” Se repetía una y otra vez en su cabeza, tantas veces se lo había repetido que ya parecía que fuera un disco rayado.

Tenía que quedar con su padre de nuevo para comentarle lo que había hablado con Manuel y aceptar la propuesta que le había hecho de la celebración partida en dos días, eso sí, con algunas modificaciones. No encontraba el momento adecuado para verlo. Había pensado en contárselo el fin de semana pero..., se iba de escapada con Olga. Por lo que, con los compromisos que tenían los dos, el sitio más factible de encuentro era en sus oficinas.

Ya estaba a mitad de otra semana infernal. Había intentado apartar sus dudas, y porque no decirlo, también su tentación de volver al trabajo en donde seguro se encontraría con él. No confiaba demasiado en que su subconsciente no le traicionara y volvieran a ella esos deseos incontrolados que sentía cada vez que estaban juntos.

Era viernes, le había costado casi toda la semana armarse de valor y mentalizarse de que era absurdo huir o esconder la cabeza como los avestruces. No había pasado nada entre ellos, no entendía porque se martirizaba tanto y se sentía culpable.

Cuando llegó, esta vez no era la mujer resuelta, no se movía como un huracán, iba más bien con precaución y afianzando sus pasos, con miedo, algo nada propio en ella.

“¿Dónde está tu seguridad? ¿Tú no eres la chica valiente que sabe perfectamente lo que quiere? Pues a qué esperas, entra decidida y coge al

toro por los cuernos” se preguntaba una y otra vez.

—¡Mierda! Si hasta mis pensamientos me traicionan —soltó esto último en voz alta, provocando alguna mirada que otra a su alrededor.

Irguió la cabeza y ahora sí, con paso firme se dirigió a la mesa de Olga, que al oír el repiqueteo de sus tacones alzó la vista y le sonrió.

—Creía que esta semana ya no te veríamos.

—Estoy a tope, y no veía el momento, y mira que me urge hablar con mi padre para poder seguir con los planes de la boda.

—Ahora mismo está en la cafetería, sube, así tiene excusa para aprovechar y descansar un poco más. Últimamente trabaja demasiado. Deberías, en lugar de haberte ido a la competencia, estar aquí, así él podría delegar un poco.

—Eso es absurdo, tiene a Alex y ya sabes que yo quería estar en un puesto por méritos propios, no por ser la hija del jefe.

—Alex es de gran ayuda, pero lleva otros departamentos distintos a los suyos, creo ya has demostrado de sobra tú valía, y este es tú sitio.

—Igual lo estreso más.

—Lo dudo, sabes lo que te respeta y te admira, tanto como persona como trabajadora. Corre, ve, que al final nos ponemos de cháchara y él llega antes.

La cafetería se encontraba en el último piso, en el ático. Todas sus paredes eran grandes cristaleras, tenía una terraza enorme con estilo Chil out. Donde te sentaras había unas vistas espectaculares.

Siempre le había gustado subir allí a leer y relajarse. Incluso cuando estaba estudiando, si hacía buen tiempo, se colocaba en las mesas de la parte

exterior. En ocasiones se veía sumida en sueños sobre su futuro, junto al hombre de su vida. Por aquel entonces, Manuel, era solo su mejor amigo, no se imaginaba con él, esperaba que algún día llegara su verdadero amor. Nunca lo vio de esa forma romántica, hasta que con el paso de los años e irse a estudiar fuera los dos juntos, la unión se consolidó de manera distinta a lo que había sido hasta entonces. Eso es a lo que se refería su amiga Mamen, había sido un tránsito, quizás un paso más para afianzar su cariño.

Por el rabillo del ojo percibió a alguien que le saludaba con la mano en el otro extremo del salón. Era su padre, y estaba desayunando con Alex.

“¡No quieres sopa, pues toma dos tazas!” Pensó y casi le hizo gracia las ironías de la vida.

Se dirigió a ellos y ambos se levantaron para recibirla, ella se acercó a su padre y le dio dos besos; cuando iba a saludar con un simple gesto con la cabeza a Alex, se dio cuenta de lo absurda de la situación, así que se puso de puntillas para dárselos a él también, al tiempo que él se agachaba para lo mismo, quedando sus bocas prácticamente juntas y sus ojos fijos por la sorpresa. Maya dio rápidamente un paso hacia atrás, con tan mala fortuna que chocó con la silla perdiendo el equilibrio. Gracias a los reflejos de Alex que la cogió por la cintura, no acabo de culo en el suelo.

—Jajajaja ¿Os estáis viendo? —No podía hablar de la risa, mientras era atravesado con miradas asesinas de los otros dos—. Parecéis adolescentes. Solo espero que os deis cuenta a tiempo de las chispas que saltan cuando estáis juntos —dijo esta vez serio.

—Papá, creo que desvarías. Perdona que te diga, no quiero ofenderte, pero porque tú ahora estés en una etapa de enamoramiento, magia y chispas o como quieras llamarlas, no significa que a todo el mundo a tu alrededor le pasa lo mismo, y menos a nosotros, que prácticamente ni nos conocemos, es más hasta podría asegurarte que le caigo mal, y que si me soporta es por ser la hija de su socio. Ahora, como lo que venía a tratar contigo, es sobre mi boda, pero no con él —le señaló casi despectivamente— y veo que no estamos en situación de tener una conversación como dos personas adultas y

coherentes, creo que será mejor que lo dejemos para otro momento. Hasta otro día —se giró y se marchó con paso firme y apariencia serena aunque por dentro le temblaba todo.

“¡Hasta su padre se lo había notado! ¿Qué iba a hacer? Se le estaba yendo de las manos”.



El lunes, después de una noche sin pegar ni ojo, por la ocurrencia de Luis de mandarlo a ver cómo se encontraba su hija, nada más entrar al trabajo fue directo al despacho de su socio. Allí estaba como era habitual, una sonriente Olga.

—Buenos días, ¿qué tal el fin de semana?

—Supongo que bien —sonó poco convencido.

—Jajajaja, solo supones.

—Bueno..., es que ha sido un poco raro, pero tú eso ya debes saberlo —le contestó en tono de reproche y con una ceja elevada.

—Creo que no debe haber sido tan bueno, hoy tú humor no es el de siempre.

—Ya. ¿Puedo pasar o está ocupado?.

—Pasa, está solo.

Dio unos toques a la puerta, la abrió y fue directo a sentarse en unos de los sillones del otro lado de la mesa.

—¿Se puede saber a qué coño estás jugando? ¿Te crees que soy tonto y no me he dado cuenta? —dijo fuera de sí, provocando un levantamiento de

ceja de Luis ante su tono— Es tu hija, ¡por dios!, ¿en qué estás pensando? Está prometida, y pienses tú lo que quieras, ella es mayorcita y tiene derecho a tomar sus propias decisiones, las cuales, además, creo que las ha tomado conscientemente y por amor.

—¿Has acabado ya? ¿Se puede saber por qué estás tan alterado? ¿No será porque te gusta demasiado para reconocerlo por eso te da miedo intentarlo y perder?

—No hay nada que intentar, ella está con otro, y que yo sepa, le trata bien, se quieren, es un tío de puta madre, como tú bien dijiste como un hijo para ti, entonces..., fin de la historia. No me voy a comportar como un cabrón porque no es mi estilo y nunca lo ha sido.

—El problema, es que te has dado cuenta que no es el fin de la historia, una historia que puede acabar bien o por el contrario ser un verdadero desastre, y eso depende sobre todo de ti —hablaba en un tono sosegado y sereno que contrastaba con el de Alex.

—Acabe como acabe la historia, no es asunto tuyo ni mío, solo es cosa de ella, como sigas así lo único que conseguirás será perderla y hacerle daño —de golpe se levantó camino de la puerta zanjando el tema.

—Qué pena que los jóvenes no os deis cuenta que la vida es muy corta, y si la desaprovecháis no tendréis otra —dijo las últimas palabras mientras sin volverse Alex salía del despacho.

Olga entró corriendo una vez que había salido el muchacho, desde fuera había oído parte de la conversación por el tono tan elevado de esta.

—Está verdaderamente enamorado, y es tonto de remate. No sé cómo voy a conseguir en tan corto plazo, que caigan del burro — dijo entre preocupado y nervioso mirando a Olga.

Esa semana, parecía que la vida se ponía de su lado y se apiadaba de

él. No se la había encontrado en ningún momento, no sabía si era producto de la suerte o que lo rehuía, pero fuera como fuese, era mucho mejor así, las cosas debían seguir su curso normal, y el sufriría menos si la tenía lejos, aunque sus risas, siempre estuviera en su pensamiento.

Pero, como era de esperar, no se puede cantar victoria hasta el final.

Estaba desayunando con Luis, cuando vio a una Maya que miraba concentrada al exterior, totalmente abstraída observando las vistas sin percatarse de nada de lo que le rodeaba. Se le veía preciosa, pero con un halo de tristeza en sus ojos, como si sus pensamientos no fueran acordes con su apariencia alegre y despreocupada, sintió una punzada de dolor por ser quizás el culpable de ese estado.

Luis, se dio cuenta de su silencio repentino, siguió su mirada hasta donde se encontraba lo que había provocado el cambio de Alex, entonces alzó la mano para llamar la atención de su hija que parecía ausente.

Después de la discusión de Maya con su padre y verla alejarse, se quedaron los dos serios sosteniéndose la mirada.

—¿Estás contento? Te he avisado. Yo nunca la he tenido, ni la voy a tener, pero tú la vas a perder.

—Sí, estoy contento aunque me duele. Pero más me duele vuestra cobardía, tú por no arriesgarte y luchar por ella, y ella por haberse conformado por un amor de amigo, casi de hermano, en lugar de buscar su verdadero amor. Habéis optado los dos por la postura más cómoda y eso, tarde o temprano, si no lo remedias lo pagaréis. Y sí, estoy contento, porque no sé si haréis algo por lo vuestro, pero por lo menos yo no me he quedado con los brazos cruzados aún a sabiendas que puede explotarme en la cara. Pero como bien tú te empeñas siempre en recordarme, es mi hija, y si no intentará hacer lo que creo que le puede hacer feliz, no sería un buen padre.

Alex se levantó enfadado por las palabras de Luis, sabía que eran ciertas pero no podía seguir allí hablando del tema, necesitaba refugiarse en

la soledad de su despacho a pensar.

CAPÍTULO 6

Se quedo un rato más en el trabajo acabando con lo que tenía pendiente mientras se reconcomía con las palabras de Luis ante la reacción de Maya. Quizás llevará razón y fuera un cobarde, pero tampoco era justo ponerla a ella en esa tesitura. Igual ellos estaban equivocados y el amor de su vida era Manuel, y por él, solo sentía atracción, mucha, eso era cierto, porque hasta saltaban chispas, pero puede que solo fuera eso. Si se equivocaban, podían mandar a pique su relación, luego no se lo perdonarían. Aunque tampoco quería ir a la boda de la mujer a la que amaba pensando que si él hubiera hecho algo, el novio sería otro.

La única manera de hacer esto bien, era yendo a las claras, sin tapujos, ni engaños, tenía que intentarlo, si no funcionaba, se daría por vencido.

Con esa idea se dirigió a hablar con Luis.

Olga cuando lo vio aparecer tan serio, y después de que su pareja le hubiera contado el altercado en la cafetería, dudó si esa historia iba a acabar bien, o por el contrario, no conseguiría más que terminar todos peleados.

—¿Puedo pasar? —habló cortante.

—Sí. Está solo —le sonrió tímidamente, aunque Alex ya ni la miraba camino del despacho.

—Buenos días —dijo al tiempo que su socio levantaba la vista de los papeles que tenía sobre la mesa y le sonreía.

—Creo que últimamente esto, se está volviendo una costumbre —comentó con ironía al tiempo que le indicaba que se sentará y este negará el ofrecimiento.

—He estado pensando sobre lo que me has dicho. Y en ciertos

aspectos creo que tienes razón, pero también puede que estés equivocado — Luis alzó las cejas en señal de protesta—. He sido un cobarde por no mostrarle mis cartas a Maya hace mucho tiempo, por lo menos tenía que haberle demostrado mis sentimientos. También pienso que ahora es demasiado tarde y las consecuencias si no estamos en lo cierto, y el amor de ella es Manuel, las pagaremos todos, la primera ella, y pueden ser desastrosas —Luis intentó hablar pero Alex le hizo un gesto con la mano para que le dejara acabar—, pero..., también creo que, llegado a este punto, y notando las reacciones que he despertado en su cuerpo con tan solo un leve contacto, si no hago nada para cerciorarme que esa boda es lo correcto, creo que no solo a mí, sino también a Maya, las dudas no nos van a dejar avanzar. Voy a ir a hablar con ella. A poner las cosas claras, y si acepta intentar, provocando el menor daño posible, aclarar nuestros sentimientos. Eso sí, te pido que te quedes al margen. Para bien o mal, ya has hecho lo que está en tu mano. Ahora esto es entre tú hija y yo. Espero que estés de acuerdo y no te inmiscuyas.

—Me parece perfecto. Con saber que lo vas a intentar me conformo, si realmente estoy en lo cierto, conociéndola, a pesar de ser muy cabezona, hará lo correcto.

—Pues..., ahora sí no te importa, me voy. Hasta el lunes.

Olga entró como un rayo unos instantes después.

—Efectivamente, últimamente se está convirtiendo en una costumbre. Prepárate que es la hora y nos espera un fin de semana de relax para disfrutar de nosotros. Ellos, creo que ya no nos necesitan —le guiñó el ojo y ella le sonrió con ternura y salió a recoger todo.

Alex se subió a su coche, mientras se dirigía a casa de Maya, su cabeza le daba millones de vueltas. No sabía cómo planteárselo para que ella aceptara, ni cómo explicarle lo que sentía desde el día que la conoció ya hace unos años.

Después de media hora sin encontrar aparcamiento, se dirigió a su casa a dejar el coche en su garaje e ir andando hasta el apartamento de ella, vivían bastante cerca. Hacía bastante frío, pero el paseo le ayudaría a reorganizar sus ideas.

Al llegar, en esta ocasión, como en la anterior, la puerta del zaguán estaba abierta, por lo que se aventuró al interior. Prefería si es que ella se encontraba allí, pillarla por sorpresa, si veía que era él, con toda seguridad no le abriría.

Tocó al timbre, pero no oyó nada. Volvió a insistir, y cuando ya se iba a dar por vencido, una Maya con los ojos algo enrojecidos por el llanto, se dejó ver.

—¿Qué haces aquí? ¿No has tenido bastante? Creo que tú y yo no tenemos nada de qué hablar, podrías seguir como hasta ahora, ignorándome y hasta incluso tratándome un poco borde, así todo volvería a estar bien — habló sin parar más que para soltar algún suspiro que se le escapaba.

—Sabes que eso no es cierto, que nosotros no estamos bien, y deberíamos aclararlo.

—Si yo no estoy bien, es por culpa tuya y de mi padre, no sé porque habéis querido arruinarme mi perfecta vida.

—De eso es para lo que he venido y de lo que tenemos que hablar, si fuera tan perfecta como tú dices, nosotros, sin haber hecho prácticamente nada, no te la hubiéramos descontrolado. Hay algo más, algo que no cuadra del todo en tu relación, aunque no quiera decir con eso, que sea yo, eso sería muy presuntuoso por mi parte.

—Qué bonito, tiras la piedra y escondes la mano. Me encanta. Eres..., eres..., no sé ni que he visto en ti —Alex enarcó una ceja y sonrió con ironía sin poderlo remediar—. No seas engreído. Lo que me faltaba es que pienses que me gustas. Pero estoy segura que no es eso, es solo una atracción que no puedo controlar, una química que me tienta hacia tu boca, que cada vez que

estamos juntos me perturba la mente y el cuerpo, y solo me hace desear olvidarme de todo y que estés dentro de mi —ya lo había vuelto hacer, ¿dónde estaba su filtro cuando lo necesitaba?

—Jajajaja — se echó a reír Alex —. Perdona..., perdona..., sé que no es momento para reírme, pero has definido perfectamente lo que yo quería decirte y no sabía cómo. Me alegra ver que tú tampoco la puedes controlar, que no eres inmune, aunque por mi parte podría añadir algo más. Me sucede desde el día que te conocí, y yo nunca me he fijado en mujeres con pareja, pero contigo fue diferente, no podía evitarlo, por eso intentaba alejarme o ser borde cuando estábamos juntos, sin ningún resultado, como puedes comprobar, y por esa razón estoy aquí. Quiero que hablemos, que pongamos las cosas claras, sé que estás prometida y lo quieres, te aseguro que si me hubieras dicho que no sentías absolutamente nada por mí, que solo era producto de mis esperanzas, te hubiera dejado ir para que fueras feliz, pero veo cómo te afecta, y sé que aunque es una locura, me gustaría que si le vas a dar el *sí quiero* a Manuel, sea porque estás segura que es a él al que amas de verdad, no solo como a un hermano o un gran amigo, también como al amante que te hace vibrar y al que pasen los años que pasen, un roce suyo te provocará que te estremezcas, porque solo así, sabré que serás feliz.

—No entiendes nada, ¿verdad? Hasta ahora yo creía que eso es lo que tenía, quizás no con tanta pasión debido a los años que nos conocemos, pero..., tú has aparecido y me has confundido. Ahora es tarde, no es tan sencillo, no le podría hacer daño, y sé que como siga esto así, al final se lo haré y no sería justa.

—¿Sería mejor casarte con un hombre que no te llena en todos los aspectos? Cuando pasen los años y veas que no le has sido sincera del todo con tus sentimientos, ¿te sentirás bien? Yo creo que aún estás a tiempo. Tú misma ya no lo tienes tan claro, ¿crees que eso es bueno para comenzar un matrimonio? ¿No has pensado, que él quizás cree que te quiere porque aún no ha encontrado a la mujer que realmente le haga sentir esa magia, esas chispas? ¿Y si la encuentra cuando estéis casados, pero por miedo hacerte daño sigue junto a ti, sabiendo que es otra de la que realmente está enamorado? ¿Eso estaría mejor?

—¡No! ¡No! ¡Es todo un error! ¡Esto no puede estar pasándome a mí!
¡Vete! Necesito estar sola.

—Te entiendo, es demasiado. Te voy a dejar para que medites lo que te he dicho y, si te parece bien, dentro de unos días hablamos. Llevo muchos años esperándote, unos días más puedo aguantar hasta saber qué has decidido —se acercó a ella con su mirada en su boca y con sus dedos, primero perfiló su mentón y luego acarició sus labios, Maya estaba inmóvil, sintiéndolo, tensa y expectante, cuando de golpe se quedó fijo mirándole a los ojos y se separó.

Ella sintió el frío que le recorría al no notar sus manos y su cercanía y la decepción de que no la hubiera besado.

Se encaminó hacia la puerta dejando a una Maya sumida en un mar de dudas.

—¿Por qué no me has besado? —se notaba en su voz la decepción.

—Quiero que cuando lo haga, tú también lo desees tanto como yo.

—Si te dijera que lo deseo, aunque no sepa la verdadera razón. Puede que solo quiera comprobar que no es para tanto, que solo es para demostrarme a mí misma que no estoy equivocada con Manuel, pero...

—Pero..., ¿qué pasará si cuando te bese, sientas que no ha habido otro beso de nadie que te haya hecho estremecer como el mío? —Dijo acercándose a escasos centímetros de ella sin apartar sus miradas—. ¿Serás capaz de afrontarlo o huirás de mí?

Maya no podía pensar en nada, ni siquiera en las consecuencias de sus actos, solo quería que la besara, la abrazara y sentirse segura entre sus brazos, que era lo que su cercanía le provocaba. Junto a él, a pesar de conocerlo tan poco, se sentía en casa, en el sitio donde pertenecía y tenía que estar.

Las manos de él le envolvieron suavemente la cara, mientras su boca se aproximaba a la de ella sin dejar de mirarla, esperando su aprobación. Comenzó a besarla tímidamente, pero en cuanto notó que el cuerpo de ella le correspondía y la lengua de ella se aventuraba a danzar junto a la suya se volvió más feroz y apasionado. Maya le rodeó el cuello con sus brazos y él, dejándose llevar por ese instante sin barreras, juntó sus cuerpos hasta quedarse tan pegados que percibían cada parte de la anatomía del otro.

De repente, Alex fue consciente de lo que estaban haciendo, y se separó de ella, dejándola aturdida y sin entender que pasaba.

—Ahora sí me voy —sonaba su voz ronca—. No quiero que nada de lo que pase entre nosotros, pienses que es un error y si sigo, no creo que pueda parar, llevo demasiado tiempo deseándote. Cuando pongas en orden tus sentimientos, llámame.

Cerró la puerta y se dejó caer en el sofá.

“¿Por qué entre sus brazos estoy tan bien y mal al mismo tiempo? Me siento traicionando, y a la vez siendo traicionada por aquello de lo que quiero huir y no puedo. ¿Cómo puedo odiarme tanto por sentir? ¿Tan cobarde soy que por no hacer daño no voy ni siquiera intentar averiguar lo que realmente deseo?” Mil preguntas se amontonaban en su cabeza.

CAPÍTULO 7

Por las noches seguía llamando Manuel, pero ya no era lo mismo, no lo esperaba con ansias, sino con temor y recelo. Él la notaba extraña y estaba preocupado por ella, pensaba que estaba demasiado cansada y estresada con los preparativos de la boda.

Maya no le sacaba de su error, no era un tema para tratar por teléfono y a tanta distancia. Le debía algo más. Era su mejor amigo, el hombre al que más quería por encima de todo, aunque no sintieras esas chispas de emoción y esa magia.

Así fueron pasando los días, sus dudas se iban aclarando con respecto a su prometido, pero sobre Alex, era otra historia. Había evitado a toda costa verlo, no le cogía el teléfono y el único contacto que tuvieron fue un mensaje que él le mando preocupándose por ella.

<<Necesito tiempo para pensar. Preferiría que me ayudaras dejándome el espacio y tiempo suficiente para ordenar mis ideas y mi vida. Más adelante te llamaré, ahora por favor, si algo te importo, entiéndeme y respétame>> le contestó ella, zanjando así el tema.

Su padre increíblemente, no había vuelto a tratar el tema, ni de su boda, ni de Alex, a pesar de que un domingo estuvo con Olga y él pasando el día.

Ahora solo quedaba esperar la llegada de Manuel y ver cómo se desarrollaban las cosas.

Aprovechó y se centró en el trabajo, quería dejarse lo menos posible pendiente para las fiestas que se aproximaban, así de esa forma tenía la mente ocupada.

Llegó el momento que tanto había estado temiendo y deseando al

mismo tiempo, el regreso de su prometido. Fue a recogerle con tiempo de sobra y, como iba siendo costumbre, su vuelo llegaba con retraso. Tenía los nervios descompuestos, no podía parar así que decidió irse a tomar un café.

Llevaba un rato removiéndolo con la mirada perdida, sin darse cuenta ni de lo que hacía, cuando levantó la vista y le pareció ver a Alex.

—No puede ser, hoy y aquí, no —pensó.

De repente vio como saludaba a lo lejos, mientras una chica menuda pero muy guapa, corría hacia él, achuchándolo y besándolo. Él le cogió la bolsa que llevaba y abrazados y sonrientes se fueron de su vista.

No tenía ningún derecho a exigirle nada y estar celosa cuando ella se iba a encontrar con su prometido, pero le dolió y mucho, ni siquiera había esperado su respuesta antes de estar con otra.

“No importa, esto no cambia para nada tu decisión, lo que hagas, para bien o mal, es por ti” se repetía para intentar paliar su dolor.

Miró la hora y se dirigió a la salida esperando ver a Manuel.

Cuando esté apareció, una sonrisa le iluminó la cara y se dirigió hasta ella con grandes zancadas, la rodeó entre sus brazos y la besó.

—Que ganas tenía de volver y tenerte así, creía que nunca llegaría el momento.

Maya intentó mostrar la mejor de sus sonrisas a pesar de lo difícil que estaba siendo fingir ante él. La conocía demasiado, y en seguida se iba a dar cuenta que algo pasaba. Pero..., si alguna duda tenía, con ese beso, le había quedado claro.

—Me has tenido muy preocupado, le pregunté a tú padre y me dijo que estabas bien, a Carlos y me comentó que no te había visto, pero ahora que te veo, no me quedo más tranquilo. Estas más delgada, y no te veo

parlanchina y alocada como siempre, algo te pasa —iba hablando camino del coche de ella.

—No es nada, luego te cuento, ahora no es momento, cuando lleguemos a casa y te duches. Mientras cenamos hablamos —respondió más seca de lo que había intentado, pero sus nervios estaban incontrolados al igual que su lengua, y tenía que intentar tenerlos a raya.

—De acuerdo, como quieras.

Notó, durante todo el trayecto, que los ojos de Manuel no se apartaban de ella. Tenía que reunir las fuerzas suficientes para hablar con él sin ponerse a llorar y explicárselo para que lo entendiera, pero no iba a ser nada fácil.

Nada más cerrar la puerta del apartamento, Manuel dejó la maleta en el dormitorio y se dirigió a buscar a Maya. Lo que tuviera que decirle, necesitaba saberlo cuanto antes.

Entró en la cocina cuando Maya se estaba haciendo una infusión, algo que tampoco era propio de ella, las odiaba, siempre comentaba que no las soportaba, que donde estuviera un buen café, se quitaran esas hierbas.

Ella, no se había dado cuenta de su presencia y al darse la vuelta, del susto, casi la derrama.

—¿Tanto tiempo he estado fuera qué ya no estás acostumbrada a tenerme por aquí? —intentó bromear, aunque no con mucho éxito.

—Creía que te ibas a duchar.

—He pensado, que cuanto antes me digas que está pasando, mejor. Verte de esa forma me está matando.

—Pues espera que te lo diga —se le escapó.

—Creo, que será mejor que vayamos al salón, nos pongamos cómodos

y dejes en un sitio fijo esa taza o al final te vas a quemar.

Se acomodaron en el mismo sofá mirándose a los ojos, ella seguía sin pronunciar palabra. No sabía cómo empezar, le hubiera encantado poder pasar unas cuantas horas hacia adelante de su vida y que el mal trago ya hubiera acabado.

Él seguía esperando, sin quererla atosigar, y rezando porque el único problema que hubiera fueran las flores, la iglesia o los invitados de la boda, aunque suponía, que era algo más grave.

—Realmente no sé por dónde empezar, por lo que voy a ir al grano y luego te lo explico. No va a ver boda —Manuel seguía en silencio, lo peor que podía ocurrir estaba pasando, quería preguntarle miles de cosas, pero prefirió esperar a que ella poco a poco hablara—. Sabes muy bien, que te quiero con toda mi alma, eres la persona más importante de mi vida. Nos compenetramos, conocemos, entendemos..., pero..., en estos días me he dado cuenta que nos falta algo fundamental para ser una pareja y no amigos o hermanos, nos falta la magia, esas chispas en los ojos, con cada roce, con cada beso, eso no lo tenemos. Yo creía, que era normal por los años y lo bien que nos conocemos, pero me he dado cuenta que no es así, no la tenemos porque no estamos destinados a ser pareja con lo cual sería un gran error casarnos. Cerraríamos nuestras puertas a esas personas con la que realmente si la tendríamos. ¡Joder!, si hasta a mi padre con Olga se le nota esa magia y esas chispas cuando se miran —Él seguía mirándola, con la cara descompuesta sin decir nada, y eso a ella, la estaba desquiciando todavía más—. Por favor, di algo. Sé que es absurdo, pero no quiero perderte, te quiero, aunque no de esa forma.

—¿Qué quieres que te diga? Creo que ya lo has dicho tú todo. Solo por curiosidad, esa chispa y esa magia, ¿ya lo has encontrado con otro? Porque de repente, parece que sabes muy bien de lo que hablas —Maya se puso más pálida, si eso era posible y desvió su mirada—. Acabas de responderme. Entonces no hay más que hablar.

—No, no pienses que ha habido algo con alguien, es cierto que las he

sentido, pero no ha pasado nada, no quería hacer nada que te pudiera hacer daño y quería estar segura. Nunca te he sido infiel.

—Jajajaja, y así me has hecho menos daño, pues menos mal.

—Sí, porque no ha sido por nadie lo de no seguir con la boda, ha sido por nosotros. Es cierto, que sentí esas chispas por un hombre, pero ni hubo, ni habrá nada con él, pero me ha servido para darme cuenta de nuestros sentimientos, y me alegro de que no haya sido tarde.

—Habla por ti, no me incluyas a mí.

—Te aseguro, que con el paso del tiempo, conocerás a esa chica que realmente te haga sentir esas chispas y, lo que ahora parece horrible, será lo mejor que te ha pasado y puede que, en un futuro, quieras volver a ser mi amigo.

—Creo que has leído demasiada novela romántica. Es decir, que resulta, que te voy a tener que dar las gracias por destrozarme la vida y encima quieres que seamos amigos. Hasta quizás salgamos de copas las dos parejas, quien sabe, ¿no? —dijo en tono irónico con muchísima rabia.

Ella entendía perfectamente su reacción y comprendía su enfado, por lo que no le tomó a mal sus palabras cargadas de odio.

—¿Sabes? hay algo bueno en todo esto, aún no he desechó la maleta —se levantó y se dirigió al dormitorio a por ella y se encaminó a la puerta—. Ya vendré a recoger el resto de mis cosas.

—No es necesario que te vayas esta noche, estarás cansado.

—Aquí contigo no creo que pueda descansar.

—Si quieres me voy yo a casa de mi padre.

—No te preocupes, me vendrá bien ver a Carlos y emborracharme en

compañía de un amigo.

Salió por la puerta bajo la atenta mirada de Maya sin volver la vista atrás.

Cuando lo vio subir al ascensor, cerró la puerta. Se sentía vacía, pero al mismo tiempo en paz. Le dolía el alma, pero en estos días se le habían aclarado las ideas y sabía que eso era lo mejor para los dos y, aunque sabía que acababa de perder a su mejor amigo, por lo menos no habían tirado su vida por la borda. Quizás con el tiempo encontrarán a esa persona, o quizás no, pero había hecho lo correcto.



Quedaba tan solo una semana para las navidades, después del caos inicial tras la ruptura, todo empezaba a volver a su cauce.

A Manuel no lo había vuelto a ver. Prefirió ir a recoger sus cosas cuando estaba seguro que no la encontraría a ella, y el único contacto había sido una nota sobre la barra de la cocina deseándole lo mejor junto con las llaves de su casa.

De Alex no había vuelto a saber nada. Después del día del aeropuerto decidió que prefería olvidarle. Quizás con ningún otro volvería a sentir lo que había sentido por él, pero no estaba dispuesta a que la volviese a manipular, porque estaba segura, que volvería a caer bajo su hechizo una y mil veces con un simple roce suyo.

Él tampoco había mostrado ningún interés, seguro que se había enterado de que había roto con Manuel y no había intentado ponerse en contacto con ella. Estaría ocupado con su nueva, o antigua conquista.

Su padre había intentado sacar el tema de su socio, pero ella se lo había prohibido alegando que necesitaba estar un tiempo sola.

CAPÍTULO 8

Era el día de la fiesta de Navidad, siempre se celebraba en las oficinas de Luis y, por supuesto, desde hacía unos años también de Alex. El restaurante del ático era el sitio escogido. Esa noche era especial, se juntaban todos los de la empresa sin tener en cuenta rangos ni nada relacionado con trabajo, iban a disfrutar, comer, beber, charlar, bailar, pero sobretodo pasar una buena velada. La mayoría, asistían con sus parejas, si es que las tenían.

Maya ese año no quería ir, pero ante la insistencia de su padre, y porque no decirlo, el chantaje emocional al que la había sometido, no había podido negarse. Todos los años había ido acompañada de Manuel, pero en esta ocasión, pensar en ir sola y para colmo encontrarse con Alex y suponía su pareja, le superaba.

Su padre la recogería junto con Olga, estaba claro que no se fiaba que en el último momento decidiera no presentarse.

Esta vez no iba a ser diferente a las anteriores, pensaba ponerse lo más guapa que le fuera posible. Se había comprado para la ocasión un vestido de cóctel sin mangas negro, por encima de la rodilla, ceñido en la cintura con la espalda trasparente con bordados de pedrería. Lo complementó con los zapatos nude, al igual que la cartera de mano. Las puntas del pelo las onduló, se colocó en los oídos unos brillantitos pequeños y se maquilló con tonos suaves.

Ya estaba preparada, dándose los últimos retoques cuando llamaron al timbre, se cogió un abrigo entallado y bajó rápidamente con paso seguro.

—Estás guapísima. Que peligro corren los corazones. — la alagó su padre dándole un pequeño abrazo.

—Jajajaja, pero que exagerado que eres, tú que me ves con buenos ojos.

Entró al coche y se acercó a darle dos besos a Olga que la esperaba sonriente en el asiento del copiloto.

—Tú sí que estás preciosa, con razón cada día tienes a mi padre más loquito por ti.

—Ya se lo he dicho yo. Voy a ser el hombre más envidiado de la fiesta, voy a llevar de mi brazo a las dos mujeres más guapas.

Así, entre bromas, llegaron al garaje del edificio, aparcaron y subieron en el ascensor hasta el ático.

Ya se encontraba bastante gente dispersa por la terraza, charlando y probando el cóctel de bienvenida que se servía mientras se esperaba a la hora de la cena. La habían cerrado y puesto estufas para caldearla, creando un ambiente muy agradable.

La cena, iba a servirse dentro del restaurante, pero debido a la cantidad de personas que se juntaban, se tomaba de pie. Los platos estaban dispuestos por las mesas para que cada uno fuera picoteando. Alrededor de la estancia había algunas sillas por si alguien las necesitaba.

Hizo un recorrido con la mirada mientras iba saludando a la gente, pero no vio por ningún lado a Alex, quizás le había surgido algún contratiempo y no vendría. Sintió una punzada de tristeza y decepción, no se entendía, porque la razón por la que no quería ir era para no encontrárselo.

“Debo ser masoquista, para que quería sufrir innecesariamente” se recriminaba mentalmente.

Mientras conversaba con unas chicas de las oficinas de unas plantas más abajo, oyó un comentario de su padre que hizo estremecerse.

—¡Dichosos los ojos! Si te descuidas llegas para el postre.

—Ya sabes cómo son las mujeres, cuanto más prisa tienes, más tardan —se carcajeó ante las miradas de su acompañante y Olga.

—Ten cuidado amigo, que estamos rodeados de muchas féminas y podrían ofenderse —dijo con doble sentido sonriendo y mirando en la dirección que estaba Maya—. Aunque desde luego la espera a merecido la pena — dijo dándole un par de besos a la hermana de Alex —Estás guapísima, bueno, tú siempre lo estás, pero hoy estás espectacular.

—Muchísimas gracias, siempre tan adulador, Luis, no cambias —se rio—. No podía avergonzar a Alex, ya que se ha dignado a traerme. El año pasado, no tuve tanta suerte.

Cada palabra que oía le retorció más las entrañas, ya llevaban tiempo, la conocía su padre por lo que parecía muy bien, *¿a qué narices había jugado con ella?* —su cabeza comenzaba a echar chispas y no de amor, sino de rabia.

—Me disculpas, tengo que saludar a una persona que hace tiempo que no veo, pero te dejo con la mejor compañía —hizo un gesto con la cabeza en dirección a Olga.

—Te perdono que me abandones nada más llegar, pero solo porque hace mucho que no estoy con Olga y creo que me tiene que contar muchas novedades. Anda ve, es broma, no tienes que darme explicaciones cada paso que des, además, sabes que no tengo problemas para relacionarme. Seguro que hay por ahí algún cotilleo jugoso del guaperas del jefe —Alex puso cara de resignación pero sonriéndole y se dirigió para saludar a Maya.

Esta, después de oír todo lo que habían hablado los del grupo de al lado y no enterarse de nada de lo que le comentaban en el suyo, decidió, que antes que él llegara a su encuentro debía escabullirse, por lo que se excusó y se dirigió camino de los baños.

Alex llevaba un rato observándola, esa espalda le estaba matando, la forma que se le ajustaba el vestido y la manera de andar tan sensual sobre los

tacones lo ponían cardíaco. La había echado muchísimo de menos, había esperado pacientemente, pero ella, a pesar de haber roto con su prometido, no se había puesto en contacto con él.

La vio dejar al grupo de chicas con la que estaba y a paso ligero avanzar entre la gente, la siguió y cuando estaba a punto de entrar en los servicios, la interceptó. La cogió de la muñeca para poderla frenar provocándole un sobresalto.

—Una de dos, o estás que no aguantas más o estás huyendo de mí. Casi tengo que correr para alcanzarte —estaban muy cerca, demasiado cerca para controlarse y la miró fijamente— dime, ¿cuál de las dos opciones es la acertada? Aunque yo después de estar tanto tiempo añorando una señal tuya, que aún no ha llegado, creo que me inclino más por la segunda.

—Alex, déjalo ya, ¿vale? No entiendo porque tanto interés de que rompiera con Manuel, pero sinceramente, me da igual. Lo hice a pesar de saber que lo nuestro no iba a existir. Simplemente, me gustaría tratar contigo lo menos posible, la gente de tu tipo no me gusta —Todo dentro de ella temblaba como una hoja vapuleada al viento, pero intentó parecer calmada y tener a raya sus filtros, para decir solo aquello que quería, no lo que sentía.

—No entiendo nada, tú hablas de sinceridad cuando sé de tu ruptura por terceros. Me dijiste que te dejara espacio que te respetara y era solo para apartarme de tu lado. Eso sí, lo hiciste con mucho estilo, clase y delicadeza. Se nota que no fue a la cara, si no, dudo que hubieras podido controlar lo que realmente pensabas. Otra vez has vuelto a las andadas, en lo que respecta a los hombres vuelves al camino cómodo, no te arriesgaste ni a decirme que pasabas de mí en persona —se separó de ella de golpe, se giró y se fue dejándola alucinada, enfadada e irritada.

—¡Pero qué morro! ¡Será sinvergüenzada! Encima se va con la última palabra y sin dejarme decirle unas cuantas cosas que por educación me he callado y se merece. Eso me pasa por intentar ser comedida y mantener a ralla mi lengua. ¡Pobreeee! Si el dolido y afectado es él. ¡Pero qué cara más dura! ¡Qué ojo tengo para los hombres! Primero casi me caso con un amigo-

hermano y luego por poco me junto con otro que tiene novia. Creo que hasta que centre bien mis canales y sintonice las emisoras correctas, más vale que no me acerqué a ningún espécimen del otro sexo, por si acaso —mascullaba dentro del baño frente al espejo.

Alex se dirigió a una parte de la terraza que estaba sin cerrar, necesitaba tomar aire fresco y relajarse antes de enfrentarse con buena cara y sonriente a la gente que había en la fiesta que no tenían culpa de su mal humor.

—¿Todo bien? No te veo demasiado contento para venir de hablar con mi hija.

—Dentro de un momento lo estará. Por lo menos ya está todo claro.

—Y..., se puede saber entonces a que se debe tu enfado. No quiero meterme, y como te prometí, así lo he hecho, pero no entiendo a qué esperáis para estar juntos.

—Nunca vamos a estar juntos, por lo que parece, tu hija rompió con su prometido porque se dio cuenta de que sus sentimientos por él eran otros. Pero también tenía claro, que yo no estaba dentro de la ecuación.

—Perdona, pero aquí hay algo que no cuadra. Algo más os ha debido pasar. Yo os he visto miraros y era de una forma muy especial. O sois muy buenos actores los dos, o en vuestros ojos habían esas chispas que solo saltan en raras ocasiones, y es cuando hay ese amor único.

—Pues..., siento decirte que por lo visto, las chispas que percibisteis eran las mías que le daban en sus ojos y rebotaban.

—Jajajaja, si es que no lo podéis evitar, estáis hechos el uno para el otro. Desde el día que te conocí, sabía que eras el adecuado para mi hija. Ese tipo de respuestas, son típicas vuestras.

Alex lo miraba como si se hubiera vuelto loco y no tuviera ni idea de

que estaba desvariando.

—Vamos adentro a disfrutar de la fiesta, y deja de mirarme como perdonándome la vida, que aunque tú no le veas la gracia, la tiene y mucha.

Mientras tanto, Maya seguía encerrada en el baño. Cuando hizo varias respiraciones y se calmó un poco, salió con su radiante sonrisa como si no hubiera pasado nada. Por unos instantes había estado tentada en irse, pero eso era demostrar que él le importaba y no le daba la gana. Esa empresa sobretodo era de su padre, y no estaba dispuesta a decepcionarlo a él o a su gente por una atracción pasajera por el hombre equivocado.

“Maya recuerda, respira-inspira, y sobre todo, cuenta hasta diez antes de abrir esa boquita tuya. No queremos caer en su juego. Eres una mujer adulta. No vayas a decir algo que pueda avergonzarte a ti o a tú padre delante de esta gente. Demuestra que estás por encima de Alex y no te han afectado sus comentarios y que jugará contigo” repetía en su cabeza como si estuviera rezando el rosario para auto convencerse mientras se encaminaba donde estaba Olga y esa chica hablando.

—Hola guapísima, estabas perdida —Olga le saludó con una sonrisa pícaro, pensando que habían estado juntos Alex y ella.

Cuando iba a responder, llegaron los dos hombres y se unieron al grupo. Su padre le dio un beso en la mejilla y el otro le atravesó con la mirada, provocando la rabia de nuevo en Maya.

—Ya sabes cómo son estas fiestas, con tanta gente conocida, hasta cuando vas al baño, siempre te encuentras con alguien que quiere saludarte y decirte cualquier tontería, aunque, a una no le interese para nada escuchar sandeces —*“¡mierda! La primera vez que abro la boca y sin contar hasta diez”*, recriminó en su cabeza.

—¡Hijaaaa! —intentó poner tono de enfado por el comentario, pero no pudo evitar soltar una carcajada.

Olga no sabía dónde meterse, estaba claro que esos dos seguían sin arreglarse, y allí juntos, y con sus caracteres, podía estallar una guerra en cualquier momento. Parecían críos pequeños, retándose con las pullas y las miradas.

—¿Me acompañas? Quiero hablar con el encargado, para ver si está ya el restaurante listo y así hacer pasar a la gente, es ya la hora — le preguntó a Maya intentando separar a esa bomba de relojería.

—Por supuesto, me vendrá bien cambiar de aires.

Se alejaron las dos comentándole Olga los platos que habían seleccionado Luis y Alex para servir, y cómo ella les había ayudado a elegir todos los detalles, tanto de la decoración, como los obsequios que entregaban al final a los asistentes.

—¿Esa no es Maya? — Preguntó la hermana de Alex mientras lo miraba sin esperar respuesta porque la sabía— ¿se puede saber qué ha pasado? —le preguntó en este caso sí esperando una explicación, ante la atenta mirada de Luis que parecía muy divertido con el comportamiento de los dos jóvenes.

—No es momento de hablar de eso. Has venido a pasártelo bien, no a cotillear sobre mi vida.

—¿Sabes? Cuando te pones borde eres único, tan solo me preocupaba por ti, no cotilleaba, pero allá tú. Me voy a dar una vuelta por ahí, aquí hay muy mal rollo, y yo he venido a pasármelo bien —dijo con segundas.

—Te acompaño, porque si no me equivoco, por la retaguardia vienen un grupo de señoritas que creo que no es conmigo con el que quieren tontear.

Se marcharon los dos dejando a Alex solo ante el peligro. En unos segundos estaba rodeado y fingiendo una sonrisa.

Pasaron todos al interior del restaurante, durante la cena, los dos

intentaban guardar las distancias, tarea en ocasiones imposible. Se dedicaron a hacer como si comían, saludaban, hablaban, reían con la gente y sobre todo bebían. De vez en cuando se cruzaban sus miradas, se clavaban puñales y seguían como si el otro no existiera.

Llegó la hora en que ponían la música, estuvo bailando canciones marchosas durante un rato, pero cuando comenzaron a poner música más lenta, Maya decidió que, por una noche, ya había tenido bastante y había cumplido con nota su cometido, sobre todo teniendo en cuenta el estado de ánimo que llevaba realmente.

Fue a despedirse de su padre y Olga que en esos momentos estaban en medio de la pista de baile.

—Papá, me voy ya. Seguid pasándolo bien. Ha estado todo genial — fue a darles un beso.

—Ni de broma, ¿te crees que te puedes escapar así sin haber bailado conmigo?

—Papá..., por favor..., no rompas la magia, estáis muy a gusto los dos bailando y conmigo ya has bailado en muchas ocasiones.

—No te preocupes, después tenemos toda la noche para nosotros, — Olga le guiñó el ojo—, además, necesito ir al servicio.

Comenzaron a bailar en silencio, estaban tan acostumbrados, que iban en perfecta coordinación. Maya por primera vez en toda la noche, se sintió relajada y protegida envuelta entre los brazos de su padre y sin darse cuenta, se le saltaron algunas lágrimas.

Luis no quería sacar el tema, necesitaba disfrutar de ese momento, pero notó que a su hija le pasaba algo.

—¿Estás bien, renacuaja? —utilizó el apelativo cariñoso que usaba cuando era pequeña Maya.

—Ahora sí, papá —le respondió mirándole con una sonrisa.

—Sé que no hemos hablado demasiado de los últimos acontecimientos que han pasado en tu vida, y sé, que debes haberlo pasado muy mal para tomar ciertas decisiones, pero creo que has hecho lo correcto, lo que a la larga te va a hacer feliz y ya sabes que para lo que quieras, incluso para manchar un traje con tus lágrimas, siempre estaré aquí para ti —le dio un beso en la cabeza y se la volvió a apoyar sobre su hombro cariñosamente.

Olga se dirigió hacia un grupo de chicas que estaban hablando y riéndose con confidencias y cotilleos.

—Creo que es el momento para intentarlo de nuevo, sino caen del burro y lo solucionan, ya es cosa suya —le dijo señalando a Maya y Luis.

La morena le respondió con una sonrisa cómplice y se dirigió a donde se encontraba rodeado Alex de un montón de mujeres.

—Chicas, creo que este caballero, me debe un baile y es el momento de que os lo robe —lo cogió de la mano y lo arrastró a la pista de baile.

—Te debo una, no aguantaba más, no me han dejado ni respirar en toda la noche.

—Jajajaja, con un poco de suerte me vas a deber alguna más.

Maya observó como la chica que había ido con Alex, lo arrastraba a bailar y él parecía muy complacido y feliz. De nuevo se sintió perdida y se tensó, cosa que su padre notó al instante y buscó con la mirada al culpable de ese cambio en su hija.

Luis sonriendo a la chica que se iba aproximando a donde ellos estaban, le guiñó un ojo.

—Cambio de pareja. No os importa ¿verdad? —les sonrió a Maya y

Alex.

Estos se quedaron unos instantes mirándose fijamente. Maya intentaba contar hasta treinta antes de abrir la boca, porque estaba segura que con diez no iba a tener bastante.

—Por mí no hay problema.

—Si él no lo tiene, yo tampoco.

Luis comenzó a bailar separándose de los otros dos que seguían sin decidirse, cuando ya estaban lejos comenzaron a reírse.

—Son más críos de lo que yo pensaba.

—Ni que lo digas, y yo que siempre pensé que la inmadura de los dos era yo.

En el otro extremo de la pista Alex avanzó hasta coger por la cintura a Maya.

—Creo que están todos pendientes de nosotros, será mejor que bailemos o van a tener mucho de qué hablar.

Ella miró a su alrededor, efectivamente habían un montón de ojos observándolos. Por lo que pasó sus manos por detrás de su nuca y comenzaron a bailar.

De repente sonó una canción de Dani Martín con Santiago Cruz que hacía poco que Maya había oído por primera vez y le había encantado y removido demasiado por dentro.

—Qué casualidad y no hay canciones —no pudo evitar controlar sus pensamientos.

<<...*Con la verdad y la mentira
con los vaivenes de esta vida
con los que les duele
con lo que se pierde
porque así se aprende*

*Con la verdad y la mentira
con los vaivenes de la vida
con lo que entregamos
con lo que ganamos
cuando al fin se aprende*

*Ellos saben que hay que hacer las paces
con heridas que una vez se abrieron
aferrándose al presente
porque está en sus propias manos
esta historia diferente....>>*

—¿No te gusta? Es una pena, a mí me encanta esta canción, es triste y esperanzadora al mismo tiempo. Últimamente, mientras esperaba cierta llamada la he escuchado mucho.

—Me encanta. Y también la he escuchado mucho, pero por desgracia...

—Tú no quieres una "*Historia diferente*".

—No, yo quiero una historia de amor normal, de una pareja que se quieren, que sienten chispas y magia cuando están juntos, y no una en la que él le da a entender que eso existe y es todo un engaño, porque tiene una novia no se desde hace cuanto tiempo. Si alguna vez hubiera sentido, aunque fuera algo parecido a eso, nunca le hubiera mentado y ocultado ese detalle.

Alex la escuchaba sin entender nada, sintiendo el dolor de sus palabras. El que ella sentía, y el que le estaba provocando.

—Lo siento de verdad, no sé quién ha sido el cabrón que te ha hecho eso, si tu ex u otro, y también siento, haber malentendido las señales que parecía que me mandabas. Llegué a pensar...., que estábamos hechos el uno para el otro, y resulta que tú a quien querías, no era a mí.

Se apartó de una Maya que se había quedado con la boca abierta en medio de la pista y esquivando a la gente llegó junto a Luis y Sonia.

—Yo me voy, si no te importa, Luis, puedes acompañar a casa a mi hermana.

—No hay problema, tranquilo, pero...

—No quiero hablar, me largo.

Se volvieron los dos a mirar a Maya, en eso que llegaba también Olga después de ver los acontecimientos y los tres se acercaron a ella.

—No sé en qué pensáis. Mi hermano está loco por ti desde..., ya he perdido la cuenta, y por tu cara tú también, en cambio, no paráis de joderla. ¿Tan difícil es esto del amor? Espero no enamorarme nunca, porque si me vuelvo como vosotros me pego un tiro.

—Perdonarme, me voy — la cortó Maya mientras salía corriendo tras de Alex.

No lo consiguió alcanzar en el ascensor y se subió en el otro rezando porque tuviera el coche en el garaje. Cuando se abrieron las puertas, salió a la carrera en busca de su plaza de garaje. Estaba saliendo del aparcamiento. En un acto instintivo, se puso delante del coche cuando este comenzaba a avanzar por la recta, Alex que en ese momento iba pendiente de sus pensamientos, cuando oyó unos gritos llamándolo, la vio y frenó en seco. Se había quedado a bastante distancia de ella, pero del susto bajó temblando y mosqueadisimo.

—¿Has perdido la cabeza? Por poco te atropello. ¿Qué coño te crees

que haces? Si quieres suicidarte, busca a otro pringao....

—¡Te quiero! —gritó para que parara de despotricar.

Alex se calló automáticamente y se quedó mirándola.

—¿Me estás oyendo? Te quiero. Siempre has sido tú. Las chispas, la magia, siempre han sido contigo.

—Jajajaja. Ya. ¿Y qué pasa con el tipo que te ha engañado? Ya no sientes todo eso que me acabas de decir por él.

—No te enteras, ese eres tú.

—¿Yooo? Pues, que yo sepa, nunca he tenido novia, ni te he engañado con nadie, a pesar de que tampoco hubiera sido posible, porque, por si no te has dado cuenta, tú y yo, nunca hemos estado juntos.

—Ha sido todo un gran mal entendido. Cuando fui a recoger a Manuel al aeropuerto, te vi con una chica, creí que erais pareja, que me habías engañado con todo lo que me dijiste que sentías. Por eso aunque rompí mi compromiso no te llamé, pensaba que era absurdo.

—Pero, si ella... —Maya le cortó y siguió hablando ella.

—Luego al verte hoy con Sonia y que todos la conocían tan bien, me ha confirmado mis sospechas, y encima he pensado que era peor, que no era algo pasajero, que llevabais tiempo. Hasta que cuando has salido, tu hermana me ha reprochado nuestro comportamiento, el de su hermano y el mío. Y por eso he bajado corriendo, no quería que te fueras sin saber la verdad.

Alex se acercó a ella en dos zancadas. Una de sus manos descendió hasta su cintura y la atrajo hacia él. Solo con el leve contacto, ella notó como el vello de todo su cuerpo se erizaba, removiendo todo su interior y despertándole miles de chispas. Con la otra mano, se ancló a su nuca mientras el pulgar acariciaba su mejilla. Se inclinó delicadamente y mordisqueo su

labio inferior provocándole que se le escapara un gemido. Su lengua se coló en su boca y recorrió cada rincón de esta, delicado, pero insistente, tierno y a la vez exigente.

Pasaron unos minutos u horas, no tenían ni idea, estaban tan centrados en sus besos que el tiempo se esfumó, hasta que unas risas y comentarios procedentes de la puerta del ascensor les hicieron salir de su trance.

—Qué pena, el guaperas del jefe ya está pillado, esa ha sido más lista que nosotras —las chicas reían a carcajadas envalentonadas por el alcohol.

—Creo que deberíamos continuar con esto, en un sitio más privado —también rió Alex mostrando con la mano la imagen que tenían, a Maya.

Estaban en medio del parking, con el coche con la puerta abierta, las luces encendidas y ellos abrazados besándose delante de la iluminación de los focos.

—Jajajaja, creo que sí.

Maya se volvió hacia las chicas que estaban llegando a su altura y se dirigió a ellas.

—Pues más pena os daría si supierais lo bien que besa —les dijo bromeando y dándoles a estas más carrete—, eso sí, no olvidar que como habéis dicho, está pillado y bien pillado, y es por tiempo ilimitado, ósea, a partir de ahora, ver, pero no tocar.

—¡Ohhhh! Era nuestra ilusión de cada día, gracias a que pensábamos en nuestras posibilidades nos levantábamos animadas para trabajar.

—Jajajaja. Estáis todas locas y bebidas. Anda largaros que el lunes os vais a arrepentir de todo lo que habéis dicho —apuntilló un sonriente Alex.

—Pues si supieras lo que pensamos. Jajajaja.

Se iban alejando entre bromas, ellos seguían aún en el mismo sitio que unos minutos antes.

—¿Te he dicho que te quiero?

—La verdad, no estoy seguro.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

—Espero que sigas queriéndome después de la noche que te espera — Maya puso cara de susto—, me voy a vengar por cada año de sufrimiento y por estos días esperándote, mañana rogarás que te deje dormir un poco.

—Jajajaja, lo dudo, ten cuidado con las amenazas, puede que se vuelvan en tú contra.

Se volvieron a dar un beso, esta vez más rápido y se metieron en el coche camino de casa de Alex.

CAPÍTULO 9

Llegaron al chalet en el que vivía Alex a las afueras de la ciudad. Dejó el coche en la puerta de cualquier forma, en un santiamén estaba abriendo la puerta de ella mientras le tendía la mano para ayudarla a salir con una sonrisa pícaro que prometía muchas cosas.

Maya soltó una carcajada al ver su expresión. Estaba nerviosa y excitada a partes iguales. Durante el recorrido él había estado torturándola acariciándole con movimientos suaves la piel de sus muslos y en ocasiones adentrándose peligrosamente bajo su falda, sin llegar a ascender a cierta parte que ella notaba húmeda con el simple contacto y la anticipación de lo que iba a pasar.

Nada más atravesar la puerta, se lanzó a su boca. Estaba sediento de ella desde hacía demasiado tiempo, no creía que alguna vez pudiera saciarse, cuando de repente, ella retrocedió unos pasos.

Él la miró devorándola y sin entender por qué se había apartado. Cuando fue a hablar, ella le puso sus dedos sobre la boca en señal de silencio.

—Yo también quiero vengarme por todas las lágrimas derramadas — sonriéndole, se desabrochó el vestido, lo dejó caer al suelo y lo lanzó.

Estaba preciosa, con tan solo un tanga y los tacones kilométricos. Le estaba provocando y ella parecía ser consciente de cuánto.

Se acercó hacia él, le quitó la chaqueta y la corbata dejándolas caer. Comenzó a desabrocharle, casi sin tocarle la camisa, lenta y pausadamente; la deslizó suavemente por sus brazos para terminar también tirada en el suelo.

Alex no podía hablar, cada movimiento de ella lo estaba matando, estaba haciendo un gran esfuerzo para no lanzarse sobre ella y hacerla suya.

Maya acarició su torso desnudo y comenzó a regalarle una serie de besos y pequeños mordisquitos por el cuello y los hombros, rozándole intencionadamente en ocasiones con sus pezones erectos, erizándole la piel y provocando un abultamiento tan duro bajo el pantalón, que a Alex le llegaba hasta a doler.

Seguía sin tocarla, no por falta de ganas, sino por temor a no poder contenerse y perderse todo este preámbulo que le estaba poniendo a mil.

A ella todo este preámbulo, consciente de la excitación que le provocaba y saberse tan deseada y querida, le subía su libido hasta límites nunca antes experimentados.

Sin dejar de rozar su piel con los labios, sus manos se deslizaron buscando la hebilla de su cinturón, para seguidamente desabrochar sus pantalones. Alex solo se movía ligeramente para facilitarle la maniobra.

Una ardiente sensación los envolvió a los dos, cuando sus miradas se cruzaron. Se fundieron en un beso mientras que el sonido de sus corazones se mezclaba, sin que se pudiera distinguir que latido era de uno u otro.

Alex comenzó a besar su cuello, desesperado se enganchó a sus pechos lamiendo sus pezones y mordiéndolos de una manera desenfrenada. Ella se revolvía de dolor y placer buscando más, él no le daba tregua. Mientras una de sus manos se entretenía tocando sus pechos y pellizcando sus pezones, la otra descendía hasta el contorno de su tanga. Fue bordeándolo y bajándolo con caricias; cuando se deshizo de él separó un poco sus piernas y pasó sus dedos por la parte cálida y húmeda de ella, uno de ellos se introdujo en su interior mientras con el pulgar trazaba círculos sobre su clítoris.

Maya introdujo su mano en el interior de sus bóxers, agarrando con fuerza su pene grueso y erguido provocando en él un escalofrío.

—Espera, para un momento —dijo separándose un poco de ella y cogiéndole la mano que rodeaba su erección—. He deseado que llegara este

momento muchísimo tiempo, y quiero que sea especial, quiero disfrutar de ti al máximo, mirarte, saborearte...

La tomó de la mano y la condujo hasta su dormitorio, una vez allí, la tumbó en la cama, desnuda como iba, y se quedó observándola con la única luz que entraba por la ventana, la de la noche, la de la luna.

Siguió regándole con un millar de besos, besos que a Maya cada vez la encendían más y más. Cuando llegó a la zona de su pubis, le separó suavemente las piernas mientras sus ojos se fijaban con intensidad en los de ella. Pocos segundos después comenzó a degustar aquel húmedo y caliente recoveco que ansiaba explorar. Introdujo un dedo sin dejar de lamerle y comenzó a mordisquearle el abultado clítoris. Separó su boca e intensificó los movimientos de su mano introduciendo otro dedo, alzó la cabeza para mirarla y decirle con esa mirada lo mucho que la quería, así como lo mucho que estaba disfrutando de ella. Cuando ya no podía aguantar más el deseo que sentía por ella, se incorporó y se deslizó por su cuerpo hasta cubrirlo por completo, estiró el brazo en busca de un preservativo en la mesilla, pero ella lo detuvo.

—No es necesario —casi no le salía la voz del cuerpo.

Maya se giró hasta ponerse sobre él y trazando el mismo camino que momentos antes él había hecho con su cuerpo, fue descendiendo besándolo e incendiándolo más, provocando algún gemido ahogado de placer de Alex. Tomó la cabeza del pene suavemente entre sus labios y comenzó a lamerla, se la introdujo en la boca al mismo tiempo que acariciaba sus testículos. Permaneció así por un momento mientras lo miraba a los ojos.

—No aguanto más, te necesito, necesito estar dentro de ti —susurro roncamente por la excitación.

Suavemente se acomodó sobre él poniéndose a horcajadas. Se hincó de una sola vez hasta el fondo. De las gargantas de ambos salió un profundo gemido. Los sentimientos que experimentaron, la magia y las chispas que desprendieron sabían que no se podían comparar con nada que hubieran

probado con anterioridad. Esa emoción tan intensa y especial era la primera vez que la sentían.

Pasaron la noche en la dulce tortura de la venganza, parecía que no tenían bastante, en ocasiones alguno de los dos se había perdido en los brazos de Morfeo para despertar de nuevo entre besos y caricias.

Cuando se alzó el sol en el horizonte, con una sonrisa en los labios y aunque no saciados, si plenos, se dejaron llevar por el sueño.

Habían pasado varias horas cuando Maya notó que se removía algo en la parte baja de su estómago. Y sí, era la falta de comida desde la mañana del día anterior, pero también era el roce de la pierna de Alex que le envió una descarga que recorrió todo su cuerpo. Sonrió al ver que él la observaba con una mezcla de amor y deseo.

—Te tendría aquí entre mis sabanas toda la vida —le susurró al oído al tiempo que le besaba y mordía suavemente el lóbulo—, pero creo que necesitamos comer algo, no quisiera que ahora que te tengo en mis brazos como siempre he deseado, te mueras de inanición.

—Buena idea. No sé la última vez que tuve hambre, pero te aseguro que ahora me comería un toro. Espero que tengas bastante comida en tu despensa, porque este fin de semana quiero disfrutar de todas las formas y maneras con las que he soñado hacerlo contigo y, para eso, tenemos que reponer fuerzas.

—Jajajaja, por eso no te preocupes, he cerrado con llave, te tengo prisionera y solo abriré esa puerta en caso de que nos vayan a traer víveres.

—Pues..., no sé tú, pero yo necesito una ducha antes del desayuno, comida o lo que sea ya a estas horas y en uno de mis sueños calientes la compartes conmigo.

—No quisiera ser yo el culpable de que tus sueños no se cumplan —se levantó bajo la atenta mirada de Maya que observaba ese cuerpo

perfectamente esculpido que ahora le pertenecía y se dirigió al baño a encender el agua caliente.

Ella lo siguió y no solo se cumplió su sueño, sino que se mejoró con creces.

Pasaron todo el fin de semana como habían pronosticado, juntos sin salir de casa. Compartieron sexo, confidencias, risas, comidas, sobre todo mucha magia y amor, pero el fin de semana estaba llegando a su fin, habían terminado de comer el domingo y, mientras recogían, pesaba en ellos el momento de la separación. Sin darse cuenta, se encontraban los dos en la cocina en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos, sus preguntas y dudas.

—Es la primera vez, desde que entramos el viernes, que no estamos hablando, que el ambiente está distinto, ¿qué ocurre? — Preguntó preocupado Alex.

—Estaba pensando que podría vivir así toda la vida, que estando contigo es donde mejor estoy, pero tengo que volver a mi casa, mañana trabajamos.

—Podemos hacer una cosa, pasamos la tarde aquí, cenamos, después cojo la ropa y las cosas que necesito para mañana ir a trabajar y vamos a tu casa. Así, puedes tú, prepararte también para mañana.

—¿No te importa? Igual necesitas descansar.

—Si me quedo aquí va a ser peor, voy a pasar la noche pensando en ti.

—Por mí perfecto, me encanta la idea, así prolongamos un poco más el fin de semana —se lanzó a él a abrazarlo y darle un beso con tal efusividad que casi acaban los dos en el suelo.

—Jajajaja, me encanta verte feliz y alegre. Además, creo que te estás equivocando con lo de prolongar el fin de semana, a partir de ahora, lo siento

señorita, no sé si recuerda lo que les dijo a las chicas del parking, porque yo lo he grabado con fuego en mi corazón, es por tiempo ilimitado.

—Como podría olvidarme cuando lo tengo tan claro.

—Eso sí, tenemos un problemilla —Maya lo miró esperando a ver por donde salía—, mañana tienes que venir a comer conmigo. Me va a costar mantener las distancias con tu padre y Olga hasta esa hora, pero lo intentaré, porque creo que debemos ser los dos los que se lo contemos.

—¿Contarles? ¿El qué? — Se hizo la confusa Maya.

—¿Cómo dices? Pues que estamos juntos, que vamos a pasar las Navidades con ellos y con mi familia, pues todo eso —dijo un poco mosqueado a lo que Maya respondió con unas sonoras carcajadas.

—Era broma, además, quería oírtelo decir.

—Eres mala, y te vas a enterar —salió corriendo tras ella haciéndole cosquillas, mientras ella se retorció de risa y pedía piedad.

Acabaron cayendo en el sofá, empezaron con carcajadas y acabaron haciendo el amor, esta vez, con más sosiego y dulzura, recreándose en cada sensación.

CAPÍTULO 10

Era un placer despertarse compartiendo la cama y rodeada por el cuerpo del hombre por el que no solo sentía amor, sentía una atracción tan intensa, que con su contacto producía chispas y cortocircuitos en su interior.

Maya se giró despacio y ahí estaba esa maravillosa sonrisa que le hacía temblar hasta sus cimientos, esa que tendría que estar prohibida para poder conservar su cordura y algo del poco autocontrol que le quedaba si quería llegar a tiempo al trabajo.

—Buenos días, preciosa.

—Esto sí que son buenos días, creo que nunca me cansaré de despertarme rodeada por tus brazos.

—¿Con tan poco te conformas? —Hizo un mohín—. Yo que esperaba algo más de nuestro primer lunes juntos... algo que nos diera fuerzas hasta la hora de comer.

—No me digas eso, me encantaría y soy débil, pero no puedo llegar tarde, tú eres el jefe, pero ya sabes que yo soy una curranta.

—Si el tiempo es el problema..., eso ya está solucionado —le susurró con la voz ronca al tiempo que le regaba de besos y mordisquillos el cuello.

Maya se separó haciendo un gran esfuerzo y lo miró interrogante.

—Tranquila, no he llamado para decir que estás enferma ni nada por el estilo, simplemente ayer, pensando en que hoy necesitaríamos nuestra dosis de sexo antes de ir a trabajar, he puesto el despertador antes.

Saltó de golpe sobre Alex, poniéndose a horcajadas sobre él, provocándole por la reacción unas sonoras carcajadas.

—Parece que no te ha parecido mala idea.

—Para nada, pero excepto que lo hayas puesto con muchas horas de antelación, creo que estamos perdiendo el tiempo hablando y no quisiera irme a trabajar sin mi dosis.

Hicieron el amor en la cama y momentos después en la ducha. Cubrieron parte de sus necesidades de sexo, pero lo que no les dio tiempo fue de tomarse la dosis de cafeína, no les importó, esa sí podían cubrirla en el trabajo.

—No olvides que tienes una cita con el hombre de tú vida para comer —le dio un beso de despedida.

—Cómo podía olvidarme de mi padre —le sacó burlona la lengua y se dirigió hasta su coche.

—Desde luego te pareces a él, igual de borde y lianta —soltó una carcajada, mientras iba en busca del suyo que estaba aparcado a su lado.

A Maya en toda la mañana no se le quitó la sonrisa de bobalicona de la cara, estaba pletórica y feliz, solo sentía un cierto dolor al pensar en cómo habían acabado las cosas con Manuel, pero sabía, estaba segura, que él a la larga se lo agradecería y, con un poco de suerte, volverían a ser amigos. Por otro lado, sabía que su padre, iba a estar feliz con los últimos acontecimientos, más aún, a veces dudaba, si su mano no los había manipulado para que reaccionaran.

Alex llegó al trabajo e intentó no encontrarse en la cafetería con Luis y Olga, e iba a evitar pasarse por el despacho de este. Conociéndolo se daría cuenta en seguida.

La primera parte la consiguió con éxito, pero cuando estaba trabajando en su despacho, su secretaria le avisó de que Luis estaba fuera y quería verlo. No se podía negar a dejarlo pasar, por lo que accedió a sabiendas que iba en

busca de noticias o indicios que le dieran alguna luz de cómo habían acabado las cosas.

—Buenos días. ¿Todo bien?

—Sí, con bastante trabajo —intentó no mirarlo a la cara, no quería mentirle, pero tampoco decirle nada.

—Es una pena, quería charlar un rato, y había pensado en ir a tomar un café —dijo tanteando el terreno.

—Ahora me es imposible, pero si te viene bien, no tengo planes para comer, podemos ir al restaurante nuevo, allí hablaremos con tranquilidad. Puedo reservar una mesa.

—Por mi perfecto, pero había quedado en que iría a comer con Olga, si no te importa que venga.

—Por supuesto que no, sabes que le tengo mucho aprecio, y por lo que veo, ya lo vuestro ha salido a la luz —lo miró sonriéndole.

—Entonces a las dos, pasas por el despacho y nos vamos juntos.

—Muy bien, ahí estaré.

Llegó la hora de la comida ahora solo le quedaba la última parte, si conseguía esquivar la atención de su amigo-socio-suegro y su pareja hasta que apareciera Maya por el restaurante habría superado la prueba.

—Hola Olga, ¿cómo está la chica más guapa de la oficina? —le saludó como tenía costumbre y le sonrió.

—Muy bien, y a ti tampoco se te ve demasiado mal después de la estampida de la fiesta —Luis le había advertido que no sacará el tema, que por su comportamiento, no estaba seguro de cómo habían salido las cosas, pero ella al verlo tan sonriente, no se había podido resistir.

—Si no te importa, preferiría dejar ahora ese tema, quisiera que no me sentará mal la comida —dijo con el propósito de desviar su atención para no tenerla que engañar.

—Llevas razón, vamos a comer, estoy famélica y deseando ir a ese restaurante, me ha dicho Luis que se está allí muy bien y la comida es exquisita.

—Estoy de acuerdo, a mí me gusta mucho.

De esta forma y con temas insustanciales fueron paseando hasta llegar al restaurante. El metre los acomodó en la mesa que tenían reservada para cuatro. Cuando Luis iba a indicarle que sobraba un cubierto, entró una Maya sonriente, a toda velocidad.

—Perdonad el retraso —dijo al tiempo que se acercaba a Alex, que se había levantado al verla, y le rodeaba por el cuello dándole un beso delante de todos—. Como te he echado de menos, creía que no llegaba —se volvió y miró a su padre y a Olga, que estaban con los ojos abiertos y una gran sonrisa—. Creo que así ya una parte está explicada —y soltó una carcajada.

—Desde luego está clarito. Ya tenía ganas yo de ver esas chispas en tus ojos, hija, por mucho que algún incrédulo dijera que eran las tuyas que rebotaban —rieron también los otros.

La comida fue como esperaban, estaban los cuatro felices y planificando las navidades que ya tenían encima y que este año, tendrían que intentar juntar con todos los familiares de sus nuevas parejas.

Luis lo tenía claro, quería llenar su casa que, según él, llevaba demasiado tiempo apagada. Quería que volviera a servir su gran tamaño como en el pasado, para juntarlos a todos allí. Deseaba aprovecharla y celebrar todas las fiestas en ella. Los demás estaban de acuerdo.

Olga por su parte siempre se juntaba con su hermano, su cuñada y sus

sobrinos, estaba segura que no les importaría, en lugar de ir a su apartamento, ir a casa de Luis.

Alex, sabía que tanto sus padres como su hermana, también estarían encantados de pasar allí la Noche Buena y el día de Navidad. Desde que él adquirió parte de la empresa, se conocían y se llevaban estupendamente.

Y las otras dos hijas de Luis, junto con sus familias, siempre esos días procuraban pasarlos con su padre.

Así que se presentaban las que parecían iban a ser unas navidades maravillosas. Y como era de esperar así fueron, esos días en que las festividades eran continuas, la felicidad de todos era patente, no solo por las nuevas parejas, sino también por poder celebrarlas entre tanta gente, con tanta armonía y tantas ganas de disfrutar.

Hubo como era típico en estas fechas, mucha comida, bebida, risas, bailes, juegos entre los más pequeños a los que se unían los mayores, pero sobre todo mucha magia y chispas en el aire.

Las tres hermanas, se unieron de tal forma a la hermana de Alex, Sonia, y a Olga y su cuñada, que a veces parecían amigas de toda la vida, aprovecharon incluso para escaparse en alguna ocasión para hacer las compras de los regalos del día de Reyes para sus parejas y para los pequeños de la casa.

Alex y Maya, no se podían creer como en tan poco tiempo, había cambiado tanto sus vidas y eran tan felices, vivían en un constante sueño repleto de bromas, ternura, amor, muestras de cariño y por supuesto mucho sexo.

El día de Reyes habían planificado para despedir las fiestas ir las tres hermanas a casa de su padre, allí se darían los regalos que supuestamente había dejado en cada casa. Comenzarían desayunando el típico roscón con una buena taza de chocolate y luego, hasta la hora de la comida, se los entregarían. Era un día emocionante y mágico, sobre todo para los más

pequeños, pero para los adultos también era especial, sobre todo para uno de ellos que estaba ansioso por entregarle el suyo a la mujer de la que estaba locamente enamorado.

La tarde anterior salieron a pasear, vieron a trozos la cabalgata, a los padres trasmitiéndoles ilusiones a sus hijos, a los niños nerviosos y ansiosos, en definitiva disfrutaron de todo lo que les rodeaba junto con la persona adecuada. Cuando llegó la hora, tomaron unas tapas en los bares del centro y regresaron de la misma manera, entre besos, comentarios, risas y muy abrazaditos compartiendo su calor.

—¿Qué te parece si te doy ya el regalo? —le dijo Maya nada más entrar al chalet de Alex, donde últimamente pasaban más tiempo, ante la mirada de sorpresa de este.

—Vamos a ver, que yo me aclare. No eras tú, la que decías que hasta la mañana de Reyes no se abría ningún regalo, que era poco menos que un sacrilegio.

—Yaaa..., Perooo..., he pensado, que mañana tenemos que madrugar e irnos corriendo a casa de mi padre, y ahora, los dos solitos tenemos más tiempo para dárnoslos y recompensar al otro por el buen gusto durante toda la noche —le guiñó un ojo, le sonrió seductoramente mientras comenzaba a desabrocharse los primeros botones de la camisa.

—Eres una bruja —se carcajeó—. Estás usando malas artes para hacerme cambiar de opinión.

—¿Yoo? Solo te he hecho una proposición, y creo que nada indecente —puso cara de niña buena.

—Está bien, acepto, pero que sepas que es ilícito utilizar tus encantos para manipularme, aunque siempre que quieras estoy disponible para dejarme embaucar —se rio.

—Entonces... Espera un momento.... —salió corriendo hacia la cocina

y volvió con dos copas de champán y una botella, pegando votecitos y riéndose—. Va a ser nuestro primer regalo de reyes, creo que hay que a hacerlo inolvidable.

—Me parece genial, creo que lo va a ser. Por lo menos eso espero — dijo Alex cogiendo la botella, descorchándola y sirviendo las copas.

Maya sacó un paquete pequeño de debajo de uno de los cojines del sofá y se lo entregó observándolo.

—Espero que te guste —le miraba un poco nerviosa, mientras esté con una sonrisa, lo abría lentamente.

Era un llavero precioso de oro blanco con forma de infinito que llevaba inscrito por un lado sus nombres y por otro *"Tú has abierto mi corazón y has llenado de magia mi vida"*.

Después de leerlo, levantó la vista hacia ella, le cogió la cara entre sus manos, se acercó y con dulzura y suavidad le dio un beso con todo el amor que sentía dentro de su pecho. Se entrelazaron unos segundos, a punto de dejarse llevar por la pasión, pero recordó que tenía que darle su regalo, necesitaba hacerlo cuanto antes, por lo que se separó de ella, provocándole un quejido.

—¿No te interesa tu regalo?

—La verdad, teniéndote cerca ya no necesito anda más. Pero..., ya que estamos, creo, que o me lo das rápido o me abalanzó sobre ti, y te muestro el resto de tu regalo. Ese lo llevo puesto —le sonrió con picardía.

—Espero, que mi regalo te guste tanto como me ha gustado a mí el tuyo —dijo un poco nervioso—. Desde el primer momento sabía cuál iba a ser, lo tenía clarísimo. Cierra los ojos un momento, sin hacer trampa, que te veo.

Se levantó y al instante volvía a sentarse al lado de ella.

—Abre los ojos.

Al abrirlos, Maya, vio que él tenía entre sus manos abiertas una cajita con un anillo precioso. Miró el anillo alucinada, y volvió sus ojos a él.

—Quizás pienses que es un poco precipitado, pero desde que te conocí sabía que eras la mujer de mi vida. Lo que nunca soñé, era tenerte como te tengo, creía que iba a pasar la vida muriéndome de amor por ti, mientras tú estabas compartiéndola casada con otro. Ahora mismo, soy el hombre más feliz sobre la tierra y, si tú crees que aún es pronto, te esperare, porque solo estar compartiendo los días contigo, para mí es suficiente, pero no podría pedir más de mi existencia si tú aceptaras ser mi mujer —ella seguía observándolo en silencio con los ojos vidriosos de la emoción—. Maya, ¿quieres casarte conmigo?

Tenía un nudo en la garganta, las lágrimas a punto de escapársele, era el regalo más maravilloso que le habían hecho nunca.

—Sí, quiero. Te quiero con toda mi alma. No podría haber tenido nunca un regalo mejor —llorando, riendo, se abalanzó sobre él y lo besó.

Cuando se separaron, le puso el anillo y brindaron por ellos.

—Creo, que antes de que me des el resto de tú regalo, que estoy esperando con impaciencia, deberíamos poner el despertador si no queremos llegar tarde mañana, no creo que tu familia no lo perdonara, y te aseguro, que o lo ponemos, o con la noche que pienso pasar de celebración, no creo que nos despertemos sin ayuda.

—Jajajaja. Vale. Pero ponlo una hora antes, porque si no de todos modos no llegaremos a tiempo del desayuno.

...Y colorín, colorado, estos sueños están casi acabados...

Las dos parejas de amigos se dirigían felices y algo nerviosos a la boda del hermano de Sonia. Allí estaría toda su familia y la de Mar. Ese día iban a ser presentados Manu y Carlos. Debido al poco tiempo que llevaban juntos, no habían encontrado el momento y pensaron que era un día perfecto, era especial y estarían todos.

—Bueno..., ¿algo importante qué decirnos antes de que entremos en la boca del lobo? —comentó Carlos para romper un poco la tensión mientras conducía camino de la iglesia.

—Creo que no, ambas familias son muy normalitas y como en todas hay para todos los gustos —respondió Mar.

—Lo único..., que os acribillaran a preguntas. Seguro que empezarán con el trabajo, seguirán con el tiempo que llevamos y conforme vayan pasando las horas preguntaran para cuando la boda y los niños —se rió Sonia a carcajadas ante la cara de susto de los dos chicos.

—Pero..., tranquilos, aún no se han comido a nadie, son buena gente, la más peligrosa es mi sobrina Raquel y ya la conoces —acabó de rematarlos Mar.

—Carlos relájate, no puede ser tan terrible, aunque..., pensándolo

bien, no se los de Mar, pero los de Sonia, como ella haya cogido los genes de alguno de sus padres y sean tan guerrilleros, lo llevo claro —soltó una carcajada al tiempo que se llevaba un codazo en las costillas.

—Pues..., que sepas que no. Soy única en mi especie.

—¿Y la pareja....?, no sabemos nada de ellos —preguntó Carlos.

—Son ideales, como diría Sonia, son la típica pareja de libro romántico. Parecía que era un amor imposible y míralos ahí están, dentro de una hora, se darán el sí quiero.

—Sí, yo creo que a partir de ellos, comencé a creer en la magia, en que hay veces que las cosas pasan por algo —sonrió con ternura a Manu y le besó suavemente.

Las dos parejas bajaron del coche y llegaron cogidos de la mano a la puerta de la iglesia, no había forma de avanzar, cada paso saludaban a alguien y hacían las presentaciones oportunas, acompañadas, por supuesto, por alguna que otra pregunta.

Cuando consiguieron llegar a la entrada, se encontraron con la familia de Mar, todos se volvieron con una sonrisa en los labios para recibirlos y ser presentados.

La pequeña Raquel, abrió los ojos como platos y se tiró a los brazos de su tata, ante la sorpresa de todos.

—¡Bieeeeeen! ¡Bieeeeeen! Os lo dije, estaba segura que cumpliría su palabra.

Carlos se acercó y la cogió entre sus brazos, no podría nunca agradecerle lo suficiente a esa enana lo que había provocado.

—Hola, soy Carlos, me han dicho que aquí había una preciosa niña a quien debía dar un mensaje —se acercó a su oído como para contarle un

secreto y la pequeña con los ojos bien abiertos para no perderse detalle y sintiéndose importante prestó atención a lo que él le susurraba —. Un día recibí una visita de un mensajero de Papa Noel...

—¿Siiii? ¡Lo sabía! —le cortó entusiasmada, casi gritando.

—Y me dijo, que si quería ser el príncipe azul de tu tata. Yo, por supuesto, acepte. Es preciosa, divertida y muy buena. Pero..., tenías que estar de acuerdo, porque era lo que tú habías pedido —se separó un poco para verle la cara.

—¡Me encantas! Quiero que seas su príncipe azul y mi tito —volvió a gritar, lo que provocó las carcajadas de todos.

Cuando la dejó en el suelo, mirando a su madre y a su tata, se puso muy seria.

—¿Ves tata? Gracias a que no te hice caso y lo pedí, si no..., ¿ahora qué?, no tendrías a este príncipe tan guapo y tan simpático —le señalaba con el dedo acusador a Mar.

Ahora sí que no podían parar de reír, la pequeña había conseguido, por unos instantes, hasta hacerlos olvidar de porqué estaban allí.

Sonia aún no había podido llegar a la altura del novio, sabía dónde estaba por la gente que tenía alrededor, le hubiera gustado que Manu lo conociera antes de la celebración, pero de repente, se oyó el murmullo de la gente, ya era tarde, después de la misa se lo presentaría.

Se acercaba la comitiva de la novia. En el primer coche iban las hermanas de esta y Olga, el de atrás era el de la novia y el padrino.

Automáticamente todos se volvieron y la cara de Alex se transformó, estaba emocionado y nervioso, nunca hubiera podido imaginar, ni en lo más remoto de sus sueños, estar donde ahora se encontraba. Conseguir a la mujer que desde tanto tiempo había amado en silencio y que, por hacer lo correcto o

por cobardía, había estado a punto de perder.

Ahora iban a comenzar una nueva etapa, iban a formar una familia, el segundo día de Reyes desde que estaban juntos, el maravilloso regalo se lo había hecho ella. Le había dicho que estaba embarazada.

Su primer año, habían compartido su vida y su trabajo, porque Maya había aceptado la propuesta de su padre de trabajar con ellos, y había sido maravilloso. Este segundo año deparaba muchos más momentos de amor y alegría compartidos con una personita que iba a ocupar sus corazones.

Sonia apretó la mano de Manu. Tuvo que contenerse para no soltar las lágrimas que estaban intentando correrle el rímel de sus pestañas. En esos momentos se sentía la mujer más feliz y completa de la tierra.

Manu sonreía ante sus pensamientos. Hace casi un año que él hubiera estado en la misma situación y, a pesar de lo mal que lo pasó en aquel entonces con la ruptura, ahora estaba feliz gracias a ese acontecimiento que en un principio lo marcó y lo hundió, pero que hubiera sido el error más grande de su vida. No podía imaginarse con otra que no fuera Sonia. Las palabras de Maya volvieron a su mente, lo más triste de todo esto es que había perdido a su amiga del alma por su orgullo, cuando ella estaba en lo cierto.

Descendió la novia del coche con cuidado, le rodeaban y ayudaban con el traje sus hermanas. Cuando por fin alzó la cabeza, Manu la pudo ver con claridad, se quedó pálido y todos los músculos de su cuerpo se tensaron, algo que enseguida percibió Sonia. Se giró para mirarlo, al tiempo que también vio como Carlos se soltaba de Mar, que con mirada preocupada observaba a su amigo.

—Es Maya... —se volvió hacia Sonia con cara de preocupación—. No debería estar aquí, no es correcto, es de mal gusto y no quiero empañar su día.

Sonia al principio no podía entender lo que pasaba, pero, enseguida

unió las piezas. No habían hablado de ese tema demasiado, pero por los comentarios y algunas que otras alusiones a su pasado, sabía que había existido una ex que le había hecho bastante daño. Pinceladas de unos y otros que comenzaban a encajar con lo que ella sabía del futuro matrimonio. Se sintió rota pensando en que él todavía sintiera algo por la futura mujer de su hermano.

—Como quieras..., si crees que no eres capaz de ver cómo tu ex se casa con otro, mejor que te marches —dijo conteniendo las lágrimas en este caso de dolor.

—No es eso, en absoluto. Me alegro mucho por ellos y por mí. Si no hubiera sido así, ahora no estaría contigo, y tengo clarísimo que es con quien quiero estar, pero..., no quisiera que ella, o su familia, estén incómodos por mi culpa. Los conozco de toda la vida, son muy buena gente y se merecen que esta boda sea especial y maravillosa.

A Sonia le cambio la cara, le sonrió y supo que lo decía de corazón.

—Si es por eso..., tranquilo, no te preocupes. A ella, a Maya, lo único que siempre le ha entristecido y le ha pesado es como acabasteis. Somos más que cuñadas, somos amigas y cuando en alguna ocasión hemos hablado de ti, de Manuel, como ella te llamaba, no podía quitarse de la cabeza, que había perdido a su mejor amigo, que aunque no estabais hechos para ser pareja, si te quería como al amigo del alma y le dolía que hubierais acabado tan separados, que no perdonaras su traición, que aunque sabía que no estaba justificada, no podía dejar pasar al amor de su vida y cometer un error mayor casándose con alguien por el que no sentía lo mismo. Yo no sabía que eras tú, pero me alegro egoístamente, que fuera valiente y rompiera el compromiso, gracias a eso, nosotros ahora estamos juntos.

Por lo que..., sí tú estás de acuerdo, te vas a quedar, ya le he hablado de ti, de lo enamorados que estamos, de las coincidencias, casualidades que nos han unido, y seguro, que después del primer impacto, se alegrará por nosotros y haremos que este día sea todavía, si cabe, más feliz y lo mismo pasará con su familia.

—Jajajaja, eres única. Me quedó a tu lado.

—No esperaba menos, los deseos siempre se cumplen en Navidad.

Carlos que no había dejado de observarlos, se relajó. Le preocupaba la reacción de Manu ante esa situación aunque tenía claro que ahora sí que había encontrado a la mujer de su vida.

Se metieron en el interior de la iglesia y vieron desfilar por el pasillo central a los novios, Alex miró a su hermana y luego a su acompañante, estaban cogidos de la mano. Sonia sonrió ante la cara de este y acercándose un poco le susurró.

—Otra de las casualidades de la vida, ahora cada persona está con quien tiene que estar —le dio un beso en la mejilla.

Manuel vio como entraba la novia, estaba guapísima, irradiaba felicidad, y efectivamente sus ojos desprendían esas chispas que lo iluminaban todo.

De repente Maya fue consciente de la presencia de su ex con Sonia, y lo entendió todo. Sus ojos se dirigieron a los de este, que le regalo una sonrisa. Ella se acercó un poco a ellos y le dio dos besos efusivos a cada uno.

—Gracias por verlo a tiempo. Llevabas razón, vamos a volver a ser amigos y hasta nos iremos de copas juntos —se rió Manu.

—Me equivocaba, vamos a ser algo más, también cuñados, por lo que veo —volviéndole a dar un beso en la mejilla, volvió al pasillo.

Mientras Luis que llevaba del brazo a su hija y había escuchado todo, sintió una gran emoción.

—No puedes ni imaginarte, hijo, lo contento que estoy, veros así, me hace el hombre más feliz del mundo. Hoy no solo he ganado un hijo, he recuperado al que había perdido —soltó a su hija y abrazo a Manu

fraternalmente.

Los presentes estaban un poco desconcertados, no sabían lo que estaba sucediendo y estaba siendo una entrada de los novios un poco atípica, pero observando la escena cualquiera podía percibir que había mucho amor en el ambiente.

En la primera fila se encontraba Olga con un pañuelo en las manos secándose las lágrimas que iba derramando.

—El que no creía en la *"magia de la Navidad"* —Carlos le susurró a su amigo con un tono irónico—. Pues estas han provocado verdaderas chispas.

La ceremonia fue preciosa y muy emotiva, cuando finalizó, ya estando en la calle para ir al banquete, Sonia vio que se aproximaban un matrimonio hacía ellos y Manu les sonreía.

—Creo cariño, que hoy tú tampoco te vas a librar de conocer a mis padres —soltó unas carcajadas ante la cara de susto que su pareja había puesto.